BIBLIOTECA DE «LA PROPAGANDA LITERARIA.»

LA NUBE NEGRA

NOVELA ORIGINAL

DE

TEODORO GUERRERO.

HABANA: 1874.

IMPRENTA.—LA PROPAGANDA LITERARIA.—LIBRERÍA.

Establecimiento encargado por el Gobierno Supremo
de la impresion de los billetes de la Lotería de Cuba, y de proveer de libros
á los Institutos literarios de la Isla.

Calle de O'Reilly, núm. 54.

BIBLIOTECA DE «LA PROPAGANDA LITERARIA.»

LA NUBE NEGRA

NOVELA ORIGINAL

DE

TEODORO GUERRERO.

HABANA: 1874.

IMPRENTA.—LA PROPAGANDA LITERARIA.—LIBRERÍA.

Establecimiento encargado por el Gobierno Supremo
de la impresion de los billetes de la Lotería de Cuba, y de proveer de libros
á los Institutos literarios de la Isla.

Calle de O'Reilly, núm. 54.

LA NUBE NEGRA.



¡Es tu padre! (Pág. 176).

I.

OCHO GRADOS BAJO CERO.

Acabo de ver el termómetro que tengo colgado en la parte exterior del balcon de mi despacho, y voy corriendo á meterme dentro de la chimenea; debe ser preferible la muerte de los mártires en la hoguera, á la de los pobres soldados que hacen centinela en el campo; pero al contemplar la viva llama que levantan los troncos colocados sobre los morillos, me detiene la consideracion de que allí en un minuto quedaria mi cuerpo hecho ceniza; como no he de ser santo, no quiero ser mártir; sin embargo, mi resolucion explica el espanto que me produjo el exceso de la baja temperatura. ¡Ocho grados bajo cero!... Estas líneas se escriben en Madrid, en el mes de Diciembre de 1871.

Al traves de los cristales entra un sol magnífico de invierno; ese sol brillante que alumbra pero no

misterio que encierra, pues es necesario morirse para saber lo que hay *más allá*; la bienaventuranza del matrimonio no se conoce sino despues de penetrar en el templo; para apreciarla es preciso casarse.—Hé aquí por qué deseo que mis lectores solteros se casen.

En el lujoso gabinete donde me entré de rondon está Alfredo Peñalver recostado en una *marquesita* azul. (Mis lectores de Cuba no deben alarmarse creyendo que voy á trasladarlos á un harem; una marquesita es un sofá chico, bautizado con ese nombre por el mal gusto de la moda, deidad á quien se rinde culto por lo mismo que no suele brillar por la gracia característica del ingenio.)

Alfredo Peñalver, rico propietario y diputado á Córtes, es un hombre de cuarenta y cinco años, que en su primera juventud cautivó á muchas mujeres por la hermosura de su rostro; hoy, á pesar de los rigores del noveno lustro, á pesar de que luce algunas canas, y á pesar de que su cintura ha perdido la primitiva esbeltez, todavía se conoce su varonil belleza; en sus ojos negros y rasgados se adivinan la inteligencia y el ardor de las pasiones; sus blancas y torneadas manos y sus pequeños piés anuncian un ilustre nacimiento, pues aunque esto parezca paradoja, es una gran verdad; nadie se forja la idea de un aguador ó una lavandera con un pié de medio pié, como tampoco nadie acepta una dama aristocrática con piés de á ter-

cia ó aplastados ; y no es cuestion de habilidad en la hechura del calzado, sino de la naturaleza que tiene tambien, como los hombres, sus caprichos y sus humos de distincion de linajes.

En la cara de Peñalver se retrata la felicidad; ésta, como el dolor, posee su expresion inequívoca y se declara á primera vista ; hay una sonrisa dulcísima que contrae las líneas del rostro, embelleciéndolo, y que marca la tranquilidad de la conciencia, sin la cual no es posible disfrutar de los goces inefables de la felicidad. El menos conocedor del corazon humano hubiera comprendido al momento que Alfredo Peñalver era todo lo feliz que puede ser en la tierra un mortal; recostado muellemente delante de la chimenea tenía en los brazos una preciosa niña de dos años, especie de querubin con bucles de oro, robado á un coro celeste, que le tiraba de las patillas y le cubria de besos la cara, besos que eran correspondidos con la efusion del alma de un padre cariñoso; otro niño de cuatro años, tan bello como su hermanita, estaba montado sobre la pierna derecha de Alfredo, el cual la movia para dar gusto á su hijo que habia hecho de ella su perpétua cabalgadura.

Los solterones egoistas, los casados que no han nacido con condiciones para ser padres, quizá critiquen la tolerancia de los que, como Peñalver, gozan en sufrir las impertinencias de sus hijos, que, abusando de

la familiaridad del afecto, los manosean y los cansan con sus juegos y sus caricias; pero esos seres desconocen el secreto de la dicha que encierra la paternidad; la íntima confusion de los padres y los hijos es el lazo misterioso que une los eslabones de esa cadena que se llama familia. Ese beso purísimo que se deposita en las mejillas de raso de un niño produce una sensacion que no crispa los nervios, pero que encierra un deleite inexplicable; ese beso que no mancha es la voluptuosidad del alma.

De vez en cuando clavaba Peñalver los ojos en una mujer que estaba sentada enfrente de él en otra marquesita, con la mejilla apoyada en una mano, contemplando el cuadro de ventura que la rodeaba; y cuando sus ojos se encontraban con los de su marido se confundian en un beso del alma, tan puro como el que Alfredo consagraba á sus hijos; aquel beso de la imaginacion encerraba el legítimo sentimiento de dos seres, que en una vara de terreno poseian todo cuanto la existencia ofrece de grande y de hermoso para labrar la felicidad. Más allá del umbral de aquel gabinete nada habia que fijara la atencion de Alfredo y de Adriana; se amaban más que el dia que se unieron con un lazo indisoluble, tenian dos hijos encantadores y llenos de salud, poseian más riquezas de las que se necesitan para no ver turbado el cuadro doméstico por las exigencias materiales, y poseian tambien el

don inestimable del aprecio social que él habia conquistado con su vida pública, y ella con su vida privada.

Adriana era una mujer hermosa, elegante, de talento, de noble corazon, apasionada hasta el delirio; una de esas compañeras que se identifican con el hombre que con su mano les ha sacrificado su libertad, *dándoles* en cambio del tesoro de su ternura y sus cuidados, la estimacion, un nombre y su amor; una de esas compañeras que no se buscan, porque generalmente el hombre no aprecia las cualidades de la mujer que elige, teniendo en el mundo por consejera á su cabeza sin oir á su corazon; una de esas mujeres que se encuentran, y que cuando se encuentran, es preciso aprender á conservarlas. Alfredo, hombre de mundo, cansado de correr aventuras galantes, encontró á Adriana, y debo hacer justicia á su perspicacia y á su instinto; Alfredo se consagró al amor de Adriana, supo hacerse adorar por ella, y como todo el que se lo propone, llevó la felicidad á su hogar, amarrándola con cadenas de flores para que no se escapara.

¡Es tan fácil ser feliz cuando la suerte nos depara una mujer hermosa, sensata y buena! La mayor parte de los matrimonios mal avenidos han expulsado la felicidad de su casa con sus propias torpezas; el matrimonio es una sociedad comanditaria; el marido pone su inteligencia, su trabajo, su afecto; la mujer

pone los cuidados domésticos y el amor; si los dos no se ayudan, la sociedad no progresa; si no hay buena fe en uno de los dos, la sociedad peligra; si hay traicion, la sociedad muere; cuando ambos se animan, cuando ambos se convencen de que se necesitan, y se confunden, la sociedad se hace indisoluble por su propia fuerza. Así, los placeres son mutuos, desafian los rigores de la existencia, mezclan sus lágrimas, y sólo la muerte es *la quiebra* que consigue separarlos; pero cubriendo de luto eterno el corazon del que tiene la desgracia de sobrevivir al compañero.

Necesito que mis lectores conozcan á Alfredo Peñalver para que lo aprecien debidamente ahora y despues; en su juventud, viviendo con el desahogo de sus pingües rentas, sin cuidarse del mañana que no le desvelaba entónces, se habia dejado arrastrar por la fogosidad de su corazon detras de todas las mujeres que su buena posicion y su hermosa figura le habian facilitado en el mundo, habiendo llegado á adquirir la triste celebridad que envanece á los galanteadores de oficio, criminales de levita que tanto abundan para mal de la sociedad, y para mal de las mujeres mismas; de esas mujeres que se dejan prender en las redes del libertinaje sin considerar lo que pierden; pobres mariposas que se queman en una llama que para ellas no tiene más que el calor del momento. Los padres de Alfredo, á pesar de ser muy ricos, le habian

dado una educacion esmeradísima, y cuando se hizo hombre lo mandaron á viajar para instruirse y conocer el mundo; pero la verdad es que el ardiente jóven se dedicó á buscar en las mujeres de las grandes capitales una enseñanza que hubiera viciado los nobles instintos de su alma, á no llevar en el pensamiento tan arraigadas las buenas máximas que sus padres y sus maestros habian sembrado para que aborreciera las malas pasiones.

Peñalver llegó al templo de Himeneo limpio de toda culpa social, segun la sociedad entiende los deberes del hombre; pero ¿y la conciencia? Nadie le habia visto acercarse al tapete de una mesa de juego para exponer una moneda al azar; nadie le habia encontrado con la razon extraviada por la perturbacion que producen la orgía y la embriaguez; nadie se quejaba de que le hubiese hecho daño, perjudicándole en los negocios, ni de que hubiera lastimado las honras ajenas con la maledicencia, ni de haber privado á su hermano de la propiedad; por el contrario, todo el mundo le estimaba por su generoso desprendimiento, por su amor al prójimo, por la caridad que habia ejercido noblemente, recibiendo la bendicion de los pobres. Entónces, dirá el lector: ¡Ese es un hombre modelo! Y repito mi pregunta: Pero ¿y la conciencia?

¿Basta, por ventura, ser bueno en muchos actos de su vida para disculpar una mala accion? Alfredo Pe-

dad de sus sentimientos, hasta con sus contrariedades y sus penas recíprocas, proporciona la felicidad. No hay placer más puro, más santo, más legítimo, que el que produce el contacto de los labios con la piel delicada de un hijo; ¡los hijos son la bendicion del cielo!

Al pronunciar estas frases, con un entusiasmo casi frenético, Alfredo estrechó contra su corazon las dos criaturas, besando con deleite sus mejillas, sus labios y sus cabezas.

—No seas egoista, Alfredo, dijo la apasionada esposa ebria de felicidad; dame parte de tus impresiones.

El niño debió comprender el deseo de su madre, y bajándose de la pierna de Alfredo, de un salto se precipitó en los brazos de Adriana, que recogió sus besos infantiles para aprobar la idea de su esposo; la niña entónces tendió sus manitas, y la madre la recibió tambien en su regazo.

—¡Envidiosa! exclamó Alfredo con una sonrisa idéntica á la que habia sorprendido en la boca de su mujer.

Por toda respuesta á aquella palabra, desvirtuada por el cariño, Adriana presentó su frente, y Alfredo corrió á depositar en ella un beso.

—¡Que vengan ahora todos los malos filósofos del mundo á predicar contra el matrimonio! dijo ella con

la exaltacion del entusiasmo. ¡Sólo la muerte podria descomponer este cuadro de venturas inefables! ¡Sólo la muerte, descompletándolo!.....

—¡No pienses en eso, Adriana mia! ¡Desde que tengo hijos me desvela la idea de que seamos mortales! Los hijos son los rayos del sol que nos anima lo presente, que nos alumbra lo porvenir. ¡Ah! nunca pensé en el espanto de la muerte hasta que tuve estas prendas queridas que necesito conservar, porque sin ellas no amo la existencia.

—¿Y yo?..... ¿Soy nada para tí?.....

—¿Tú, Adriana mia? Tú eres la encarnacion de mis hijos, de mí mismo: tú, mis hijos y yo, somos una sola persona, un alma repartida en diferentes cuerpos; si la Providencia hiriera con su rayo á uno de los cuatro, la muerte caeria sobre todos. ¿Podria yo vivir sin tí? Y sin nosotros ¿qué sería de estos ángeles de nuestro hogar?

—¡Dios es grande, y vela por los buenos!

—En mis locuras de jóven no aprendí á apreciar más que el presente, creyendo que no tenía lazos con la sociedad en que vivia; despues que me uní á tí, que formé una familia, supe estimar á los hombres, supe distinguir los derechos y los deberes sociales, é invadí el porvenir, esforzándome para sostener mi buen nombre, y dejar una reputacion á mis hijos.

—Y lo consigues, Alfredo, porque eres muy bueno; los pobres te bendicen.

—Y tú me ayudas, mi Adriana; eres el ángel que me inspira en el camino de la virtud.

—Gracias, Alfredo mio, dijo ella estrechándole una mano entre las suyas.

—Todas mis nobles aspiraciones se reducen á que nuestro Augusto sea hombre de bien; con él invado el porvenir, y el porvenir me sonrie, porque sueño con la gloria, con un nombre, con una segunda vida; quiero guiarle por senda segura, sembrar de flores sus pasos, arrancar las espinas, y echar por tierra las barreras que se opongan á su destino. ¡No! no quiero que cruce á ciegas por el mundo, sembrado de peligros que exponen al hombre á dar en el precipicio.....

—Augusto será bueno como su padre, interrumpió Adriana con un candor admirable.

—No, dijo Alfredo estremeciéndose ligeramente; quiero que sea mejor que yo.

—¡Eso no es posible! repitió en el mismo tono la ofuscada esposa.

—¡Sí, Adriana mia; la experiencia es gran maestra, y aprendí á conocer los escollos del mundo, que comprometen á la juventud cuando demasiado temprano se la abandona á sus instintos.

—Pero ¿tienes algo de qué arrepentirte, Alfredo? ¡Me ponen en cuidado tus palabras!

—No; no me avergüenza mi vida pasada; y si alguna nubecilla oscureciera mi horizonte, tú la habrias desvanecido ya con la pureza de tu aliento.

—¿Yo?.....

—Sí, amada mia.

—Explícame ese enigma.

—¿No vivo consagrado á tu cariño, al cuidado de mis hijos, conquistando el aprecio público?

Por la imaginacion de Adriana debió cruzar alguna idea sombría á juzgar por una ligera contraccion de sus facciones, que no se escapó á su marido; un leve suspiro salió de sus labios, y mirándole fijamente le preguntó:

—¿Te atormenta algun recuerdo?

—No seas cavilosa, Adriana mia, contestó él sonriéndose y pasándole la mano por la cara.

—Entónces, ¿por qué me haces sufrir con esa idea?

—Todo es efecto de la exageracion de mis principios; quisiera ser completo para creerme digno de tí.

—¿Eres tambien modesto hasta la exageracion?

—No; esto te acredita lo mucho en que te estimo.

—¡Y yo agradezco con toda mi alma esa demostracion de tu cariño á que sé corresponder! Pero dime, Alfredo: ¿me amas tanto como yo á tí?

—¿No tienes pruebas bastantes de mi amor?

—¡Tengo muchas, muchas! Estoy convencida de

que vives sólo para mí, de que me das toda tu estimacion, todos tus pensamientos, de que ninguna mujer me roba una sola de tus miradas, de que hoy eres todo mio; pero ¿y ayer?.....

—¡Ayer! ¿Tambien quieres invadir lo pasado, que no te pertenece?

—¡Me pertenece todo, Alfredo! El primer latido de mi corazon lo produjeron tus ojos; tú me despertaste del sueño de la ignorancia, heriste las fibras de mi alma con tu impresion, me enseñaste á amar, y entre tú y yo, ni ayer, ni hoy, se ha interpuesto la mirada de un tercero; mis pensamientos han sido siempre tuyos, porque ántes de conocerte, te adivinaba, y esperé tu presencia para conmoverme. ¡Dios es testigo de que el mundo no te ha robado el más pequeño movimiento de mis sentidos, de que te entregué mi corazon tan puro como la gota de agua que salta del manantial ántes de caer en la tierra!

—Lo sé, Adriana; sé todo lo que vales.

—¿Y tú?..... Siempre que hablo de tu pasado me parece que apartas los ojos.....

—¡Oh, querida mia! ¡Esa es una cavilacion!

—¡Hé ahí mi único tormento, Alfredo! ¡Quisiera que tu corazon no hubiese palpitado por ninguna mujer, que no se escondiera en tu imaginacion ningun recuerdo que me robara el menor de tus pensamientos, que fueras todo mio! Acaso me califiques de ridícula;

pero busco en tí una perfecta correspondencia. ¡Tengo celos de tu pasado!

—¿Por qué?

—Porque lo desconozco, y no eres franco conmigo; quiero descorrer el velo de tu pasado; quiero leer en tu alma como lees en la mia, y si hay un dolor que sentir, si hay que llorar una amargura, apurar la copa hasta las heces.

—Esa exaltacion del cariño te embellece á mis ojos, mi adorada Adriana, dijo Alfredo sentándose á su lado y echándole el brazo por el cuello. He sido jóven y he perdido algunas horas de mi vida en devaneos, pero sin consecuencias; puedes estar tranquila, porque soy todo tuyo; las mujeres que se cruzaron en mi camino no te han robado ni un quilate de mi corazon; no he sentido el verdadero amor hasta que caí en tus brazos, y entré en el templo de la felicidad. No te atormentes, amada mia, porque entre tú y yo no hay una sombra que se interponga, ni siquiera un recuerdo que venga á usurparte la menor de mis impresiones. ¡Vivo para tí y para mis hijos, sin volver la vista atras!

—¡Qué feliz me hacen tus palabras, Alfredo mio! A lo ménos esta vez has sido explícito, y la tranquilidad renace en mi alma, pues has disipado los temores que pesaban sobre mi imaginacion. No podria vivir sin este convencimiento de que nada me arrebataba

uno solo de tus pensamientos. ¡Ahora desafio las tormentas de la vida!

El ayuda de cámara de Peñalver se asomó á la puerta del gabinete para anunciar á don Nicolas de Velasco. Adriana hizo un gesto, exclamando con tono de disgusto:

—¡Qué visita tan inoportuna!

—¡Quieres mal al pobre Nicolas, dijo el marido sonriéndose, y es un hombre inofensivo.

—¡Calla, Alfredo! ¡Inofensivo un hombre que no tiene corazon! El que no vive de sus sentimientos no puede ser bueno.

—No conoces á Nicolas; tiene muy bellos sentimientos.

—¡Pues los disimula!

—Está educado en la escuela moderna, y aparenta lo contrario de lo que siente, creyendo que en el mundo no se hace justicia á la virtud; como nos hemos educado juntos, no puede engañarme. Nicolas es un excelente amigo, pero duda de los hombres, porque no se ha dedicado á estudiarlos, y duda de las mujeres, porque ha tenido la desgracia de entregar su corazon á criaturas degradadas que le han amargado la existencia.

—Y ¿quién tiene la culpa de esa desgracia?

—Su torpeza, es verdad, Adriana; pero ya le convertiremos.

—¡Eso es imposible!

—No lo creas; Nicolas envidia mi fortuna; y esto prueba que está bien preparado.

—Siento pasos, Alfredo; no quiero encontrarme con tu amigo.

—¡Eres terrible!

—Voy á vestirme para llevar mis hijos á dar un paseo, porque el sol convida. Adios.

Adriana cogió de las manos á sus pequeñuelos, Augusto y Clotilde, que saltaban de alegría, y salió del gabinete, dejando á su marido ocupado en mover los tizones para avivar el fuego.

II.

CUENTAS CORRIENTES Y CUENTAS ATRASADAS.

Nicolas de Velasco tenía la misma edad que Alfredo Peñalver; era hombre de una figura regular, elegante y de modales de buen tono; pero gozaba de pocas simpatías en el gran mundo por esa franqueza de carácter que se interpreta siempre mal entre las gentes acostumbradas á vivir del artificio y de la mentira social; se habia propuesto andar sin careta en una época en que es preciso velar hasta los sentimientos, y sólo conociéndole á fondo como Alfredo, su amigo de la infancia, se le podia tolerar en el trato íntimo; las damas de salon sobre todo le tenian miedo, y aunque le ponian buena cara, le aborrecian. Nicolas era rico, y no necesitando pedir nada á las personas con quienes se rozaba, no se creia obligado á contener los impulsos de su genio. Mis lectores le apreciarán me-

jor por el diálogo que va á sostener con su antiguo amigo.

Nicolas entró en el gabinete con el sombrero puesto y sin quitarse el gaban, en prueba de la confianza que en la casa disfrutaba, y tendiendo la mano á Peñalver, le dijo:

—Eres un sabio, Alfredo, porque hace un frio horroroso, y sólo aborreciendo la casa propia, se lanza hoy nadie á la calle. Bien dice el refran, que en invierno la candela es media vida.

—Es verdad; pero á pesar del frio, saldré más tarde.

—¿Vas á las Córtes? Bien debe agradecerte la representacion nacional ese sacrificio.

—Mi cargo de diputado lo exige.

—¿Hay ahora entre manos alguna ley para salvar la patria? preguntó Nicolas sonriéndose.

—Para tí lo más sagrado es objeto de burla. ¿No lees la reseña diaria de las sesiones?

—¡Líbreme Dios de perder el tiempo tan lastimosamente!

—¡Eres implacable!

—Cada uno tiene sus manías, querido Alfredo; diste gusto á los electores de tu distrito, porque posees el candor de los niños; crees que un hombre independiente inclina la balanza de la ley á favor de la justicia, y todavía no has aprendido que en los cuer-

pos colegiados la poderosa razon de la cantidad es la que siempre vence. Los guarismos son los soberanos del universo.

—Cumplo con lo que la conciencia me ordena, y así estoy satisfecho de mí mismo.

—¡La conciencia!..... ¿Qué es la conciencia? ¿Cómo la pintarias para acercarte á la verdad?

—No es ningun enigma, Nicolas, pues la conciencia está perfectamente definida por el Diccionario: «el conocimiento interior del bien que debemos hacer y del mal que debemos evitar.»

—¡Teorías para engañar al vulgo! Los académicos son unos sonámbulos.

—¿Cómo la definirias?

—En ménos palabras y con más verdad: la conciencia es un comodin.

—¡Qué horror! exclamó Peñalver cogiendo las tenazas para remover los tizones.

—¡Bah! Penetra en esa interioridad sublime que te forjas con el nombre de conciencia, y dime si estás de véras satisfecho de tí mismo.

—¡Oh! ¡muy satisfecho!

—¡Qué ceguedad!

—¿Qué falta puedes echarme en cara?

—¡Ninguna, Alfredo! Está claro; vives escondido en tu casa acariciando á tu esposa y á tus hijos, como tórtolas en su nido; repartes de limosna una pe-

queña parte de lo que te sobra; te presentas en las Córtes con la frente levantada para dar tu voto á lo que crees justo; huyes del laberinto del gran mundo, y al acostarte te asomas á tu conciencia y duermes tranquilo, como el tesorero que, habiendo hecho su balance, se convence de que no falta un céntimo en la caja que está confiada á su responsabilidad. ¿No es esto?.....

—Tú lo has dicho; me parece exacta la comparacion.

—Pues permite que me ria de tu tranquilidad.

—¿Por qué?

—Porque no basta tener arregladas las cuentas corrientes si no se han saldado las cuentas atrasadas.

La frente de Peñalver se arrugó.

—Con ese gesto, continuó Nicolas, acabas de darme la razon.

—Te equivocas, querido.

—Haz lo que yo, Alfredo: no blasono de honrado, y para no engañarme, escudriño á menudo los rincones de esa covacha que los hombres pusilánimes llaman conciencia.

—¡Vives delirando!

—Hé ahí el recurso de los pobres de espíritu: consideran delirio el desden con que recibimos las impresiones del mundo, favorables ó adversas.

—Ese desden es hijo de la soledad en que vives,

Nicolas, dijo Peñalver, queriendo variar el tema de la conversacion.

—¡La soledad! ¡Vaya un razonamiento absurdo! ¿Quién vive más solo, tú que no tratas sino á los individuos de tu familia, ó yo que vivo con todo el mundo? Tienes por campo las cuatro paredes de tu casa, y á mis ojos se abre el espacio de lo infinito, el universo.

—Pero los hombres como tú viven en divorcio con la sociedad.

—Y ¿por qué?

—No hay entre tú y las muchas personas que durante el dia te estrechan la mano el menor lazo que os confunda; tu corazon no se conmueve ante ninguno de esos seres que cuando te detienen á su lado te producen el hastío.

—Para eso me queda el recurso de correr á otro sitio, miéntras que tú, si te fastidias en casa, estás obligado á guardar consideraciones de familia, que son los verdugos de la imaginacion.

—¡Qué manera tienes de apreciar los sentimientos íntimos del alma!

—He visto el mundo, mi buen Alfredo, por los cristales del cosmorama, y despues he metido los ojos dentro del aparato fascinador para convencerme del engaño. Las gentes me tienen por hombre peligroso, porque digo la verdad.

— Esa es la diferencia que resulta hoy entre nuestros caractéres, ántes tan iguales, tan confundidos; tú te asomaste á un cosmorama, y yo entré en el templo de la felicidad.

— Trabajo me cuesta convencerme de que seas el mismo Alfredo Peñalver que tantas aventuras corrió conmigo en la primera juventud; trabajo me cuesta, lo repito, porque entónces, obedeciendo á los arrebatos de tu corazon, no te detenias ante ningun obstáculo, miéntras que hoy, en cuanto se me escapa alguna idea desconsoladora, subes al púlpito y predicas un sermon para edificarme con las venturas que te rodean.

— Dejo hablar al corazon, y brota de mis labios el entusiasmo.

— Te he visto entusiasmado por tantas mujeres, que hoy tengo el derecho de poner en cuarentena tu entusiasmo para apreciarlo á su tiempo, observó Nicolas riéndose.

— No me hables de lo pasado, porque me he arrepentido de los años que malgasté quemando incienso en las aras de esas mujeres que nos roban las más risueñas ilusiones.

— ¡Hola! ¿Ahora opinas así? Pues yo quisiera en este momento arrancarte de tu estado, quitar de tu cabeza esas canas que empiezan á asomar con el atrevimiento que prestan los años, devolverte el fuego de la juventud, y ponerte delante de Fermina, aquella

ninfa de la belleza que te hizo cometer tantas locuras, y por la cual hubieras arrostrado la mayor de las inconveniencias sociales.

—¡Fermina!..... exclamó Alfredo inclinándose en su asiento y abriendo mucho los ojos.

—¿No te acuerdas ya?..... La conociste en el teatro del Príncipe, corriste detras de ella como un cadete de ligeros, le paseaste la calle como un sereno, despues escalaste de noche su balcon como un ratero, diste un escándalo fuerte, te batiste por ella con su hermano y con un teniente, que tambien la galanteaba, y durante una semana fuiste la fábula de Madrid. Fermina perdió su estimacion, y tú ganaste un trofeo. ¿Era aquella una de las que te robaron las risueñas ilusiones? Pues penetra en eso que tan bello te parece hoy, en tu conciencia, y recordarás que no volviste á su casa desde una tarde que en el paseo del Retiro cruzó por delante de tí Isabel, aquella rubia de magníficos ojos, alguaciles que te prendieron al instante; abandonaste á Fermina, á pesar de que te escribió cien cartas, que no abriste, á pesar de que derramó un torrente de lágrimas, que no apreciaste, y pocos meses despues murió de consuncion..... ¿Esa te robó una de tus ilusiones?..... Vamos, Alfredo, sé justo: despues de ver hoy arreglado tu libro de cuentas corrientes, abre el que tienes cerrado, donde figuran tus cuentas atrasadas.

Peñalver tenía la cabeza apoyada en una mano, y sintió un ligero estremecimiento al oir las últimas palabras de su amigo, que cayeron sobre su corazon como una plancha de hierro.

—¿Te impresionan mis recuerdos, Alfredo?

—Sí, Nicolas; te juro que quisiera echar un velo sobre lo pasado, pero un velo tan espeso.....

—¡Buena manera de remediar los males! ¡Hé ahí lo que tú llamas el triunfo de la conciencia! ¡Esconder el pecado no es un triunfo!

—¡No hay otro remedio!.....

—Sí; haz lo que yo: no des importancia á los sucesos ni á las impresiones de la vida; pero no prediques que lo de hoy es mejor que lo de ayer, porque así el primero que se engaña eres tú.

—No seas cruel, Nicolas. Déjame gozar del cuadro de felicidad que me he formado, sin presentarme el desencanto. Respeta mi pasado.....

—Yo respeto todo, querido Alfredo; pero respeta á tu vez la indiferencia de tus amigos; has tenido la suerte de saber olvidar; gozas de una dicha inefable, que no puedes trasmitir, puesto que no es tuya sola, y sin embargo, te empeñas diariamente en enaltecerme el matrimonio para arrastrarme á ese precipicio, que ves bordado de flores y yo erizado de espinas. Te conozco desde niño; sé que tu imaginacion es privilegiada, y así como ayer me lanzaste á aventuras pe-

ligrosas que me proporcionaron serios disgustos, hoy quieres llevarme por un camino donde los más fuertes se lastiman los piés; déjame vivir tranquilo sin exponerme á una nueva vida de desengaños.

—Disculpa mi intencion, mi caro Nicolas; ¡te quiero tanto, y me considero tan dichoso, que desearia verte alejado del bullicio del mundo, libre de sus devaneos, rodeado de una mujer y de unos hijos que embellecieran tu existencia!.....

—No prosigas, Alfredo, porque vuelves á tu tema, y me espantarás de tu casa.

—¡Eso nunca!

—Gozo con verte gozar, y envidio á veces la dicha que se retrata en tu semblante; quiero creer que todo es verdad, pero como rindo culto á esta diosa, casi mitológica en los tiempos que alcanzamos, se asoma la risa á mis labios cuando te veo jugar con tus hijos como el más clásico padrazo, y cuando oigo á tu Adriana, que con una candidez digna de mejor suerte se queda embebecida contemplándote, convencida de que es ella la primera mujer que te hirió el corazon. Debemos hacer justicia á las mujeres: aman mejor que nosotros, se dejan engañar mejor que nosotros, y son las únicas víctimas de este juego de prendas tan popular que se llama correspondencia amorosa.

—¿Te propones atormentarme, Nicolas?

—No, Alfredo; haciendo justicia á las mujeres,

enaltezco á la tuya, que vive deliciosamente engañada; y ¡ojalá que nunca caiga de sus ojos la venda que los cubre! Esa venda es el escudo de la felicidad que hoy te arrebata.

—Adriana no conoce mi historia íntima; pero mis aventuras pasadas en nada lastiman el amor que le profeso. ¡La amo con todo mi corazon!

—Y á las demas mujeres que te robaron las ilusiones, ¿cómo las amáste?

—Por puro pasatiempo.

—Pues muchas de esas mujeres te entregaron su corazon entero, su fe, su honor, su vida... ¿Puede el hombre tomar por pasatiempo prendas tan dignas de respeto?

—¿Quién se acuerda de eso?

—¡Bravo! ¿Ya te delataste! ¿El olvido?... Hé ahí el libro de cuentas atrasadas que no quieres abrir, porque tu conciencia no se atreveria á examinarlo.

—No me conmueven los recuerdos, Nicolas, porque hoy pertenezco todo á mi Adriana.

—¡Esa es la falta! Ya ves, añadió riéndose, como yo tambien soy predicador cuando llega el caso; y tu cara me dice que han hecho efecto mis razones... ¡Oh! ¡la verdad!... ¿Quieres que te cuente dia por dia tu historia, que te ponga delante las mujeres que engañaste? Tengo buena memoria, y refrescaré la tuya

supuesto que te encierras en el olvido para no despertar del sueño cúlpable de tu conciencia.

—No; hablemos de hoy, si quieres, porque lo pasado pertenéce á la historia.

—Dame la mano, Alfredo; eres bueno y no me propongo atormentarte; te amo como un hermano y admiro tus virtudes; pero respeta mi propósito de vivir en el mundo como un ermitaño, sin que venga una mujer á traerme ese sinnúmero de venturas que te sobran y que con tanto entusiasmo pinta tu fogosa imaginacion. Soy el mismo hombre que fuí; y puesto que te has regenerado por el amor de una mujer ejemplar, no me precipites, sabiendo que es casi imposible encontrar muchas Adrianas en esta sociedad tan pervertida.

—No lo creas, Nicolas; la mujer es lo que el marido se propone; ántes lo dijiste: la mujer es mejor que el hombre, y siendo tú tan bueno...

—Lo mejor de los dados es no jugarlos, querido mio.

En la puerta del gabinete se presentó el ayuda de cámara de Peñalver.

—¿Qué buscas, Miguel? preguntó su amo.

—Un jóven que trae esta carta desea ver á V. S. y espera en el recibimiento.

—¿Es un caballero?

—No señor; es un pobre diablo, contestó el sirviente con tono despreciativo.

—Dile que aguarde.

El ayuda de cámara se retiró y Alfredo, en vez de romper el sobre de la carta para enterarse de su contenido, preocupado sin duda con la conversacion que sostenia con su amigo, dirigióse de nuevo á éste para decirle:

—¿Con que eres incasable?

—Voy creyendo que sí, puesto que tu decantada felicidad no me alucina.

—El tiempo ablandará tu empedernido corazon, porque ha de llegar el dia en que te convenzas de que nada puede destruir esta felicidad que disfruto y de que te atreves á dudar.

—No dudo, amigo mio; la niego sin vacilar, porque la felicidad es como la nave que boga por unas aguas, al parecer tranquilas, pero que cuando se alborotan la hacen zozobrar.

—¡Mi felicidad, no, Nicolas! ¡Nada hay que la turbe! ¡no temo á las tempestades de la vida! Miéntras Adriana y mis hijos alienten, seré dichoso. ¿Qué puede arrebatarme la ventura miéntras?...

Alfredo hablaba con calor, dando vueltas entre los dedos á la carta que acababa de recibir; sus ojos se fijaron rápidamente en el sobre é interrumpió su razonamiento para examinar la letra con que habian escrito su nombre y las señas de su casa.

—¿Qué te sucede? preguntó Nicolas sorprendido y

acercándose á la chimenea para remover los tizones que su amigo habia abandonado.

—No sé... esta letra...

—¿De quién es la carta? ¿De alguno de los electores de tu distrito?

—Será una ilusion... una casualidad... pero sentí una impresion extraña... Cualquiera diria que este papel habia despertado en mí un presentimiento...

—¡Hola, hola!

—Tú tienes la culpa, Nicolas, añadió Peñalver sonriéndose forzadamente; con tus bromas conseguirás hacerme hasta supersticioso... Y el caso es... ¡Qué diablos! ¡no me atrevo á abrir esta carta!...

—Nada me impone miedo; dámela; si trae alguna mala noticia que pueda anublar esa felicidad que tanto te enajena, morirá el papel entre esa llama que pide más combustible.

—No es justo desatenderla, porque esperan la contestacion.

—Pues abre la carta, y no seas pusilánime, dijo Velasco encogiéndose de hombros.

Peñalver rompió el sobre, y al poner los ojos en la firma, se estremeció tan fuertemente que su amigo se levantó de improviso, comprendiendo que la carta encerraba una noticia de trascendencia.

—¿Qué es eso?

—¡Ah! exclamó Alfredo dejando caer al suelo la

carta. ¡Fué un presentimiento!... ¡El corazon nunca se engaña!

Y cubrióse el rostro con las manos.

—¡Cáspita! ¡la cosa parece séria! dijo Nicolas.

Recogió la carta y buscó en la firma la causa de la sorpresa de Alfredo, puesto que no habiendo tenido tiempo de leer el contenido, sólo aquella debia haberla originado.

— «*Filomena Maldonado*...» Conozco este nombre, murmuró entre dientes. ¡Filomena Maldonado!... ¡Ah! ¡ya recuerdo!...

Y acercándose á su amigo, le puso la mano en el hombro, diciéndole:

—La felicidad está expuesta, porque boga por aguas inconstantes. Esta carta, querido Alfredo, es la mano que abre tu cerrado libro de cuentas atrasadas. Ten valor y lee.

III.

EL PRESENTIMIENTO DE ALFREDO.

¿Por qué el nombre de una mujer habia producido tanto efecto en el ánimo de Alfredo? ¿Por qué éste, sin leer la carta, se habia turbado? ¿Presintió acaso que en aquellos renglones iba á encontrar una de esas tristes noticias que hieren el corazon y matan la felicidad de un hombre ó de una familia entera? ¿No habia dicho Peñalver que encerraba en su casa cuanto amaba y que detras de la puerta de aquel gabinete nada en el mundo le interesaba? ¿Habria engañado á su esposa?—No: Alfredo habia dicho la verdad; y á no haber mediado la conversacion con Nicolas de Velasco, es seguro que la firma de Filomena Maldonado no le hubiera producido tan fuerte impresion; las palabras de su amigo le habian despertado de un sueño, y cuando áun sentia el sopor, llegaba aquella carta á avisarle que la realidad lo empujaba dentro de

su abandonada conciencia, donde tenía que penetrar, destruyendo los propósitos del olvido.

Es indudable que Filomena Maldonado representaba una página de la vida de Peñalver: pero ¿temia algo que habia de encontrar en aquella carta cuando sin leerla se habia alarmado?—El lector lo comprenderá.—Aquella carta era el punto negro que en el horizonte anuncia la tempestad al experimentado marino; un indiferente la hubiera leido cien veces sin hallar en sus frases el menor motivo de alarma; pero para Alfredo cada palabra era un grito desgarrador que llegaba á herir su alma, su conciencia y su corazon.

Alfredo no tendió la mano para coger la carta que su amigo le presentaba; el instinto le decia que despues de leerla, la felicidad habia de huir espantada de su risueño hogar. Habia tenido un presentimiento, segun él mismo habia confesado.

—¿No quieres leer la carta de Filomena? preguntó Nicolas.

—No, repuso Alfredo estremeciéndose.

—¿Qué temes?...

—¡Nada!

—Entónces... ¡Pareces un adolescente!

—¡Me han hecho daño tus bromas, Nicolas!

—Si no te decides á leer la carta de Filomena, voy á quemarla en la chimenea.

—¡No, no!

—¿Quién te entiende... Por ventura, ¿tienes miedo á una mujer?... Ésta es una cuenta atrasada que te presenta un acreedor impertinente; despídelo con buenas palabras diciéndole que no tienes fondos; este sistema es muy de moda en la buena sociedad en que vivimos... Me acuerdo mucho de Filomena Maldonado: ¡una rubia encantadora! hace veinte años que la conocimos en Cádiz, aquel verano que fuimos á bañarnos en sus playas; y me acuerdo tambien que me proporcionaste un disgusto muy sério... ¡Eras un hombre intrépido y ella la mujer más resuelta!... Se apasionó de tí como Eloisa de Abelardo, hiciste por ella mil tonterías y abandonó el taller de modista en que trabajaba con su madre, para emprender contigo el vuelo hácia Gibraltar, donde permaneciste á su lado hasta que encontraste allí una judía tan hermosa como Filomena, y regresaste con aquella á España, dejando á la pobre gaditana con un desengaño en el alma y con las puertas de su casa cerradas al perdon. ¡Cuánto se habló en Cádiz del suceso!... ¡Te acuerdas, Alfredo?

—Sí, contestó éste muy turbado. ¡Fuí un miserable!

—Y ¿no habias vuelto á saber de Filomena?

—No, contestó aquél maquinalmente.

—Pues ahora, sin duda viene á exhumar un re-

cuerdo, usando todas las voces sentimentales del Diccionario para prenderte de nuevo en sus redes. ¡Pobre mujer! ¿No ha aprendido en tanto tiempo que el amor no es como el vino, que gana con los años? Me interesa la historia, Alfredo, y si me lo permites voy á saborear esta carta, en donde debe una mujer haber agotado los recursos de su fecunda imaginacion para conseguir el objeto. ¿Hé aquí una carta que no sabria yo cómo empezar, ni mucho ménos cómo lá habia de concluir. ¡Oh! ¡las mujeres! ¡la más ignorante lleva en el alma un poema! ¡lástima que no sepan escribir!

Peñalver seguia preocupado y Nicolas dijo:

—El que calla otorga, amigo mio. Cierra el corazon y abre los oidos para enterarte de lo que te escribe tu ex-amante Filomena Maldonado:

«Caballero Peñalver...» El principio es tan extraño como prosáico; ¿no te parece, Alfredo? Llamar á las puertas del alma, invocando una dignidad personal, es por lo ménos ridiculo.

—Lee sin añadir comentarios, dijo Alfredo incorporándose en el asiento con aire resuelto.

—Puesto que estás tan bien prevenido, oye:

«La desgracia concede derechos y la abundancia crea deberes. La opinion pública señala á usted como hombre bueno, noble y generoso, como excelente padre de familia, como intachable ciudadano; al oscuro

rincon donde escondo la miseria que me devora, ha llegado el eco de esa aura popular que no se adquiere sino con una ejemplar conducta, con el ejercicio de la caridad, con la práctica de las virtudes, con la rectitud de la conciencia. ¡Soy muy desgraciada! y si es verdad que la desgracia concede derechos, perdone usted el atrevimiento de una madre desolada que llega á arrojarse á los piés del hombre bueno, noble y generoso, del excelente padre de familia, del intachable ciudadano, para pedirle la tranquilidad de su alma, la existencia de su hijo, amenazada de un golpe fatal.

»Ni la miseria que me mata, ni los dolores que sufro, me obligarian á llamar á las puertas de usted; soy una madre que no tiene en el mundo más amparo que su hijo, y ve llegar á su buhardilla la desapiadada mano de la ley que se lo arrebata. ¡Mi hijo va á ser soldado! ¡la patria me lo roba! Esa madre lo reclama, sin oir el grito de la madre verdadera, que morirá más pronto si le arrancan ese pedazo de su corazon, por el cual ha sufrido tanto! ¡Sálvelo usted que es rico, que es bueno, que es noble, que es generoso! ¡Una limosna, por amor de Dios, para una madre que sucumbe al peso de su infortunio! ¡Nadie más que yo tiene derecho para llamar hijo á ese jóven tan digno que no se avergüenza de llamarme madre! ¡Una limosna!... Dios bendice la mano que hace el bien!—*Filomena Maldonado.*»

Al concluir la lectura de la carta, Nicolas levantó los ojos para mirar á su amigo, que estaba pálido, descompuesto y casi trémulo; notando aquel trastorno, le preguntó con sorpresa:

—¿Qué tienes?... ¡Me asusta verte la cara! ¡Qué impresionabilidad tan exquisita! Debiste temer que esta Filomena viniera á turbar la calma y la dicha que disfrutas; pero se conoce que es mujer de razon y posée la filosofía de estos tiempos, por cuanto en vez de revolver las cenizas de un amor ya tan viejo, se contenta con pedirte una limosna para salvar de la quinta á su hijo. Eres rico y bien puedes darle lo que necesita sin que eso afecte tus intereses. Veo que la suerte te protege.

Alfredo se levantó, y sin replicar á las observaciònes de Nicolas, le quitó de la mano la carta, que volvió á leer con muestras de grande agitacion.

—«¡La rectitud de la conciencia!» exclamó leyendo. Estas palabras trazadas por Filomena encierran un sarcasmo.

—No hagas caso, querido Alfredo, y dale la limosna que te pide; es el mejor modo de saldar esta cuenta atrasada. No extrañes que en esas palabras haya reticencia; las mujeres, para no perder el golpe, envenenan siempre el arma con que se proponen herir. Si las mujeres arreglaran el mundo, la máquina marcharia perfectamente.

—¡Una limosna para su hijo!... continuó Alfredo sin oir á su amigo.

—¡Bien poco te pide!

—¡Estás delirando, Nicolas! dijo Peñalver cogiéndole por un brazo. ¡Esta carta ha herido de muerte la felicidad que me rodeaba!

—El que delira eres tú; voy creyendo que se te ha perdido el tornillo principal de la cabeza.

—¡Ah! ¡era un presentimiento!...

—¿Quieres explicarme?...

—Esta carta no me pide simplemente una limosna; ¡esta carta encierra una revelacion terrible!

Nicolas miró fijamente á su amigo temiendo que se hubiera vuelto loco.

—Esta carta, continuó Alfredo, me la trae un jóven que espera á mi puerta como un mendigo; ese hijo de Filomena, que mi ayuda de cámara calificó de pobre diablo, ese...

—Es un quinto que, gracias á tí, no será soldado... ¿Y qué?...

—¡Ese jóven, Nicolas, es hijo mio!

—¡Cáspita! exclamó el amigo abriendo mucho los ojos. ¡El asunto se complica!... ¡Ahora sí que deben darme miedo tus presentimientos!... Y ¿no tenias la menor noticia de la existencia de ese mozo que en mala hora viene á darse á conocer?

—Ninguna. Antes lo dijiste: abandoné á Fi-

lomena en Gibraltar y no volví á saber más de ella.

—Entónces, ¿quién te asegura que el portador de la carta sea hijo tuyo?

—¡Me lo dice el corazon con sus movimientos! ¡Me lo dice á gritos la conciencia!

—¡Hola! ¿Ya abriste el libro de cuentas atrasadas? Pues ten cuidado con no equivocarte.

—No, Nicolas; ¡el alma nunca se equivoca!

—En ese caso, querido Alfredo, hay que convenir en que Filomena es una mujer superior; otra te hubiera reclamado un derecho, y ella se contenta con pedirte una limosna para redimir á su hijo del servicio militar; apela á ese caso extremo, porque las circunstancias la obligan. Tienes que darme la razon: las mujeres valen más que los hombres. ¡Pobre Filomena! le arrancan *ese pedazo de su corazon, por el cual ha sufrido tanto*, son sus palabras, y sólo en ese caso se atreve á llamar á tu puerta. ¡Qué grandeza de alma! Ni su honor le hizo renunciar á su hijo; por conservarlo á su lado no volveria á la casa paterna á pedir el perdon de su falta; rompió con el mundo que la alejaba de su centro, mendigó el pan para alimentarle, sufrió vejaciones y dolores, que sólo habrá visto recompensados con el placer de besar su rostro inocente; y cuando el niño se ha hecho hombre, cuando podia ayudar á su desgraciada madre, llega la ley á arrebatárselo para poner esa vida de privaciones á

merced de una bala traidora. ¡Madre infeliz!... Y tú, tú, que eres su padre, ¿qué hiciste por él, Alfredo?

—¿Yo, Nicolas? ¡He sido un infame!

—Y ¿qué piensas hacer ahora?

—No me lo preguntes: ¡mi deber es abrir los brazos á ese hijo que abandoné!

Alfredo corrió hácia la puerta del gabinete, pero al llegar al umbral le detuvo la voz de su amigo, que le decia:

—¡Calma, calma! El corazon es mal consejero; en las grandes situaciones de la vida, es preciso meditar mucho las consecuencias de un paso que tan directamente puede influir en tu felicidad.

—¿Qué debo hacer? Aconséjame, porque no tengo ideas; ¡en este instante no tengo más que corazon!

—Siéntate, Alfredo.

Este obedeció la órden de su amigo, que continuó en tono muy reposado:

—Aplaudo tu arranque; pero reflexionemos. Si cedes al impulso del corazon, ¿qué dirá tu Adriana?

—¡Oh! exclamó Peñalver, cubriéndose el rostro con las manos; ¡mi Adriana se muere!

—Pues es preciso que no se muera y evitarle este pesar. La casualidad me ha traido aquí á tiempo; la casualidad es la Providencia de los justos, y debes darle gracias. ¿Serás prudente y seguirás mi consejo?

—Sí.

—Pues empieza por revestirte de valor, y deja al tiempo que obre sus saludables efectos. Recibe á ese jóven, comprimiéndote el corazon para no delatar tu sentimiento; debes recordar que tu felicidad está amenazada, y que sólo de tu prudencia depende asegurarla; redime del servicio militar al hijo de Filomena, y si se confirma que es tambien hijo tuyo, vela indirectamente por él; siendo rico, puedes ponerlo á cubierto de la miseria; eres diputado y no te costará mucho mandarlo con un empleillo á Ultramar, léjos, muy léjos; dia llegará en que convenzas á tu esposa de que una falta pasada no pesa sobre la dicha de que hoy se muestra tan avara. Las mujeres conceden todo al que sabe amarlas; más todavía, al que las sabe engañar; lo único que las mujeres no perdonan es que no se las quiera.

—¡No conoces á Adriana, Nicolas!

—¡Demasiado! Está ciega por tí, y cree que ella sola llena tu historia; pero el tiempo calmará esa efervescencia. Los que empiezan amando á ciegas, acaban por vivir con los ojos muy abiertos; el tiempo es un gran oculista que bate las cataratas del amor.

—¡Pobre Adriana mia!... ¡Es imposible! ¡No quiero que reciba este golpe tan cruel!

—¡Mucha calma, Alfredo! ¡mucha calma! Te dejo bien preparado, y me voy para que recibas á ese jó-

ven que aguarda impaciente á tu puerta. Mi presencia te estorbaria.

—¿Me abandonas, Nicolas? ¡Tengo miedo de estar solo!

—Te prestaré la coraza que cubre mi pecho contra las impresiones de la vida. Aprende á ser filósofo, segun entienden hoy en el mundo la filosofía. Este golpe es un castigo que el cielo te manda; pero como estás arrepentido, Dios te salvará; no lo dudes.—Hasta luégo, que volveré, para ponerme á tus órdenes.

Nicolas de Velasco salió, estrechando con fuerza la mano de su amigo para infundirle valor, pues conocia que estaba sufriendo mucho. Nicolas poseia un excelente corazon... ¡Y el mundo le tenía miedo porque decia la verdad!—¡Hé ahí el valor del juicio público!

IV.

EL BARÓMETRO DEL ALMA.

Alfredo Peñalver recorrió con la vista los cuadros, los muebles, todos los objetos que habia en el gabinete, sin darse cuenta de la razon de aquel exámen, consecuencia de la perturbacion de su ánimo; él lo habia confesado: tenía miedo, y con los ojos interrogaba á aquellos testigos mudos de su felicidad, esperando, sin duda, que le enviaran un consuelo; encima de la chimenea habia un retrato de Adriana, fiel traslado de su hermosura, y el pincel del artista habia sabido robar al original el secreto de su candor; el corazon del marido amante se sintió comprimido, pues los ojos de su mujer penetraron en él, dibujando aquella en sus labios la más dulce de las sonrisas; en la ofuscacion que se habia apoderado de los sentidos de Alfredo, parecióle que una nube sombría habia vagado por la frente de Adriana al notar la alteracion de todo su sér, presintiendo acaso la desgracia que le

amenazaba. Entónces lanzó un profundo suspiro, exclamando:

—¡Pobre Adriana mia! ¡tan buena, tan pura, tan noble!... ¡Ella no me perdonará esta falta!... ¡Pero Dios es testigo de que yo la ignoraba! Porque no puedo dudarlo, el hijo de Filomena es hijo mio... ¡Qué infames somos los hombres! ¡Qué infames! ¡Sembrar la semilla de la desventura y cerrar despues la conciencia para el cumplimiento de los deberes que la naturaleza nos impone!... Pero Filomena es tan culpable como yo; si ella me hubiera hecho esta revelacion cuando yo era libre, cuando era dueño de mí, no hubiera vacilado un momento en abrir los brazos á esa criatura y darle mi nombre; ¡porque es mi hijo! ¡El grito de mi corazon, el grito de mi conciencia lo declaran!...

Volvió á leer la carta de Filomena, muy agitado, y dijo:

—¡Oh! ¡no puede quedarme duda! «Nadie más que yo tiene derecho para llamar hijo á ese jóven tan digno que no se avergüenza de llamarme madre...» Estas palabras, escapadas al amor maternal, encierran una revelacion... En la miseria que rodea á Filomena, su altivez me lanza esas frases de justa indignacion... ¡Oh! la abandoné cruelmente, y ha sabido luchar con el mundo, con la desgracia, con su familia, para obedecer al noble impulso del alma... Nico-

las tiene razon: las mujeres valen más que nosotros... Hoy, ese hijo perece de hambre á su lado, miéntras que mis otros hijos nadan en la abundancia. ¡Qué idea tan espantosa!...

Peñalver inclinó la cabeza sobre el pecho, permaneciendo algunos instantes en profunda meditacion; despues se levantó, exclamando:

—¡Nada! ¡mi razon se ha nublado! ¡No encuentro una idea que me ilumine!... Miéntras más pienso en la carta de esa mujer, más me pierdo en el abismo de la desgracia que me amenaza! Si Adriana llega á convencerse de la realidad, ¡adios, venturas inefables! ¡adios, sonrisas del hogar! ¡adios, encantos de una vida tan llena de felicidad!... ¡No! ¡no! ¡es imposible! ¡Romperé con mi conciencia ántes que matar mi corazon!

Cogió el cordon de la campanilla para mandar que entrara el portador de la carta; pero se detuvo al ver á Adriana que salia del tocador con sus hijos, en traje de paseo. Augusto y Clotilde corrieron hácia su padre, con los brazos tendidos para darle el acostumbrado beso de despedida; pero aquél permaneció inmóvil, sin soltar el cordon.

La esposa se adelantó rápidamente para observar más de cerca la cara de su marido, pues un movimiento secreto de su alma le avisó que su felicidad estaba seriamente amenazada.

—¿Qué tienes, Alfredo? le preguntó con interes muy marcado.

—Nada, querida, le contestó, haciendo un esfuerzo para sonreirse y aparentar la calma.

—¡No, no! ¡algo te pasa! ¡y algo muy grave!

—¿Por qué?

—¿Tus hijos se acercan á besarte, y no les abres los brazos?

—Estaba distraido.

—¡Nunca vi en tu rostro esa alteracion! ¡Tus ojos son para los mios un barómetro que me anuncia los movimientos de tu alma! ¿Qué tienes, Alfredo?

—Nada; te lo aseguro.

—¡Me engañas!

—¡Adriana!

—Hace una hora irradiaba la felicidad en tu semblante, y ahora se dibuja en él la expresion de un dolor indefinible. ¡Habla, Alfredo! ¿No tengo derecho á conocer tus impresiones? ¿Ya no son mias? ¿Hay algo en tu corazon ó en tu pensamiento que no deba yo saber?.....

Peñalver cogió de la mano á su esposa con afecto, y le preguntó:

—¿Te dí nunca motivo para quejarte de mí?

—No; pero esa misma confianza me autoriza á compartir contigo tus dolores. En una hora has cambiado completamente..... ¡Ah! la visita de Nicolas

ha alterado todo tu sér; ¿qué te ha dicho ese hombre?

Una idea luminosa cruzó por la imaginacion de Peñalver, pues con tono al parecer más tranquilo, le dijo:

—Me convenzo de que no puedo esconderte mis impresiones, porque las adivinas. En efecto, Adriana, la visita de Nicolas ha producido en mí una honda sensacion.

—¡Habla! ¡habla!

—Hay cosas que afectan á la vida material, y que las mujeres no aprecian en su justo valor; por eso queria ocultarte una noticia que de una manera grave lastima mis intereses.

—¿Es asunto de intereses?..... ¡Ah, entónces soy feliz!..... exclamó la apasionada esposa con un arranque de júbilo.

—Ya lo ves, Adriana; no me ayudas á sentir.

—Tú no debes abatirte por las contrariedades de la suerte.

—Y ¿por qué?

—Miéntras nos ámemos, Alfredo mio, dijo ella sonriéndose y apoyándose con coquetería en su brazo, nada temas.

—¡El golpe es rudo!

—¿Nos quedamos pobres?

—No tanto, querida; pero nadie ve menguar su fortuna en un instante sin alterarse.

—¿Puedo conocer la importancia de ese golpe?

—Nicolas ha venido á anunciarme una baja inesperada en los fondos públicos que compromete mi capital.

—Ten resignacion, confiando en la Providencia que no abandona á los buenos; ¡y tú eres tan bueno, Alfredo, que debes esperar!

—Sin embargo.....

—Voy á darte un poco del valor que te falta, y de la indiferencia que me sobra. ¿Tu capital ha disminuido? No importa; venderemos el carruaje, y saldré á pié contigo y con nuestros hijos; me reduciré á vivir en una casa modesta, sin boato, con lo puramente necesario. ¿Estás arruinado? No vaciles en decírmelo; eres jóven todavía y puedes trabajar; yo te ayudaré, Alfredo, cosiendo y bordando, y comeremos una sopa nada más, sazonada con nuestro cariño. Miéntras me quieras como te quiero; miéntras seas mio, y nada más que mio, no temo al infortunio; para ser felices, necesitamos sólo un pedazo de pan y la sonrisa del amor satisfecho. ¡Me enfado contigo si pones mala cara porque la suerte te vuelva las espaldas!..... Ríete.....

Alfredo hizo un esfuerzo para complacer á su esposa; pero ésta quitándose el sombrero lo arrojó al suelo con despecho, y fué á sentarse en la marquesita, diciendo:

—¡Ya no me quieres!

—¿Por qué dices eso, amor mio?

—Porque esa sonrisa no es tu sonrisa de siempre; porque en este momento no eres mi Alfredo, el Alfredo que me hace tan feliz.

—¡No seas tonta! exclamó el marido acercándose á ella para acariciarla. ¡Tu imaginacion te pierde!

—Al contrario, mi imaginacion me salva.

—Te ofrezco, Adriana mia, tranquilizarme, tener tu sangre fria para hacer frente á la desgracia; pero dame algunas horas para reponerme de la sorpresa. Cuando vuelvas de paseo me encontrarás sereno; encontrarás tu Alfredo de siempre.

—¿De paseo? ¿Crees que he de salir dejándote triste?

—Tus palabras me han reanimado y ya soy otro hombre. Tus hijos dan muestras de impaciencia, y si los pobrecitos se quedaran hoy en casa, rabiarian con razon. Vé, Adriana, que te cumpliré mi palabra.

—Vén conmigo; acompáñame á paseo en el carruaje por última vez.

—¿Por última vez?

—Sí, contestó poniéndose en pié; porque mañana saldremos cogidos del brazo, y verás qué contenta voy. Esta noche mandaré un anuncio á *La Correspondencia* poniendo en venta nuestros trenes. ¿No admiras mi conformidad?

—¡Eres una heroína del amor! dijo; ¡cada vez en-

cuentro más motivos para quererte con mayor entusiasmo!

—Entónces, Alfredo, sigo siendo dichosa, y para complacerme acompáñame á paseo.

—No es posible, Adriana mia; tengo que encerrarme en el bufete para arreglar mis cuentas y conocer el estado de mi capital despues de este golpe inesperado. Vé á pasear con tus hijos, y de sobremesa hablaremos del particular; me prometo, añadió sonriéndose, que no perderás tus carruajes.

—Eso no me inquieta.

—Vamos, mamá, dijo Augusto, que me canso de esperar.

—Ya lo oyes, Adriana; tus hijos se impacientan.

Alfredo depositó tres besos en la frente de su esposa y de los niños, acompañándolos hasta la puerta del gabinete; allí se quedó clavado como una estatua despues que los vió salir. Al cabo de algunos minutos volvió en sí, diciendo:

—¡Qué santa resignacion y qué alma tan buena!... No es digna esa mujer de que el infortunio que la amenaza la hiera en medio del corazon..... ¡No, no!..... ¡Ántes la desgracia para mí solo! ¡Ántes la muerte!..... ¡Bastante sufro ahora mismo con haber tenido que engañarla!..... ¡Valor! ¡El corazon me arrastra, la conciencia me atormenta, pero el amor me detiene!.....

Tiró con violencia del cordon de la campanilla, y al presentarse el ayuda de cámara le mandó que entrara el jóven que habia traido la carta.

Alfredo Peñalver se dejó caer en la marquesita azul, metiendo la mano derecha entre la levita y el chaleco, sin duda para sujetar su corazon que latia violentamente.

V.

EL HIJO DE FILOMENA.

El hijo de Filomena Maldonado, despues de dar cien vueltas por el recibimiento de la casa para calentar sus miembros ateridos, cansado de esperar el resultado de la carta que el ayuda de cámara habia llevado á Peñalver, se sentó en un banco de madera, donde se quedó dormido con ese sueño profundo y tranquilo que tanto envidian los hombres de negocios y cuantos viven con el cerebro en perpétua excitacion.

El hijo de Filomena era hermoso, robusto, de ancha frente, de elevada estatura, y de formas proporcionadas; con otro traje hubiera llamado la atencion en los círculos del buen tono, donde las mujeres acogen siempre con marcadas distinciones á los que tienen la fortuna de merecer á la naturaleza una bella figura; pero la del jóven estaba escondida entre la pobre ropa en que se envolvia; llevaba una blusa azul, un pantalon de color dudoso, y una camisa muy ar-

rugada aunque limpia; en las manos tenía un sombrero hongo con algunos desgarrones en la copa y en las alas; y sus zapatos rotos denotaban la estrechez con que vivia el que ni siquiera podia atender á la necesidad de ponerse á cubierto del excesivo rigor de la temperatura que á la sazon se estaba sintiendo.

Como los novelistas tenemos el privilegio de estar en todas partes y de hacer observaciones sin que se nos vea, despues de haber oido la conversacion del gabinete, picóme la curiosidad, y aprovechando el sueño del hijo de Filomena acerquéme á él para estudiar sus facciones y buscar semejanza con las de Peñalver, que por instinto se habia declarado su padre; la imaginacion ayuda mucho, pero áun quitando al rostro del jóven las líneas que yo le añadia, quedéme absorto contemplándole, sin dudar que el corazon no se habia engañado: tenía delante á Alfredo Peñalver, de veinte años; en conjunto y en detalles era él mismo. Y no debe extrañarse ese parecido, pues la práctica de los estudios fisiológicos, hechos en el mundo, acredita que los hijos nacidos de una falta generalmente se parecen á sus padres; este misterio será acaso una protesta contra la indiferencia de los hombres desnaturalizados, pues aquellos seres infelices que sus padres abandonan, van revelando su procedencia. ¡Oh, la naturaleza es muy sábia, y en sus inescrutables designios se retrata su grandeza! El hijo de

Filomena Maldonado era hijo de Alfredo Peñalver; no vacilo en asegurarlo.

El ayuda de cámara, sorprendido de que su amo mandara entrar en el gabinete al que con el criterio de su soberbia habia calificado de pobre diablo, se llegó al jóven, y sacudiéndole violentamente un brazo para que despertase, le dijo con arrogancia que su señoría se dignaba recibirle. El hijo de Filomena, despues de desperezarse, sin contestar una palabra ni protestar contra las maneras insolentes del criado, se dirigió á la puerta del gabinete, y levantando la colgadura de terciopelo que cerraba el paso al aire, se detuvo en el umbral, quedándose estupefacto á la vista de una habitacion tan suntuosa.

A la simple aparicion del jóven, Peñalver echó hácia adelante el cuerpo y la cabeza, como el que quiere mirar un objeto con gran interes; despues se restregó los ojos con ambas manos, cual si se los cubriera una capa de telarañas, y cuando se convenció de que no era una ilusion de sus sentidos, pues estaba viendo al hijo de Filomena, su fotografía viva, púsose en pié de un salto, exclamando entre dientes:

—¡Ese es mi hijo!..... ¡Ese soy yo!.....

Dió tres pasos hácia la puerta, obedeciendo á un impulso espontáneo de atraccion; pero ántes de marcar el cuarto paso, tropezaron sus ojos con el retrato de Adriana que parecia reconvenirle, y se quedó cla-

vado en el sitio; la reflexion se apoderó de su ánimo, haciéndole comprender el peligro que corria; retrocedió entónces con calma, apoyó el codo izquierdo sobre el mármol de la chimenea, y teniendo siempre la derecha encima del corazon para dominarlo, dijo con voz algo turbada:

—¡Adelante!

El jóven, al ver los extraños movimientos de Peñalver, habia levantado la colgadura para retirarse, pero le detuvo aquella órden, y con timidez dejó escapar esta palabra:

—¡Señor!.....

—¡Adelante! repitió Peñalver con voz firme.

—No me atrevo, dijo, porque temo manchar la alfombra con mis zapatos sucios.

Peñalver se estremeció, porque aquella observacion le hizo fijarse en el traje del hijo de Filomena, y su conciencia dió un grito alarmante.

—Entre V. sin cuidado.

El jóven avanzó algunos pasos, y se detuvo en medio del gabinete.

—Acérquese V. más.

El jóven obedeció sin replicar, y con aire resuelto, dijo:

—Es V. muy bueno; no nos habian engañado al asegurar que no me recibirian mal en esta casa tan grande.

—¡Mala idea forma el pueblo de los que viven con cierto desahogo! observó Peñalver, haciendo un esfuerzo para dominarse.

—Los pobres hablan mal de los ricos, porque los ricos les enseñan á hablar mal.

—Y ¿quiere V. mal á los ricos?

—No, señor, contestó riéndose; al contrario: creo que si fuera rico los querria ménos.

—¿Por qué?

—Porque tengo que vivir de su dinero, y no soy ingrato. Hoy, que todos quieren ser iguales, nadie hace ostentacion de lujo, y se han cerrado los talleres; de manera que los menestrales nos morimos de hambre.

—¿Aprendió V. un oficio?

—Sí, caballero. Dicen que tengo disposicion; y debo tenerla, pues pronto, en mi taller, pasé de aprendiz á oficial; el padre de mi maestro fué un ebanista de fama, pero su hijo, que va hoy al Casino y es capitan de la milicia, se anuncia como artista en maderas finas, sin que por eso haya podido eclipsar la gloria de su padre, que con mucha habilidad tallaba la caoba, sin confiar ese trabajo delicado á manos extranjeras, que nos quitan el pan.

—¿Tiene V. amor á su oficio?

—No, señor; ni elevado á la categoría de arte, me agrada mucho romperme las manos. Vea V. cómo es-

tán, añadió enseñándolas; y eso que hace cuatro meses que como no se trabaja en el taller no me ocupo más que en *chapuces* para comprar lo más necesario y atender á la subsistencia de mi pobrecita madre, que está muy enferma y no puede coser para ganarse la vida como ántes.

—¿Está enferma? preguntó Peñalver con interes y moviendo á un lado y otro la cabeza.

—Padece mucho; ya se ve: la falta de recursos la hace sufrir más, porque algunos dias no podemos encender un poco de carbon para comer un puchero; miéntras se conservó buena, yo estaba siempre alegre; pero desde que la abandonaron las fuerzas, tambien sufro con ella; mi taller se cerró, y como el jornal que allí ganaba era nuestro socorro, hoy carecemos de todo.

—¡Qué remordimiento! murmuró Peñalver mirando al cielo.

Y dirigiéndose de nuevo al jóven, le preguntó:

—¿Es decir que trabaja V. para su madre?

—¿Quién duda eso? Cumplo con mi deber de buen hijo; y sería un infame si no me desvelara por ella, que tantos trabajos ha pasado para educarme, que tantos esfuerzos ha hecho para que fuera bueno, y que no ha perdonado sacrificio para ponerme en camino de saber ganar la vida. ¡Mi pobre madre! ¡Ay, señor! ¡la quiero tanto!...

El hijo de Filomena sintió que se le humedecian los ojos, y no teniendo pañuelo pasó por ellos la manga de la blusa.

—El buen hijo simpatiza con todo el que tiene corazon, dijo Peñalver haciendo tambien un esfuerzo para esconder sus lágrimas; y celebro que haya V. venido á buscarme.

—El pueblo nunca se equivoca en su juicio, y cuando se atreve á asegurar que un hombre es generoso como V., debe tener muchas pruebas de la persona que enaltece. ¡Si viera V. qué trabajo me ha costado venir á esta casa! A no ser por el estado de mi madre nunca hubiera subido una escalera para pedir limosna.

—¿Es V. soberbio?

—No, señor; soy un hombre honrado; me siento fuerte para trabajar, y he corrido todos los talleres, ofreciéndome á ganar un jornal cualquiera, pero con la revolucion, el arte en maderas finas, como dice mi maestro, ha muerto. Luégo, la buena suerte de los pobres me ha protegido esta vez, pues apénas cumplí los veinte años, vino la quinta, y he sacado ¡el número uno!

—¿No quiere V. ser militar?

—La vida del soldado no es muy agradable, ni presenta una perspectiva risueña, pero si fuera solo en el mundo, crea V. que cogeria el fusil con entusias-

mo, siquiera porque podria buscar una muerte honrosa.

Peñalver se estremeció.

—¿No ama V. la vida?

—Los pobres no tenemos derecho á amarla, porque no nos pertenecemos, estando siempre á merced del que nos manda; ya ve V. ahora: la ley me pone un fusil en las manos y me obliga á abandonar á mi buena madre, enferma, dejándola sin recursos; este golpe la mataria más pronto, y por eso, venciendo mi repugnancia, vengo á ver á V. para pedirle, no una limosna, como dije ántes, rechazo la idea, sino un préstamo; los tiempos cambiarán, y podré pagar al protector generoso la cantidad que me anticipe para poner un sustituto.

—No será V. soldado; una madre que necesita del auxilio de un hijo pide con sobrada razon.

—Gracias, caballero. ¡Dios recompensará á V. su noble accion! ¡Qué alegría para mi madre!

—Yo tambien la siento al hacer á V. este servicio.

—¡Oh! ¡en la cara de V. se adivina la bondad!

—¿Cómo se llama V., jóven?

—Alfredo.

—¡Alfredo! exclamó Peñalver estremeciéndose.

—¿No le gusta á V. mi nombre?... Y sin embargo, es el mismo que V. lleva.

—¡No, no es eso! murmuró Peñalver.

—¿Se avergüenza V. por ventura de que un infeliz menestral lleve el nombre de un caballero tan ilustre? preguntó el hijo de Filomena con la cabeza muy erguida. ¡Los santos no tienen blasones de nobleza!

—¡Tampoco es eso! repitió aquél muy turbado.

—Es un nombre muy bonito; mi madre me lo puso por cariño á mi padre, que tambien se llamaba Alfredo.

—¿Conoció V. á su padre? preguntó Peñalver con un tono de vacilacion que denotaba el temor de oir la respuesta.

—No, señor.

—¿No ha podido V. entónces apreciar el cariño de padre?

—No; pero no me ha hecho falta; me ha bastado con el amor de mi madre, que llena todo mi corazon.

—¡Eso no es noble! Un padre...

—No quiero engañar á V., caballero, ya que es tan bueno conmigo. ¡No amo la memoria de mi padre!

Un escalofrío mortal heló en las venas la sangre de Peñalver.

—¿Ha muerto?

—A lo ménos ha muerto para nosotros desde el momento en que nos abandonó. Usted que es tan buen padre de familia, ¿comprende que un hombre abandone á una mujer que le ama con toda su alma y á un hijo que es su mismo sér?

La mano derecha de Peñalver comprimia fuertemente su corazon que queria estallar, y sintiendo que sus rodillas se doblaban, se dejó caer en la marquesita, diciendo con voz fatigosa:

—Jóven, me interesa la historia de V. y deseo conocerla; siéntese V. aquí, á mi lado.

—¡Sentarme! exclamó Alfredo sorprendido. ¡Dios me libre de abusar de la confianza!...

—Ha dicho V. ántes que los pobres están siempre á merced del que les manda; pues bien: le mando á usted que se siente.

El jóven miró de reojo á Peñalver, y no atreviéndose á contrariar una órden que consideraba superior, obedeció; entónces aquél, dejándose llevar de un impulso secreto que le arrastraba hácia el sér que era su misma sangre, le cogió una mano con afecto, exclamando:

—¡Siente V. frió!

—¡Hace un dia cruel! dijo Alfredo alarmado con la bondad de Peñalver, y mirándole siempre con recelo.

—Caliéntese V. en la chimenea.

—Muchas gracias, caballero.

—¿Decia V. que su padre habia muerto?

—Debo suponerlo así, puesto que no hemos vuelto á saber de él; si viviera, es imposible que en tantos años no se hubiera arrepentido de su mala accion.

—¿De su mala accion? repitió Peñalver espantado.

—Es claro; mi padre se marchó á América sin despedirse de su mujer, sin siquiera darme un beso; y despues no hemos tenido la menor noticia de su paradero. ¡Un hombre de corazon que ama á su familia, no se porta así! ¿Sería V. capaz de abandonar á su esposa y á sus hijos?

—¡Yo... yo!... exclamó Peñalver con la mayor agitacion, poniéndose en pié como si quisiera huir de sí mismo.

Alfredo se levantó tambien, mirando con sorpresa á Peñalver, pues sus movimientos, sus exclamaciones y hasta la franqueza con que le habia recibido le hacian sospechar que estaba loco; sintió una especie de desconfianza muy parecida al miedo, y trató de buscar la manera de evadirse del gabinete; colocándose entónces cerca de la puerta, se atrevió á decir:

—Doy á V. gracias por sus bondades, y mi madre las agradecerá como yo. ¿Tiene V. algo que mandarme, caballero Peñalver?

Éste se habia quedado inmóvil, con los brazos cruzados, y en su preocupacion, no oyó la voz del jóven; aquella especie de enajenacion aumentó la alarma de Alfredo, que salió precipitadamente, tropezando con la silla que estaba junto á la puerta.

Al ruido volvió en sí Peñalver, que exclamó:

—¡Se va! ¡huye de mí!... ¡Su corazon nada le dice!

¡nada! ¡y el mio estalla!... ¡Es hijo mio! ¡y no le puedo abrazar!

Corrió luégo á la puerta, gritando:

—¡Alfredo! ¡Alfredo!

El jóven apareció en la antesala, dando muestras de su timidez, y Peñalver le cogió afectuosamente por el brazo, diciéndole:

—¿Se va V. sin llevar la respuesta de la carta?

—Creí... Como estaba V. disgustado... no quise ser importuno...

—No haga V. caso de mi agitacion; las personas nerviosas alarmamos á los indiferentes. Venga V. acá; ha simpatizado V. conmigo y deseo mejorar su suerte; asegúrelo V. así á su madre, cuya desgracia me interesa... Antes de salir, deje V. á mi ayuda de cámara las señas de su casa.

—¿De mi casa? preguntó Alfredo con asombro.

—Sí; ¿supongo que no irá V. descontento de mi visita y que en adelante me verá sin repugnancia?

—¡Oh! ¡caballero!.....

—¡Pobre jóven! exclamó Peñalver, pasándole la mano por la cara para satisfacer la necesidad que sentia de tocar aquella carne que era suya. ¿Va V. á salir, exponiéndose á los rigores del frio? ¡Tan desabrigado!

—Ya el frio conoce á mi piel y no se atreve con

ella, dijo el jóven sonriéndose; los pobres estamos curtidos.

—No, no; es una temeridad, y debo prevenir el peligro. ¡El frio es espantoso!

Cogió Peñalver un gaban forrado de pieles que estaba sobre una silla, y acercándose al jóven, le hizo meter el brazo derecho por la manga, á pesar de la resistencia que hacia.

—¿Qué pretende V., caballero?

—¿Se desdeña V. de llevar una prenda usada por mí? ¡Oh! ¡sería demasiado orgullo!

—Es que.....

—Nada, nada, añadió Peñalver abrochándole los botones del gaban; calle V., y guarde este recuerdo mio. Quiero que diga V. á ese pueblo que tanto duda del corazon de los ricos que sabemos ser benéficos; quiero que proclame V. por el mundo que no es injusta la opinion que de mí ha formado. Ya ve V. que yo tambien tengo mi poco de vanidad.

—Pero, caballero, dijo Alfredo mirándose de arriba abajo con la sonrisa en los labios, no puedo salir á la calle con este gaban, que tan mal sienta con mi pobre pelaje; los chicos de mi barrio me apedrean si me ven cruzar por la calle hecho un señor á medias.

—En efecto, dijo Peñalver con aire de satisfaccion; parece V. otro hombre, y me complace verle trasformado.

—¡Ca! No me atrevo á presentarme en mi barrio con un gaban de conde y un hongo y unos zapatos de trapero. Estoy seguro de que si un municipal repara en mi disfraz me lleva al Saladero.

—Es verdad, añadió Peñalver sacando su portamonedas, que le echó en uno de los bolsillos del gaban.

—¿Qué es eso? preguntó Alfredo sorprendido.

—Quiero que se equipe V. por completo.

El jóven se estremeció, y dominado por un impulso de su dignidad natural, trató de rechazar la accion, exclamando:

—¡Una limosna!

—No, respondió Peñalver; es un anticipo á cuenta del préstamo que me ha pedido usted. Ya arreglaremos nuestra deuda para poner á cubierto su susceptibilidad.

—¡Esto me parece inverosímil!

—Pero es verdad. Necesito que me quiera V., jóven; la caridad es una virtud que abre las puertas del corazon ajeno. Soy yo el que más gana en la proteccion que á V. dispenso.

Peñalver echó el brazo por los hombros al jóven, comprimiéndole fuertemente contra su pecho; y la emocion violenta que sintió su corazon de padre le produjo una especie de desfallecimiento que le obligó á apoyarse contra el marco de la puerta. Alfredo se retiró sin acertar á comprender que el ejercicio de la ca-

ridad causase tan extraños efectos en las altas clases de la sociedad, tan calumniadas por las gentes con quienes se rozaba en el trato íntimo.

Un momento despues, Peñalver se repuso de su emocion, y dando algunos pasos, con la alegría retratada en el semblante, exclamó :

—¡Es mi hijo! ¡le he tocado con mis manos!..... Pero la fatalidad se interpone entre los dos. ¡Ah! ¡es mi hijo!..... ¡Y no poderlo besar!.....

Aquella idea le trajo á la imaginacion el abismo que tenía delante.

VI.

LOS EFECTOS DE UN GABAN AJENO.

El jóven Alfredo se dirigia por el recibimiento á la puerta de la escalera, mirándose en la sombra, muy satisfecho de su persona con el gaban de Peñalver, y apretando entre los dedos el portamonedas que llevaba en el bolsillo, deseando verse en la calle para registrarlo y conocer el valor del tesoro que encerraba; pensando en la alegría de su pobre madre ponia la mano en el pestillo, cuando sintió que le sujetaban fuertemente por el brazo; volvió entónces la cabeza, y vió al ayuda de cámara, que haciendo un gesto de desprecio y de ira, decia:

—¡Alto ahí! ¿Queria V. escaparse con la presa, burlando mi vigilancia?

—¿Qué dice V., buen hombre? preguntó Alfredo, alzando la cabeza muy erguida y sintiendo que la sangre encendia su rostro.

—¡Ah ¡tunantuelo! ¿Así paga V. el honor que el amo le ha dispensado recibiéndole en su gabinete? ¿Cree V. por ventura que no conozco ese gaban?

Alfredo, dominado por la cólera, levantó la mano para castigar el insulto del miserable sirviente; pero el respeto que le infundia la casa le hizo contenerse en su arrebato; y cruzándose de brazos, con una calma que anunciaba su dignidad, dijo sonriéndose:

—¿Conoce V. este gaban?

—¡Vaya! Como que lo cepillo todos los dias.

—Pues para ahorrar á V. ese trabajo, me lo llevo.

—¡Lo veremos!

—¿Pretende V. quitármelo?

—Por supuesto; y avisaré á la policía para que duerma V. hoy en lugar seguro. ¡Esta gente del pueblo tiene una habilidad para apoderarse de lo ajeno!

Las mejillas de Alfredo volvieron á encenderse; pero se dominó de nuevo, y dijo, siempre con la sonrisa en los labios:

—¡La gente del pueblo!..... ¿De dónde procede usted, señor marqués?

—¿Quiere V. compararse conmigo? preguntó el criado, mirando al jóven de piés á cabeza con el más profundo desprecio.

—¡Dios me libre de hacer comparaciones tan odio-

sas! ¡Un honrado menestral no debe confundirse con un estúpido lacayo!

—¿Esas tenemos, mocito?..... ¡Insultos á mí! ¡al ayuda de cámara de un caballero tan principal!..... Le perdono á V., porque no quiero rebajarme..... ¡Honrado el hombre que se lleva un gaban ajeno!

—¡Basta! exclamó Alfredo con arrogancia. El mejor castigo de tan infame suposicion lo impondrá el mismo amo. Venga V. al gabinete.

Esta vez fué el menestral quien cogió por el brazo al ayuda de cámara, que ante aquella resolucion vaciló y tuvo miedo de presentarse á su amo; pero arrastrado por la mano vigorosa de Alfredo, llegaron á la puerta del gabinete, donde seguia Peñalver entregado á la exaltacion de su alma por la lucha que sostenia.

Al ruido de los pasos se incorporó maquinalmente, y al ver al jóven menestral, se puso en pié de un salto, murmurando muy entre dientes:

—¡Todavía está aquí!.....

Y adelantándose hácia la puerta, preguntó á su ayuda de cámara:

—¿Qué quieres, Miguel?

—Señor..... este mozo.....

—¿Qué quieres? repitió Peñalver con tono de impaciencia.

—¿Por qué vacila V. en denunciarme? dijo Al-

fredo con resolucion. ¿Parece que en presencia del amo pierde V. los bríos? ¡Hable V. sin miedo!

—¿Qué sucede? insistió Peñalver en el mismo tono.

—Vi salir á este jóven.....

—Con un gaban ajeno, interrumpió el menestral con ira, y sin considerar que no hay en mi rostro una línea que denuncie el delito, este criado ha tenido el atrevimiento de detenerme como á un ratero, suponiendo que me escapaba.

—¡Qué humillacion! balbució Peñalver montando en cólera.

—No podia figurarme, observó el ayuda de cámara con miedo, que el gaban de mi amo.....

—¡Silencio, miserable! exclamó aquél con profunda indignacion. ¿Quién te da el derecho de calificar á las personas que vienen á mi casa, y mucho ménos de inferirles tan grave ofensa?

—Mi lealtad, señor, nunca desmentida.....

—Este jóven tiene razon; debiste conocer en su cara que no era digno de que le confundieras con un ladron.

—Pero yo.....

—¡Silencio!..... ¡Ahora mismo sales de mi casa!

—Señor.....

—¡Te despido! Así aprenderás á no propasarte con las personas que vienen á verme.

—Pido perdon.....

—Retírate, y no vuelvas á presentarte delante de mí.

El ayuda de cámara salió, demostrando en su fisonomía más el sentimiento de perder su plaza que la humillacion que habia sufrido. La dignidad no se revela en esas clases degradadas que dan al salario que ganan la importancia del amo que paga para atropellar á los que creen desheredados. Peñalver habia impuesto al insolente criado el castigo más fuerte, pues él hubiera preferido recibir un puntapié ó un bofeton á dejar de ser ayuda de cámara de casa grande, donde su ignorancia le colocaba á tanta altura en lo que llaman vulgarmente la posicion social.

—Creo que estará V. contento con las satisfacciones que le doy, dijo Peñalver tendiendo la mano derecha al jóven, que la estrechó con verdadera efusion.

—Gracias, caballero, repuso Alfredo; es verdad que me infirió una ofensa; pero su celo le disculpa, y suplico á V. que mi intercesion le valga para quedarse en la casa.

—Es V. generoso con el vencido, y me causa un gran placer oir esas palabras; pero no me atrevo á concederle el favor por las consecuencias que V. ignora. Los criados son una calamidad; si hoy perdonara á Miguel, mañana me proporcionaria un conflic-

to de trascendencia. Déjele V. seguir su suerte, que bien la merece.

—Este suceso, observó Alfredo sonriéndose, acredita el peligro que corro en salir á la calle tan disfrazado; la equivocacion me sirve de saludable aviso.

En este momento apareció en la antesala Adriana con sus hijos, y se detuvo al encontrar una persona delante de la puerta del gabinete; Alfredo estaba de espaldas, y como tenía puesto el gaban de Peñalver, ella creyó que era su marido; ayudaba á la equivocacion, no sólo la semejanza en las formas del hijo con el padre, sino la falta de luz, pues habia empezado á oscurecer.

—Aquí me tienes de vuelta, dijo ella poniendo la mano en el hombro del menestral. ¿Vas á salir?

Alfredo se volvió, inclinándose con respeto ante aquella señora, y su cara quedó tan cerca de la de Adriana, que ésta ahogó un grito de sorpresa.

—¿Qué te pasa? preguntó Peñalver tan turbado como su esposa.

—¡Nada! exclamó Adriana, mirando de nuevo la cara de Alfredo con una fijeza que lo desconcertó.

Ella se quedó clavada en el umbral sin saber lo que le sucedia, en completo estado de anonadamiento.

Aprovechándose Alfredo de aquel estupor, dijo para sí, encogiéndose de hombros:

—¡Todo lo que sucede en esta casa tiene para mí

algo de extraordinario!..... ¡Qué manera de expresar los sentimientos noto en las gentes del gran mundo! Me voy huyendo.

Y se deslizó sin decir nada, mirando siempre para atras; bajó precipitadamente la escalera, y cuando estuvo en la calle, apretó el paso como el que huye de algo que le produce temor.

Volvamos al gabinete.

Cuando Adriana se repuso de su emocion, con la vista buscó al jóven, y no encontrándole, creyó por un instante que todo habia sido una ilusion de su fantasía alterada; pero pronto se convenció de que habia tocado un cuerpo extraño que llevaba sobre los hombros el gaban de pieles de su marido, no quedándole la menor duda de que aquel cuerpo se parecia en las formas á su marido, y de que la cabeza que descansaba sobre aquel cuerpo, aunque revelaba la primera juventud, se parecia á la de su marido en conjunto y en detalles.

Ya dije ántes que la semejanza de Alfredo con su padre era visible; pero aunque no hubiera sido tanta, es seguro que Adriana hubiera sentido la misma emocion, producida por una de esas revelaciones intuitivas que posee el alma de las mujeres. Adriana habia visto la cara de Alfredo con los ojos del alma, y ésta nunca se engaña; ella no se explicaba lo que habia sentido, pero su imaginacion le habia presentado la

realidad; no tenía antecedentes en que fundar la desgracia que habia presentido; pero la mujer, que vive de sueños, da cuerpo á los fantasmas, y llega casi siempre á palparlos.

El corazon de la esposa amante habia estallado; esos grandes sacudimientos los produce siempre un resorte secreto que obedece á un sentimiento legítimo: ese resorte es la verdad.

Adriana, con el rostro descompuesto por la agitacion, con la mano trémula, cogió á Peñalver por el brazo, y mirándole cara á cara, le preguntó con aire resuelto:

—¡Alfredo! ¿quién es ese hombre?

—¿Qué hombre?.... murmuró el marido sin moverse.

—Ese hombre que estaba aquí..... ¿quién es?

—Un pobre menestral que ha venido á pedirme un socorro, contestó Peñalver casi temblando.

—¿Y le has dado tu gaban?

—Tenía frio, y.....

—¡Ah!..... exclamó Adriana, prorumpiendo á llorar. ¡La voz te delata!..... ¡Qué desgraciada soy!.....

Adriana se dejó caer en un sillon, y su marido permaneció en pié, con los brazos cruzados, sin encontrarse con fuerzas para amparar á su infeliz esposa, que murmuraba:

—¿Qué es esto?..... ¡Valor! ¡Por delante de mis ojos ha cruzado la sombra de una mujer!.....

VII.

LAS PUERTAS DEL PERDON.

Al empezar mi cuento, involuntariamente la pluma se detuvo en trazar á grandes rasgos la triste impresion que me produjo la vista de las ventanas de las buhardillas que se contemplan desde el balcon de mi despacho; y entónces estaba léjos de mi ánimo que mi deber de exacto narrador me obligaria muy pronto á penetrar en esos rincones de la miseria, donde habia de oprimírseme el corazon ante el terrible cuadro de la realidad, que adiviné por el simple aspecto exterior.

Ya es tiempo de que el lector se acerque á Filomena Maldonado, á la desgraciada mujer que aquella mañana habia escrito una sentida carta á Alfredo Peñalver. La noche habia tendido su manto, y como el jóven no habia vuelto, la impaciencia de la pobre madre era angustiosa en extremo; luchaban en su alma

encontrados sentimientos, y no apartaba los ojos de la puerta de la buhardilla; porque una desabrigada buhardilla era la habitacion de Filomena. Miéntras ésta aguarda el regreso de su hijo, la retrataré física y moralmente para que el lector la conozca y aprecie el valor de sus sufrimientos.

Dice el vulgo que las mujeres lloran con facilidad; y yo digo á mi vez que lloran mucho, acaso porque esa misma facilidad da salida á las lágrimas, que elaborándose naturalmente, estorban; pero como la mujer abusa de ese privilegio que la sociedad consiente sólo á su sexo, se la calumnia, asegurando que llora cuando quiere y no cuando debe.

Esas mujeres, actrices en el gran teatro del mundo, que explotan el sentimiento, que lloran cuando quieren, no caben en el cuadro que hoy ofrezco á mis lectores; en una palabra, no se identifican con Filomena Maldonado; las lágrimas del fingimiento no escaldan los ojos; corren por las mejillas como las gotas de agua por la superficie del cristal, sin dejar huella; pero las lágrimas del dolor no sólo abrasan las pupilas, sino que dejan eternos surcos que las satisfacciones posteriores no consiguen borrar.

¡Las lágrimas! ¡ay! por mucho que se estudien y se sujeten al análisis esas gotas de humor ácueo que salen por los ojos, no será posible definirlas; pero sí puede determinarse que dos lágrimas, idénticas, tras-

parentes como el rocío con que la noche esmalta las flores, nada tienen de comun entre sí.

Sentid una satisfaccion de inmenso placer que os haga palpitar el corazon, y vereis saltar las lágrimas que llegan gozosas á asomarse á los ojos para revelar la emocion; los ojos entónces, en sus brillantes movimientos, dan paso al alma, que entona el himno de la felicidad; y aquellas gotas cristalinas refrescan las pupilas, quedando los ojos como las matas del jardin cuando cesa la benéfica lluvia.

Sentid, en cambio, una impresion de profundo pesar, de esas que en vez de producir palpitaciones en el corazon, lo contraen de muerte, y en la asfixia del dolor, como consuelo, buscareis las lágrimas, creyendo que el caudal se ha agotado; cuando la angustia empieza á ofrecer treguas al sentimiento, van deslizándose con trabajo, una á una, lágrimas que salen del corazon y llegan á los ojos, llenas de hiel y candentes como botones de fuego; se detienen un momento en los párpados para abrasarlos, corren despues lentamente por las mejillas, marchitando su frescura, y van de nuevo á caer en el pecho, que las recibe, envueltas ya en el sudario de la muerta ilusion.

No es preciso ser muy conocedor del corazon humano para comprender á primera vista que Filomena habia apurado hasta las heces la copa de la amargura; no tiene aún cuarenta años de edad, y representa

diez más; la sombra oscura que vela sus lánguidos ojos, la demacracion de sus carnes, la palidez de su rostro, el tinte melancólico que baña su fisonomía, y su respiracion, siempre anhelosa, delatan los padecimientos físicos y morales que ha debido sufrir; pero todos aquellos síntomas de destruccion no ocultan que su belleza ha sido superior; cuando su espíritu se anima, sus párpados se abren, dejando ver dos pupilas negras y brillantes, llenas de un fuego que en vano quiere secar esa humedad de la córnea que revela un alma ardiente; así en las tinieblas de la noche el relámpago que ilumina el espacio presenta la trasparencia del cielo; el undoso cabello de Filomena blanquea en alguno de los rizos que caen sobre su frente, nublada por el pesar; su boca pequeña está ligeramente contraida por la fuerza del dolor permanente; su cuerpo, ántes flexible como la caña, ha perdido el vigor de la salud y se dobla ahora como el tallo del lirio que ha tronchado el vendaval. Todo en aquella mujer anuncia destruccion; pero su hermosura ha resistido á los embates del huracan del infortunio, y se anuncia claramente, como en las ruinas del templo se admiran las bellezas que en la piedra habia marcado el cincel del escultor, y que en vano intenta borrar el polvo de los siglos.

La vista de esta mujer producirá en mis lectores el mismo sentimiento de compasion que despertó en mí

la más profunda de las simpatías; y al compadecerla, admiro en ella la fuerza de voluntad que la sostiene y se adivina en sus menores movimientos; sí, porque solo con el heroismo que hace superiores á algunas criaturas se puede triunfar en la lucha de tantos años con la desgracia; Filomena habia triunfado de la sociedad que le cerraba todas sus puertas, porque habia puesto en Dios los ojos, y Dios acoge siempre en su seno á los desventurados que se echan en sus brazos para lavar sus culpas.

Verdad es que habia comprado á caro precio aquel triunfo, pues para redimir su falta habia puesto en las aras del sacrificio su amor, su juventud, sus ilusiones, su vanidad, sus fuerzas materiales y hasta el sueño que habia de reparar con el descanso y el olvido las pérdidas de una vida consagrada á la vigilia y al trabajo para buscar la subsistencia.

No puedo prescindir, en breves palabras, de retrotraer la accion de mi historia para que se comprenda el estado de Filomena.

En el verano de 1850 llegaron á Cádiz dos jóvenes de vida agitada, que no necesito retratar porque ya los conoce el lector; eran Alfredo Peñalver y su inseparable amigo Nicolas de Velasco; tenian libres todas las horas del dia, pues los habia llevado á aquella ciudad el pretexto de tomar baños de mar, siendo su verdadero objeto buscar distraccion y huir de los ca-

lores de Madrid; y teniendo libre el tiempo, vagaban por las calles, siguiendo con la vista, y algunas veces con el cuerpo, á aquellas mozas de rumbo que pisan de una manera especial y que, segun un observador oportuno, esconden iman en las espaldas, pues se llevan detras á los hombres más tranquilos é indiferentes.

Nicolas sujetaba á cada momento por el brazo á su compañero Peñalver, porque éste, con su instinto declarado de *pirata callejero*, queria abordar á cuantas gaditanas veia, y su alma ardiente andaba inquieta, á caza de aventuras. Sus ojos observadores penetraron una mañana por entre los cristales de un taller de modista que habia en la calle Ancha, y segun él mismo dijo, quedóse allí extasiado, contemplando á una bellísima jóven que estaba sentada detras del mostrador, al lado de una señora de papalina monumental y con la cara muy séria.

El demonio, que anda siempre listo para precipitar al que se propone perder, hizo que aquella mirada traidora entrara como una espada en el pecho de Filomena Maldonado; y por la tarde, cuando Alfredo Peñalver volvió á contemplar las galas que la modista exhibia en la vidriera, torciendo por supuesto la visual, la jóven habia cambiado de puesto, y por detras de los cristales ofreció el incentivo de su belleza á las miradas del pérfido galan.

No hay que gastar palabras en digresiones inútiles; Filomena perdió el juicio arrastrada por la donosa figura de Peñalver, que no perdonó medio de cautivarla; y el seductor, sin oir los buenos consejos de su amigo Nicolas de Velasco, huyó á Gibraltar con su amante, ebrio de felicidad por poseer sus encantos y orgulloso de que su nombre corriera por todos los círculos de Cádiz, donde se comentó desfavorablemente el mal paso que habia dado aquella niña, hasta entónces modelo de recato y de amor filial.

Pero como Alfredo Peñalver no tenía, en la época citada, conciencia de su maldad, no se detuvo á pensar en la suerte de aquella infeliz criatura que habia sacrificado á un capricho, y así, no le agradeció sus favores, ni correspondió á la desatentada pasion que habia despertado en su pecho; andando por las calles de Gibraltar, con sus instintos *piratescos* de siempre, tropezó con una hermosa judía que le sorbió el seso, y regresó á España con su nueva conquista, dejando á Filomena por todo consuelo una carta y un bolsillo con la cantidad suficiente para ir «adonde le fuera más grato»; estas mismas palabras se atrevió á consignar en un papel la mano del pérfido seductor para herir de muerte á la desventurada mujer que le amaba con todo su corazon, habiendo olvidado por él cuanto en el mundo hay digno de respeto.

Dejemos á Peñalver seguir en Madrid su vida de

galanteos trascendentales, abandonando despues á la judía por otras mujeres que la fatalidad fué poniendo en su licencioso camino, y volvamos á Gibraltar en busca de la desdichada Filomena, en el momento en que recibió la carta de su fugitivo amante.

Al leer las últimas palabras, quiso dar un grito para determinar la explosion de su alma, pero su pecho se cerró, contrayéndose de muerte el corazon, y quedó inmóvil por espacio de algunos segundos, sin poder llorar, sin sentir, sin darse cuenta de lo que le pasaba; ántes que su corazon, ántes que su alma, dió señales de vida su cerebro, y no habiendo fuerzas niveladoras que sujetaran el desbordamiento, dijo ella con la exaltacion de la demencia:

—¡Ingrato!... ¡No ha tenido valor para matarme y me envia estas palabras para armar mi brazo! ¡Todo lo sacrifiqué por él, todo! ¡le amo con locura, y ni su infame conducta me arrancará del pecho su imágen!... ¡Ah! ¡no, no! ¡si hiciera pedazos mi corazon, en cada pedazo le encontraria! ¡él vive en mí, y dejándome sola se lleva mi alma prendida en la suya! ¡Sí! ¡es preciso morir!...

Sus ojos saltaron de sus órbitas, su pecho empezó á dilatarse como si se rompiera, y sus nervios se agitaron como las cuerdas de un arpa heridas por una mano vigorosa; todo denotaba en ella el frenesí de la locura, la ausencia completa de la razon; marcó, en

sus labios una sonrisa, pero no la sonrisa del placer, sino la que dibuja Satanas en la boca de los condenados, y con los ojos vagarosos buscó á su al rededor la muerte; en aquel nido de amor, adornado por Alfredo, no habia instrumentos de destruccion, y su inquietud se determinó por un movimiento de impaciencia en todo su cuerpo; aquellos ojos tropezaron al fin con el balcon, y el suicidio que habia acariciado le hizo lanzarse á abrir las vidrieras para consumar el crímen.

Al asomar la cabeza, sintió un estremecimiento salvador, pues el miedo produjo la reaccion; retrocedió dos pasos, y las lágrimas se agolparon á sus ojos; el dolor habia triunfado de la demencia; pero la víctima no se habia salvado todavía; cubrióse Filomena el rostro con las manos y lloró amargamente; de sus labios se escaparon estas frases que indicaban la lucha que sufria:

— El amor de ese hombre llenaba mi existencia; le veo en todos los objetos que me rodean; y sobre todo, le veo en mi corazon...... ¡Qué perfidia! ¿Qué será de mí? Por él salí de mi casa, estampando la deshonra en la frente de mis ancianos padres!... ¡Oh! ¡me rechazarán! ¡y el mundo tambien!... ¡Soy una criatura maldita! ¡no tengo puesto en la sociedad, que me dará con el pié! ¿La humillacion y la vergüenza me esperan por todas partes?... ¡Ah! ¡no, no! ¡ántes morir!... ¡Perdóname, Dios mio!...

Clavó en el cielo los ojos suplicantes, y cerrándolos en seguida, á fin de que el miedo no la hiciera de nuevo retroceder, se precipitó hácia el balcon para lanzarse; pero aquel impulso le produjo un fuerte dolor y cayó de rodillas. La mano del Dios que habia invocado no podia consentir el delito.

Alzó Filomena entónces los ojos, que brillaron con un fulgor extraño, y exclamó como enajenada de placer:

—¡Gracias, Dios mio! ¡cuánta es tu grandeza!... ¡Tu aviso me ha salvado! ¡he oido tu santa voz y obedezco tu mandato! ¡Esta vida que creí era un fardo pesado, no me pertenece y debo arrastrarla para cuidar del hijo que guardo en el seno! ¡Perdon, mi Dios! ¡el aturdimiento de mi falta me habia hecho ignorar que iba á ser madre! pero este primer síntoma de movimiento del fruto de un amor tan desgraciado me liga á la tierra para velar por él; ¡redimiré mi culpa con una expiacion completa!...

Dobló la cabeza sobre el pecho y oró con fervor; al ver que se entreabrian las puertas del cielo, las puertas del perdon, nunca cerradas al arrepentimiento, envió allá su alma, y con la imaginacion besó en la frente, con el purísimo beso del amor maternal, al hijo que llevaba en las entrañas.

Filomena permaneció en Gibraltar hasta que nació su hijo, al que puso el nombre de su padre, aquel

nombre que debia aborrecer; pero ella no sabia aborrecer; más todavía, no pudo arrancar de su corazon el amor de aquel hombre que la habia hundido en el cieno para despues abandonarla á su dolor en tierra extraña; el verdadero amor triunfa de todo, hasta de los golpes mortales que afectan á la vanidad. El dinero que, como una limosna, le habia dejado Peñalver, se iba agotando, y el porvenir, con sus exigencias materiales, se presentaba negro para la desdichada madre, que se fundia en lágrimas; lágrimas que bañaban el rostro de aquel ángel que Dios habia puesto en sus brazos para obligarla á vivir y á trabajar.

Era preciso volver á España para buscar recursos entre sus compatriotas; Filomena, en los insomnios de sus noches agitadas, exclamaba llorando:

—¿Qué va á ser de mi hijo? ¡Dios mio! ¡tú que eres tan grande y tan bueno, ilumíname!... ¡ya que me concediste el perdon, no me abandones!... ¿Qué debo hacer?...

Una noche saltó del lecho, casi convulsa, y sin pronunciar una palabra, como el que obedece á una idea preconcebida, se sentó delante de la mesa, apoderándose de una pluma con agitacion febril. En el primer renglon que trazó en un plieguecillo de papel se leian estas dos palabras: «*Madre mia.*»

Un hondo suspiro, casi un sollozo, se escapó del pecho de la jóven apénas las hubo escrito; llevóse el

papel á los labios, y su alma se confundió con la de su madre en un rio de lágrimas que borraron aquellas sublimes palabras; el terror se apoderó del alma de Filomena; hablaba con su madre, que le tendia los brazos con amor, pero en su vision le parecia que aquella no estaba en la tierra y que la cubria con las alas del perdon, queriendo ampararla contra la desventura social, señalándole al cielo.

La desdichada jóven se repuso, y no dando crédito á lo que debia ser un triste presentimiento, escribió en aquel papel empapado con su llanto las siguientes líneas:

«Madre mia: soy lo mujer más desventurada de la tierra. ¡Perdon! expiaré mi falta en la oscuridad, pues he muerto para el mundo, pero necesito atender á mi hijo; ¡estoy sola, enteramente sola!

»Pongo á Dios por testigo de mi arrepentimiento; á ese Dios cuyo nombre me enseñaste á no pronunciar en vano; si él me ha otorgado su perdon, ¿cómo has de negarme el tuyo? Ablanda la justa severidad de mi buen padre; que me deje llegar á su lado, y caeré de rodillas á sus piés; haz que la voz de la conciencia me abra las puertas de su casa; despues, las lágrimas me abrirán las puertas de su corazon.

»Madre del alma, compadece á tu desgraciada hija —*Filomena.*»

¡Ah! la vision de la pobre amante de Peñalver no

la habia engañado; su madre estaba en el cielo; allí llega siempre el grito del dolor, y la madre habia acudido á consolarla; en la tierra quedaba el padre, hombre inflexible, sordo al parecer á la voz del arrepentimiento, que vivia encerrado en su casa, llorando todavía á su buena esposa, víctima del mal paso de su hija, y queriendo ocultar al mundo el estigma de la deshonra que ésta le habia estampado en la frente.

La carta de Filomena llegó á poder de su padre, cuyas cejas se fruncieron, nublándose su fisonomía; aquel hombre de hierro sintió que se humedecian sus ojos y que su corazon vacilaba; buscó aire para respirar, y abrió el balcon; pero al ver pasar por la calle esas personas indiferentes que ayer se habian burlado de él, obedeciendo al mal instinto, por la fuga de su hija, personas que se burlarian hoy de su debilidad, la sangre subió á sus mejillas, y el rubor le hizo arrepentirse de haber acariciado la idea de ser bueno.

El señor Maldonado no durmió aquella noche, leyendo cien veces la carta de Filomena; pero se acordó de su esposa, que habia muerto de una congestion producida por la vergüenza y el sentimiento maternal herido, y apénas dejó la cama escribió estos durísimos renglones:

«Filomena: tu madre está en el cielo; allá se fué

huyendo de la tierra, manchada con tu planta maldita. No soy ya tu padre; te he desheredado, y hasta tu nombre dí al olvido; olvidándote, me veo libre de perdonarte ó de tener que maldecirte. El Dios que invocas te guie en adelante para enderezar tus pasos.»

Cuando esta carta llegó á Gibraltar, ya tenía Filomena preparado su viaje para volver á España; las terribles palabras de su padre la hicieron caer de rodillas para pedir á Dios fuerzas con que luchar y defenderse, á fin de que el tiempo convenciera al autor de sus dias de que era demasiado cruel con la desgracia; pero el señor Maldonado no era insensible; la rectitud de sus principios le obligó á escribir aquellas frases que le causaron la muerte, pues en seguida cayó en un profundo abatimiento que le llevó al sepulcro. En los primeros dias de su exasperacion, al ver desaparecer á su esposa, habia hecho testamento desheredando á su hija y dejando su pequeño capital á los pobres; cuando la enfermedad le abatió, trastornóse su razon, y no tuvo tiempo de remediar el mal. Todo era contrario á la desgraciada jóven; todo contribuia á que su expiacion fuera terrible.

Convencida de que en Cádiz no podia vivir porque la señalarian con el dedo, vínose á Madrid; á Madrid donde todos se pierden en la confusion, y buscando costura en las tiendas, vió pasar los floridos años de su vida, sepultada en un rincon, léjos del trato social

y de los placeres mundanos, consagrada enteramente al cuidado de su Alfredo, único encanto de sus amargas horas; ella le enseñó á leer y escribir y despues le llevó á un taller, donde el mozo aprendió el oficio de carpintero, segun el lector ha tenido ocasion de saber.

He nombrado al lector, que me honra con su atencion, y creo que quiere preguntarme algo; adivino su intencion y me anticipo á su deseo; ¿ha visto Filomena en Madrid á Alfredo Peñalver?—Algunas veces le ha encontrado en la calle, anunciándole su presencia ántes el corazon que los ojos; pero ella iba á buscar su tarea, con el velo echado y tan modestamente vestida que no podia atraer la mirada del brillante galanteador que en los salones habia adquirido una reputacion terrible; comprendia que un hombre extraviado en la corriente desbordada de sus pasiones estaria sordo á la voz del deber, y más sordo todavía á la voz del corazon; luchaba heróicamente con los impulsos de su alma, y le veia pasar, sin hacer más movimiento que llevarse las manos al pecho para sujetar los violentos latidos que la ahogaban.

Más tarde, Alfredo Peñalver desapareció de Madrid; estuvo algunos años viajando por el extranjero, y no volvió Filomena á oir su nombre sino para ensalzarle, como buen ciudadano, como excelente marido, como padre de los pobres. El matrimonio habia regenerado á aquel hombre, como regenera á otros

muchos que ante el cuadro de la familia abjuran de sus errores y enderezan sus pasos; ella no quiso pedir una limosna al padre de su hijo, y nunca se hubiera dirigido á él, á pesar de que en la situacion presente sufria mayores escaseces, porque Alfredo no encontraba trabajo y porque ella se sentia morir á consecuencia de un mal interior que le destrozaba el corazon.

Pero Alfredo habia salido soldado, y la desventurada madre veia llegar á su puerta la mano que le robaba aquel hijo de sus entrañas, único lazo que á la tierra le ligaba; entónces escribió la carta á Peñalver pidiéndole que le librara del servicio militar.

El lector sabe lo demas; y más sabrá si me acompaña en el capítulo siguiente.

VIII.

LA MADRE Y EL HIJO.

La impaciencia de Filomena estaba marcada en los incesantes movimientos de sus ojos y en las repetidas veces que se levantó de un derrengado sofá con asiento de anea, para asomarse á la puerta de la buhardilla, y desde la altura que dominaba todos los tramos de la escalera, ver si llegaba su hijo; pero se oyeron nueve campanadas en el reloj de la iglesia cercana, y no habia vuelto; entónces ella, comprimiéndose su enfermo corazon, se dejó caer en una sillita que habia junto á una mesa de pino, donde cosia habitualmente, y exclamó:

—¡Las nueve!..... Mi Alfredo salió de casa á las cuatro, y debe comprender que ardo en deseos de saber el resultado de su visita, si es que Peñalver se ha dignado recibir en sus salones al pobre menestral que le llevaba una carta pidiendo una limosna..... El mun-

do dice que ese hombre es tan bueno, tan noble, tan generoso..... ¡Ah! ¡Cómo se equivoca el mundo en sus juicios! ¡Cuán fácil es engañarle con las apariencias!..... Él, tan grande, tan rico, tan respetado, no sabe que una infeliz mujer, oscurecida en este rincon de la miseria, podria con una palabra, con una sola, echar por tierra esa reputacion de acrisoladas virtudes, como se derriba un castillo de naipes con el soplo de un niño.

Una sonrisa histérica vagó por los labios de aquella pobre mujer abandonada, y una pequeña crispacion de sus dedos denotó que habia acariciado una mala pasion; pero la idea que saltó de la cabeza, al herir el corazon, se desvaneció, demostrando que sus buenos sentimientos estaban armados para combatir contra las torpes sugestiones del ódio y de la venganza; en el pecho de Filomena no se aposentaba más que la bondad. En seguida continuó:

—Estoy segura de que ha recibido á Alfredo; aunque mi persona le sea indiferente, mi nombre habrá despertado en él un recuerdo, y acaso el remordimiento..... ¡No, no! ¡los hombres no tienen conciencia de los actos de su juventud, y van dejando por la tierra el rastro de su maldad!..... Pero es imposible convencerse de esa indiferencia. Si en el alma de Peñalver hay siquiera una fibra sensible ¡cuánto habrá sufrido al ver á su hijo, porque el corazon le revelaria su pre-

sencia!..... No debo dudarlo; mi Alfredo no será soldado. ¡Pobre hijo mio! ¡tan bueno, tan digno de mejor suerte! Si algun dia llega á saber la desgracia que sobre él pesa, lo abrumará el dolor..... ¡Ah! ¡quiero el infortunio para mí sola!.....

En aquel momento se oyó en la escalera una voz fresca y juvenil, que tarareaba la romanza de una zarzuela, y Filomena se levantó muy agitada, gritando:

—¡Es él!..... ¡Viene cantando! ¡Me trae la tranquilidad perdida! ¡Gracias, Dios mio!

Salió á la meseta de la escalera para recibir á Alfredo, que subia de tres en tres los peldaños, y que al ver á su madre, se echó en sus brazos con muestras de la más viva satisfaccion.

—¡Ya estoy aquí, madre mia, rico y contento! ¡Alégrate y levanta la cabeza! ¡Qué feliz inspiracion tuviste en dirigirte á ese señor Peñalver, modelo de caballeros!

—¿Qué dices, Alfredo? Entra y baja la voz para que los vecinos no se enteren de lo que has de contarme..... Pero ¿qué gaban es ese? ¿De dónde has sacado esa ropa tan flamante?

—¡Todo es mio! ¿No te parezco muy bien con este traje?

—Sí,; pero cuéntame tu entrevista con el señor Peñalver.

—Me he comprado levita y chaleco y pantalon y

botas; estoy hecho un elegante..... ¡Cuánto siento que para mirarme no haya aquí un espejo de cuerpo entero, como los que tiene en su casa ese caballero tan poderoso!

—¿Le viste, hijo mio? preguntó la madre sujetándose el corazon con ambas manos.

—¿Si le vi? ¡Vaya! contestó riéndose. ¡El señor Peñalver! ¡Buen susto me hizo pasar! Llegué á figurarme que estaba loco, porque se movia de un lado para otro; me abrazaba y andaba inquieto..... ¡Y su esposa es lo mismo que él, pues me miraban con unos ojos tan extraviados! Ya se ve; esas gentes que viven en los altos círculos deben sentir de distinta manera que nosotros; y por eso no me extraña lo que observé en aquella casa tan grande. ¡Qué casa! ¡qué alfombras y qué lujo!..... ¡Ah! ¡Si algun dia pudiera ofrecerte esas ostentaciones, sería feliz, muy feliz!

—¿Te encontraste humillado?

—Humillado no; pero debe uno gozar tanto con las comodidades de la vida opulenta..... Figúrate que me hizo sentar en un sofá, y creí que me hundia en aquellos muelles tan suaves; me acordé de estas sillas tan duras, que rompen las piernas.

Las lágrimas asomaban á los párpados de Filomena, aunque hacia esfuerzos por contenerlas; cogió entre sus manos las de Alfredo, y le preguntó con voz muy conmovida:

—¿Te hizo sentar el señor Peñalver?

—Por supuesto. ¡Es una persona tan amable! Me tocó las manos, y como las encontró muy frias, me hizo poner este gaban, porque este gaban de pieles, tan elegante, es el suyo.

—¡Ese gaban!..... murmuró Filomena casi temblando de emocion al poner los dedos en aquella prenda que habia usado su antigo amante.

—Por cierto, añadió el jóven riéndose estrepitosamente, que el gaban me proporcionó un disgusto muy serio con el ayuda de cámara de la casa, especie de lacayote con un leviton hasta los piés, que al abrir la puerta me cogió por un brazo creyendo que era yo un ratero.

—¿Tú, Alfredo?

—Sí, pero su atrevimiento le costó caro; ya te lo contaré todo. ¡Ahora estoy contento, porque soy muy rico!

—¡Rico! exclamó Filomena con sorpresa.

—¿No lo crees? ¡Pues mira!

Y le echó en la falda el portamonedas que le habia dado Peñalver.

La sangre encendió las mejillas de la madre de Alfredo; aquel dinero que el padre habia dado al hijo tenía la apariencia de una limosna que humillaba al noble corazon de Filomena, por más que ella hubiese llegado á su puerta á pedirlo.

—Ahí faltan, dijo Alfredo, algunas monedas, pues

no quise venir sin trasformarme en persona decente. ¿No es verdad que me sienta muy bien este traje?

—Sí, hijo mio.

—Dicen que el hábito no hace al monje, pero me he convencido de que el traje hace al caballero; en la escalera me han saludado ahora al paso algunos vecinos que me miraban con desden cuando llevaba el hongo roto y la blusa arrugada.

—Por desgracia eso es verdad; pero no quiero que te envanezcas, Alfredo. Ten calma, y refiéreme con sus menores detalles tu entrevista con el señor Peñalver. ¿Te recibió en seguida?

—No; me hizo esperar mucho tiempo en la antesala, y allí me dormí; pero no es extraño, porque en la calle hace un frio glacial, y en aquella casa, desde que se entra, se siente un calorcito muy agradable; no se parece á esta nevera, donde siempre tengo los miembros ateridos.

—¡Ah! exclamó la madre con profundo sentimiento; estas paredes donde te has criado ¿te parecen ya muy pobres y muy feas?

—A tu lado, madre mia, nada me falta; bien sabes que te quiero con toda mi alma; pero los mendigos no debieran ir á casa de los ricos para no hacer comparaciones.

—Es verdad; viste el lujo en una casa opulenta, y se ha despertado en tí la envidia.

—¡La envidia no! prorumpió Alfredo con nobleza. ¡La ambicion!..... Desearia ser rico, muy rico, añadió mirando su traje nuevo con satisfaccion, para proporcionarte las grandezas que mereces por tus virtudes y para deslumbrar á Cecilia; ¡porque la amo! Y ¿qué puedo ofrecerle, madre mia?

—¡La miseria! murmuró Filomena con profundo dolor.

—Ella, continuó el jóven, sin notar que variando de conversacion aumentaba la angustia de su madre, hizo latir por primera vez mi corazon; no quiero tener secretos contigo; si no fuera por tí, iria á servir al rey.

—¡No digas eso, Alfredo! exclamó ella. ¡Tiemblo á la idea de perderte! Yo sí te aseguro que sin tus cuidados y tu cariño ya hubiera terminado esta trabajada existencia que me atormenta; pero Dios me ha dado fuerzas para soportar mis males á fin de guiarte por el camino que debe seguir el hombre de bien.

—Gracias al protector que me buscaste, no seré soldado.

—¿Tan bueno es ese hombre?

—Voy á contarte palabra por palabra nuestra entrevista.

Alfredo la refirió con los menores detalles, y el corazon de la madre iba interpretando fielmente los im-

pulsos secretos del de su antiguo amante, agitado por el presentimiento que debia anunciarle que aquel era su hijo; la escena con el ayuda de cámara le probó que Peñalver se habia indignado por la sospecha que infamaba al jóven, y su dignidad entónces se encontró satisfecha. Abrazó á Alfredo con emocion, diciéndole:

—¡Qué feliz soy! ¡ya nunca nos separaremos! ¿no es verdad, hijo del alma?

—¡Nunca, madre mia! contestó él besándola en la frente con amor. Vendrán mejores tiempos, y seré el apoyo de tu vejez, trabajando para tí y para Cecilia.

—¿Cuándo quedaste en ir á casa de Peñalver?

—Me dijo que dejara las señas de mi habitacion, pero con el lance del gaban y con las miradas de aquella señora salí tan aturdido que me olvidé cumplir la órden. Cuando ya estaba léjos, me acordé, y volví; en el portal encontré al ayuda de cámara; aquel ayuda de cámara tan altivo y tan grosero cuando me abrió la puerta por primera vez, se acercó á hablarme muy humilde, pidiéndome perdon de su sospecha, y me suplicó que intercediera con su amo para que le admitiera de nuevo á su servicio. ¿Proteccion á mí?... añadió riéndose. Le ofrecí lo que queria, puesto que por mi culpa lo habian despedido, y le dí un papelito con tu nombre y las señas para que lo pusiera en manos del señor Peñalver.

—¿Las señas de mi casa? balbució Filomena, estremeciéndose visiblemente.

—Era preciso darlas para que llegara hasta nosotros el encargado de buscarme el sustituto. ¿Te humilla que vean nuestra pobreza?

—¿Humillarme? preguntó la madre levantando altiva la cabeza. ¡No, hijo mio! ¡la miseria es mi orgullo! ¡esta pobreza es la aureola de mi virtud!

—Aquí vendrá una persona cualquiera comisionada por mi protector; y si no guardase las consideraciones que la virtud y la desgracia merecen, ¡ay de él!

Filomena ahogó un suspiró, y su hijo volvió á besarla en la frente, diciendo con alegría:

—El dia de mañana no le veremos salir con las angustias de siempre, pues tenemos recursos para encender el fogon y el brasero; y el sol, cuando salga, alumbrará mi vestido nuevo, que luciré por las calles. Duerme tranquila; voy á sorprender á Cecilia, que estará tambien impaciente por mi tardanza; de seguro, agregó sonriéndose, me recibe con la cara apretada; pero pronto la desenojaré. Si me necesitas, ya sabes, das en la pared dos golpes con los nudillos, y vengo volando. Adios.

Salió Alfredo saltando de contento para ir á la buhardilla del lado, y su madre, en vez de ir á buscar el descanso en la cama, púsose á traer á la memoria

las palabras de su hijo referentes á Peñalver; y dió rienda suelta á sus lágrimas. Cuando la emocion la venció fué á acostarse, casi arrastrándose, y por sus labios vagaban estas palabras :

—¿Él sabe las señas de mi casa?... ¡Pero no vendrá!... ¡Dios mio! ¡que no venga! ¡que no venga!

IX.

DE CÓMO NACEN LOS CELOS.

Cecilia Nuñez es una niña de diez y seis años, que posee cuanto la naturaleza concede á la mujer para que se juzgue desgraciada: hermosura, corazon, talento. Esos tres dones no se reunen sino para labrar la desventura de una mujer.

La hermosa sin corazon goza con ver á los hombres rendidos á sus piés; es una reina que humilla á sus vasallos.

La hermosa sin talento encuentra la felicidad reflejada en la luna de su espejo.

La hermosa que tiene corazon corre por el mundo con los ojos vendados, como corre la inexperta oveja por entre zarzales, sin saber que han de prenderla los mismos vellones que sirven á su cuerpo de defensa.

Pero la hermosa que tiene corazon y talento ve el peligro y lo precave; siente la impresion y la aho-

ga. Los ojos le anuncian el efecto que produce su belleza; el corazon le advierte que se ha agitado, despertando á una de esas impresiones que abren el pecho al amor; mas la cabeza, centinela avanzada de su tranquilidad, con sus frios razonamientos cierra las puertas del corazon y cierra las persianas de los ojos para que no penetre por ellos ni el menor rayo de luz de la esperanza.

Así triunfa la mujer; á costa de su inclinacion, que se tuerce; á costa de sus ilusiones, que se desvanecen; á costa de su fuego, que se apaga; es un triunfo que compra muy caro, pero que encuentra al fin su recompensa; cuando la razon domina su alma, recorre de nuevo aquel calvario de sus pasiones, y encuentra que el sacrificio le ha valido, con la tranquilidad de su conciencia, la estimacion pública.

¡Ay de la mujer que se deja llevar de los impulsos de su alma, sin acordarse de que el peor enemigo contra quien ha de combatir es el mismo hombre que elige su corazon!—Hay excepciones, y hoy me cabe la suerte de presentar un ejemplo.

Cecilia es hermosa, tiene corazon y talento.—¿Se juzga desgraciada?—No vacilo en repetir que no. Al abrir los ojos á la luz de la razon, la mirada de Alfredo entró por ellos, y no le dió tiempo á reflexionar; esta vez la cabeza quedó vencida, porque el corazon se anticipó.

La viuda de Nuñez, madre de Cecilia, es una señora completa, como dicen sus vecinas para ponderar su distincion y las cualidades personales y de carácter que la adornan; en efecto, fué una esposa ejemplarísima, y disfrutó de comodidades miéntras vivió su marido, administrador de aduanas, que al morir dejó un recuerdo inmaculado en la Direccion del ramo por su celo poco comun, por su honradez sin tacha y por su inteligencia privilegiada; pero como no dejó más que ese recuerdo enterrado en el archivo del Ministerio de Hacienda, su familia quedó sola en el mundo, sumida en la miseria.

Y la miseria habia llevado á la esposa é hija del difunto administrador de aduanas á la buhardilla próxima á la de Filomena Maldonado; la desgracia las unió, y seis años hacia que se comunicaban á todas horas con una amistad tan verdadera como grande: el infortunio es el lazo que más fuertemente estrecha las almas.

Alfredo y Cecilia, niños entónces, se confundieron en sus juegos y se acostumbraron á quererse como hermanos; pero apénas asomaron en sus naturalezas los albores de la juventud, sus almas se prendieron en el fuego del amor. Filomena y la viuda de Nuñez llegaron á convencerse de que en vez de un hijo tenían dos, y dieron entrada en sus corazones á esa legítima simpatía que engendra el trato contínuo despues que

se aprecian las buenas cualidades de una criatura.

Filomena vió crecer el amor de Alfredo por Cecilia, y no tuvo valor para oponerse, sin comprender que las circunstancias del nacimiento de su hijo, que ocultó siempre á su vecina, eran un obstáculo para la realizacion del enlace de los jóvenes; era madre, y le parecia bastante compensacion á la virtud y la belleza de Cecilia la honradez y buenos sentimientos de Alfredo; como las madres discurren con el corazon, piensan siempre del mismo modo.

En cuanto á la viuda de Nuñez, baste decir que habiendo apreciado los méritos personales del jóven, le creia el mejor marido para su hija; pero invadiendo el porvenir, se desveló muchas noches, acordándose de las exigencias y preocupaciones en que habia vivido, y trató de imponer al corazon sus razonamientos de dignidad y conveniencia; al efecto, conferenció con Cecilia acerca de la pasion que adivinaba en su pecho, y la niña no negó sus impresiones. En resúmen, hé aquí la síntesis de sus conferencias:

—Hija mia, Alfredo es muy pobre.

—Madre mia, ¡pero es tan hermoso!

—Al fin no es más que un carpintero.

—¡Pero es tan bueno!

—El matrimonio, Cecilia, tiene grandes necesidades.

—¡Pero Alfredo me quiere tanto!

—Eres muy jóven todavía.

—¡Pero ya le amo con delirio!

Y ante la fuerza de las razones incontestables que la enamorada adolescente encerraba en aquella conjuncion adversativa, calló para siempre la madre; acaso creeria ya inútiles sus consejos, ó acaso tambien en ella el corazon consiguió triunfar de la cabeza; la viuda de Nuñez, que habia tenido diariamente ocasion de apreciar las virtudes de Alfredo, que le veia consagrado á su oficio, entregando á su madre íntegro el producto de su trabajo, que admiraba la ternura con que la atendia desde que estaba enferma, no podia oponerse á lo que racionalmente debia parecerle natural; ella amaba tambien á Alfredo, y aunque le repugnara su modesta condicion de menestral, comprendia que su hija hubiera sentido por él una impresion que ya no podia dominarse sin producir un terrible golpe en el alma de los jóvenes; la llama del amor no en balde lleva ese nombre: el incendio se corta sólo por medio de agentes destructores; pero cuando la llama desaparece, no quedan ya más que ceniza y ruinas.

Así, pues, Cecilía y Alfredo se amaban, no ya con el aparente consentimiento de sus madres, sino con su marcado beneplácito; y aquel cariño tan tierno, tan puro, tan ideal, que se revelaba en la alegría de ambas familias, era una especie de compensacion á la amargura que les ofrecian las contrariedades de la

suerte con que luchaban. Y ahora se apreciará el efecto que habia producido en casa de la viuda de Nuñez la noticia de que el mozo habia caido soldado, como dicen los lugareños; Cecilia lloró amargamente su desventura, y, preciso es confesarlo para ser justo, la madre lloraba tambien; el dolor de ésta aparecia más grande, porque lloraba por ella y por su hija.

En los momentos en que Alfredo volvia de casa de Peñalver se marcaba visiblemente la impaciencia de Cecilia en las diferentes veces que dejó la aguja con que ayudaba á su buena madre á ganar el pan de cada dia, y murmuraba entre dientes:

—¡Cuánto tarda!

Aunque muy entre dientes murmuraba, la viuda de Nuñez oia la exclamacion, y para calmarla le dijo:

—Él vendrá, hija mia.

—Es muy extraño, pues Alfredo nunca está fuera de su casa á estas horas.

—Es verdad; pero los hombres tienen ocupaciones.....

—En el dia no va al taller.

—Desgraciadamente para su pobre madre se encuentra sin trabajo; acaso haya ido á buscarlo.

—Me lo hubiera dicho; él me lo dice todo.

La madre calló, no encontrando razones que oponer á la lógica de un corazon enamorado, y siguió cosiendo.

Las lágrimas caian de los ojos de Cecilia, que tratando en vano de ocultarlas á su madre, no las dejaba correr más allá de los labios; Cecilia se bebia las lágrimas. La viuda no queria tampoco que las suyas asomaran á los párpados, y se comprimia el corazon para que no salieran de allí; su angustia era mayor, porque en el sentimiento de su dolor no desahogaba su pecho.

Al oir la voz de Alfredo, que, como el lector sabe, subió la escalera cantando, las telas que madre é hija cosian se desprendieron de sus dedos; la madre miró á la hija sin despegar los labios; la hija miró á la madre con una expresion indefinible de alegría y de sorpresa, diciendo:

—¡Es él!..... ¡Y viene cantando!

—Buena señal, Cecilia.

—¡Ingrato! murmuró la pobre niña enjugándose las dos lágrimas que asomaban á los párpados cuando oyó la voz de Alfredo.

Al sentir el alma de la niña la transicion del dolor al placer, aquellas dos lágrimas se habian cuajado, como se hielan las gotas de agua pendientes de una rama con el violento cambio de la temperatura.

—¿Ingrato le llamas? preguntó la viuda.

—Sí, madre mia, muy ingrato.

—¿Por qué?

—Llega cantando, y yo le esperaba con ganas de llorar.

—Tus ojos delatan que fuiste más allá, dijo la madre sonriéndose; sécalos, para que Alfredo no se aperciba de tu debilidad.

Cecilia recogió del suelo la tela, y se puso á coser para esperar á su amante, pudiendo yo asegurar que no dió dos puntadas seguidas, pues cada vez que sacaba la aguja, sus ojos se clavaban en la puerta buscando á Alfredo.

Por fin, el corazon de la pobre niña se ensanchó al sentir pasos en el corredor que comunicaba las dos buhardillas, y Alfredo entró muy contento en la mal llamada sala de la habitacion de Cecilia, grosera concha que para él encerraba una riquísima perla.

La madre y la hija miraron al jóven con asombro por su traje nuevo; comprendió aquél el efecto que éste habia hecho, y con la sonrisa de la satisfaccion, dijo contoneándose:

—Buenas noches. Aquí estoy, trasformado, hecho todo un caballero.

—¿De quién es esa ropa? preguntó la viuda de Nuñez, que sabiendo la falta de recursos de su vecino no debia creer que la hubiese comprado.

—Esta ropa es mia, señora, contestó él con gravedad cómica.

—¿Has encontrado algun filon, hijo?

—Ya lo creo; soy rico lo ménos para dos meses.

—¡Rico tú! exclamó Cecilia. ¿Has ganado algun premio á la lotería?

—No, querida: no expongo el fruto de mi trabajo á juegos de azar, pues todos me parecen criminales.

—Me agrada, dijo la madre con cierto tono de severidad, oirte expresar de ese modo, y por lo mismo me creo con derecho para averiguar la procedencia de esa riqueza improvisada.

—No tengo secretos para mi segunda madre, repuso el jóven sentándose al lado de Cecilia, que, ménos severa, le contemplaba con marcada satisfaccion.

—Tus prosperidades las considero como mias, añadió la buena señora.

—Estoy seguro de la sinceridad de esas palabras y no puedo, ni quiero, ni debo callar. Mi madre, angustiada por el temor de verme salir de casa con el fusil al hombro, tuvo la feliz inspiracion de escribir una carta á un señor que goza en Madrid fama de bueno y de caritativo; y á su casa fuí esta tarde lleno de miedo y de sorpresa; pero mi sorpresa y mi miedo se desvanecieron ante la bondad de aquel caballero que me abrazó con cariño, dándome dinero para socorrer mis necesidades y ofreciéndome poner un sustituto para librarme del servicio militar.

—¡Ah! exclamó Cecilia con profunda emocion. ¿No serás soldado?

—No, amor mio. ¿Crees que volveria tan contento

si no tuviera la seguridad de poder seguir siendo el apoyo de mi pobre madre y de que no me arrancarian de tu lado?

—¿Qué hombre es ése tan extraordinario que así concede favores de tanta importancia á personas desconocidas? preguntó la viuda de Nuñez con tono de duda.

—Se llama don Alfredo Peñalver.

—En efecto, dicen que es muy bueno ese señor, pues ya habia llegado á mí su nombre, unido á acciones siempre meritorias.

—¡Es tan amable! Se ha declarado protector mio, y me prometo que ha de buscarme trabajo. ¡Su esposa es muy guapa! ¡pero mira de un modo!

—¿Qué dices, Alfredo? exclamó Cecilia abriendo mucho los ojos, como quien siente una emocion muy grande. ¿La esposa de Peñalver es muy linda y te miró?

—Sí: me miró de una manéra muy extraña; pero no con interes, añadió sonriéndose. Por ventura, ¿tendrias celos de una gran señora?

—Las grandes señoras son mujeres, y tú eres un hombre.

—¡Quiá! no delires; esas señoronas no ponen los ojos en un pobrete como yo; creerian rebajar la importancia de su túnica de terciopelo fijando la vista en el barro de mis zapatos rotos.

—Entónces, ¿por qué te miró?

—Eso no lo sé, querida Cecilia; si yo me atreviera á lastimar nada que perteneciera á ese señor Peñalver, aseguraria que su esposa estaba loca; aquel modo de mirar delataba un cerebro algo perturbado.

—No quiero, dijo la jóven con disgusto, que vayas á casa de esa dama que te mira, aunque sea de un modo extraño.

—¿Y si está loca? preguntó él riéndose.

—¡Una loca es una mujer!

—¡Cáspita! ¡es muy fuerte la exigencia! ¿No opina usted como yo, señora?

—De todos modos, contestó la viuda de Nuñez, que se habia quedado pensativa despues de la relacion del jóvèn, lo que te ha pasado es algo oscuro y muy raro.

— ¿Por qué?

—Porque en estos tiempos positivistas tanta generosidad es por lo ménos inverosímil.

—Pues no lo es, señora; y ya se convencerá usted de la realidad; por lo pronto, aquí me tiene usted vestido con decencia, habiendo pagado con oro de ley en el bazar de la Carrera de San Jerónimo las prendas que llevo. Mírame, Cecilia; ¿no te parezco otro hombre?

—No, Alfredo; la mujer que ama, como te amo yo, no busca en el sér que eligió su corazon más que las prendas que adornan su alma. ¿Crees que he de que-

rerte hoy con más vehemencia porque luces una levita nueva?

—Sin embargo, la ropa presta atractivos al cuerpo. Ahora, al pasar por la calle de la Montera, me he contemplado en todos los espejos de las tiendas, y venía muy satisfecho, deseando llegar para que me vieras. Llevo bien el traje, ¿no es verdad?

—No seas vanidoso.

—Yo nací para ser caballero, porque siento acá en mis adentros unos humillos aristocráticos, que no tengo en qué fundar, pero que me atormentan cuando me veo reducido á manejar el escoplo y la sierra.

—No me gusta que seas orgulloso, Alfredo; te quiero humilde, como yo, que vivo resignada con la mala suerte.

—Bendigo la casualidad, hija de la desgracia, que te trajo á esta buhardilla, proporcionándome la ocasion de apreciar en lo que valen tus virtudes, que despertaron en mí el amor que te profeso.

—¿Me quieres de véras? preguntó la niña muy en voz baja para que su madre no lo oyera, sin comprender que las madres oyen todo, aunque se hable por señas.

—Eres mi primer amor, respondió él en el mismo tono; tú y mi madre llenais toda mi vida y sois mis tormentos, porque quisiera ser rico para que vivierais con lujo.

—¿Te ha asaltado de repente la pasion del lujo? ¡Mal haya la hora en que fuiste á esa casa!

— Ya te entiendo, dijo el jóven riéndose; aborreces esa casa, porque hay en ella una señora que me miró.

Nublóse la frente de Cecilia, y él siguió, para desvanecer el mal efecto de su recuerdo:

—Eres muy buena, y nunca pagaré el beneficio que de tí recibo acompañando á mi madre y asistiéndola en sus padecimientos, que me tienen siempre alarmado.

—Cumplo con mi deber; tu madre y la mia son las personas que más quiero, despues de mi Alfredo.

Esta última frase la dejó caer Cecilia en el oido de su amante; pero á pesar de su precaucion, la viuda ó la oyó ó la adivinó con su instinto maternal, herido por la preferencia, y comprimió un suspiro.

—Y te correspondemos, contestó el jóven, porque en nuestras soledades hablamos mucho de tí; ¡eres la alegría de mi casa! Los tiempos cambiarán, porque la desgracia se cansa al fin de perseguir á las criaturas, y entónces uniré tu suerte á la mia.

Cecilia bajó los ojos, en señal del rubor natural en las niñas siempre que se les habla de lo que más desean, y balbuceó, acaso sin saber lo que decia:

—¡Cuánto he sufrido creyendo que ibas á abandonarnos!

—¡Gracias á mi protector, ya no seré soldado!

Se oyeron dos golpes en la pared, y Alfredo se levantó, diciendo:

—Mi madre me llama; querrá acostarse, y me veo obligado á abandonarte por esta noche; la pobre ha sufrido mucho con la satisfaccion que le traje. ¡La felicidad es tan terrible en sus efectos como la desgracia!

— Hasta mañana, Alfredo; piensa en mí, dijo Cecilia estrechándole la mano.

— Pienso á todas horas; y hé aquí la prueba, añadió sacando del bolsillo una cajita que puso en manos de su amada.

—¿Qué es esto?

— Un pobre recuerdo, que no puedes rechazar; hoy, que por primera vez he tenido dinero, pensé en tí. Adios.

Alfredo salió precipitadamente, dejando á Cecilia sorprendida; pero la madre que habia visto dar la cajita, porque las madres lo ven todo, le preguntó:

—¿Qué tienes en la mano, hija mia?

—No sé: un regalo de Alfredo.

—A ver, añadió aquella incorporándose para coger la caja, y abriéndola.

—¡Unos pendientes! ¡Qué bonitos son! exclamó la jóven muy contenta.

—Muy bonitos, repitió la madre; pero no puedes usar esta prenda.

—¿Por qué?

—Porque ántes necesitamos aclarar la procedencia del dinero que Alfredo ha adquirido.

—Él es incapaz.....

—Así lo creo; pero no importa, hija mia; es preciso que seamos muy severos con nosotros mismos, para poder serlo con los demas.

La viuda de Nuñez guardó la caja en el bolsillo de su bata de percal, y Cecilia se fué á acostar; pero aquella noche no durmió. Y no fué la felicidad de Alfredo, ni la posesion de los pendientes lo que le produjo el insomnio; su acalorada imaginacion veia los ojos de una mujer que miraba á su amante.

Y aquella mirada traidora clavó en su corazon el dardo de los celos.

X.

LOS ENEMIGOS NECESARIOS.

Una amiga mia, tan inteligente como graciosa, profesa un ódio mortal á esa entidad del servicio doméstico que se conoce con el nombre poco oportuno de *criado*, disculpando sólo el mal gusto de nuestra lengua por creer que se sobreentiende que delante de ese sustantivo ha de colocarse el adverbio *mal;* y no habrá un amo de casa que no dé la razon á mi amiga, porque los criados son los que amargan la existencia de los mortales; *enemigos necesarios*, como los ha llamado no sé quién, entran en las casas para limpiar los muebles, y limpian el bolsillo, destruyendo todo, desde la cazuela de la cocina hasta la honra de la señora, que anda por calles y tiendas hecha jirones á merced de la calumnia; los criados son como la culebra de la fábula, que mató al que en su seno le dió abrigo; el amo los mima, los alimenta, los viste y les

paga un salario para que proclamen las interioridades de su vida, desfiguradas por las malas pasiones de seres tan abyectos.

Por esa razon mi amiga, que sufre una especie de monomanía contra la clase, niega muy formalmente á los criados la cualidad de *prójimos*, y para fundar su opinion, asegura que cuando Dios formó á Adan, del barro perdido hizo un sér diferente, destinado á constituir una raza degenerada que se dedicaria al servicio doméstico; y de aquí deduce ella que no debe extrañarse la inconsecuencia y la ingratitud de los criados para con sus amos.

No sé hasta donde podrá señalarse como exagerada la oportuna ocurrencia de mi amiga; pero sé que el hombre sueña la mitad de su existencia con el ideal de estar bien servido, y desperdicia la otra mitad en desesperarse ante el convencimiento de que en la vida práctica su ideal es irrealizable.

Estos pensamientos parecerán ajenos á mi libro, pero se enredaron en la punta de mi pluma, que para seguir escribiendo ha tenido que soltarlos en el papel, siempre sufrido, puesto que acepta toda clase de lucubraciones; y se enredaron, porque se cruzó en mi camino un individuo que, á pesar de su baja estofa, tiene que figurar en primer término en mi relacion; este individuo es Miguel, el ayuda de cámara de Peñalver, echado de la casa por haberse atrevido á sospechar

que el hijo de Filomena habia hurtado á su amo el gaban.

El ayuda de cámara, como todos los sirvientes, sabía apreciar las ventajas que disfrutaba en su acomodo, y no queria perder *una buena casa*, que con esta frase se denomina en las agencias el crédito de las colocaciones para los criados, sin perjuicio de que éstos desuellen á los amos que más estiman; así, pues, Miguel lamentó de véras la actitud severa é inusitada de Peñalver, que le habia puesto en la calle por un error que denotaba simplemente un exceso de fidelidad. ¿Podia él figurarse que un jóven desarrapado, á quien su amo habia hecho esperar una hora en el recibimiento, saliera á la calle luciendo un gaban que él conocia demasiado, porque diariamente lo cepillaba? Disculpable era esta vez la sospecha del ayuda de cámara, y sólo parecerá tambien disculpable el rigor del castigo á los lectores, que están ya en autos, como decirse suele. El agravio inferido al hijo exaltó la bílis del padre.

Devanábase los sesos el buen Miguel para comprender la causa de su desgracia, que así calificaba su salida de la casa de Peñalver, y no era posible que encontrara la solucion; pero como la ignorancia es siempre maliciosa, adivinó que entre el mozo del gaban y su amo debia haber algun misterio; y más se aferró en su idea cuando al salir del portal tropezó con Al-

fredo, que le dió un papel para que lo pusiera en manós de su amo; el sirviente hizo al jóven algunas preguntas insidiosas, sin obtener respuesta categórica, y acabó por suplicarle que intercediera por él.

La primera intencion del ex-ayuda de cámara fué romper el papel que le habia dado el hijo de Filomena; pero al leer el nombre de ésta y las señas de su habitacion, cruzó por su mente una idea—por más que parezca imposible que los criados tengan ideas—y marcó en sus labios una de esas sonrisas que determinan la resolucion de un problema ó el triunfo de un proyecto; volvió entónces á entrar en la casa, y subiendo á saltos la escalera, tocó con fuerza el timbre de la puerta, con la seguridad del que sabe no ha de ser mal recibido.

Miguel se dirigió al gabinete donde habia dejado á su amo; al levantar la colgadura, vió á Adriana recostada en la marquesita, con la cabeza apoyada en una mano, como si meditara profundamente; la alarmada esposa se hallaba bajo la terrrible impresion que le habia producido la presencia del menestral, y despues que su marido salió de la habitacion, daba vueltas en su cerebro á las mil ideas que saltaban allí como fantasmas creados por el demonio de los celos.

Iba Miguel á dejar caer la cortina de terciopelo, pero como tambien se habia aposentado en su cerebro el demonio de la avaricia, que es tan malo como to-

dos sus compañeros, le impulsó á penetrar en el gabinete, no sé si con la esperanza de obtener el indulto por la intercesion de tan favorable patrona, ó si con el objeto de causar un daño; cuando el diablo se entromete en los negocios ajenos, fácil es comprender que no es bueno su consejo.

Levantó Adriana la cabeza, y con tono de desden preguntó al sirviente:

—¡Qué quieres?

—Buscaba al amo.

—Estará en su despacho.

—Ya que encuentro á V. aquí, señora, me atrevo á molestarla para despedirme.

—¿Despedirte? preguntó Adriana mirándole maquinalmente.

—Sí, señora; el amo me ha echado de casa.

—¿Por qué?

—Por torpe.

—Hace muchos años que estás á su servicio, y me extraña que hasta ahora no haya conocido tu torpeza.

—Es que hasta ahora no habia visto al amo dar importancia á cosas tan sencillas; á haber sabido que ese jóven le interesaba en lo más mínimo, nunca me hubiera atrevido.....

Adriana se estremeció ligeramente, é interrumpió al ayuda de cámara:

—¿Qué jóven?

—Uno que estuvo esta tarde con el sombrero roto y los zapatos sucios; creí que venía á pedir un socorro, y como le vi salir con el gaban de pieles, le detuve, provocando con esa torpeza las iras del señor.

Los ojos de la esposa de Peñalver se encendieron súbitamente, y poniéndose en pié, sin calcular la inconveniencia de su accion, se acercó al criado para preguntarle á media voz:

—¿Quién es ese jóven?

—No le conozco; pero acaso este papel.....

—¡Á ver!..... exclamó Adriana arrebatándoselo de las manos.

—No me comprometa V., señora; temo haber sido indiscreto.

—«*Filomena Maldonado. Calle de las Pozas, número* 80, *buhardilla*», leyó Adriana toda convulsa. ¿Quién es esta mujer? ¡Responde!

—Es la madre del jóven, segun me dijo él mismo.

—¿Y este papel?...

—Me encargó que lo entregara al señor de Peñalver, mi amo.

Quedóse ella pensativa, y de repente, como herida por una idea salvadora, le preguntó:

—Miguel, ¿quieres volver á nuestro servicio?

—No deseo otra cosa, señora; tengo ley á la casa.

—Pues bien, lo conseguirás siendo ciego y mudo.

—Lo seré.

—Mañana vas á enterarte de los antecedentes de esta Filomena Maldonado, sin que nadie comprenda el motivo de tus investigaciones, y despues, cuando Alfredo haya salido, vendrás á darme razon de todo; de tu discrecion depende tu porvenir.

—Cumpliré bien mi encargo, y nunca tendrá usted que arrepentirse de haberme hecho esta confianza.

—Entrega al amo ese papel para que nada sospeche.

Salió Miguel, y Adriana se sentó de nuevo en la marquesita; su cuerpo parecia inmóvil, pero la agitacion de sus ojos delataba su estado moral; en su alma rugia la tempestad.

Al atravesar el ayuda de cámara el corredor se frotó las manos con alegría, pues habia comprendido que su triunfo sería completo, consiguiendo entrar en la casa, con la inapreciable ventaja de que el ama ya no tendria autoridad sobre él, porque con su secreto poseeria un arma poderosa para herir de muerte la felicidad de la familia. El criado, creyéndose más invulnerable que Aquíles, entró resueltamente en el despacho de su amo, que al verle arrugó las cejas y gritó:

—¡Otra vez aquí!

—Perdone V., señor, pero en la calle me entregó para V. un papel el jóven de esta tarde.

—¿Qué papel?... preguntó Peñalver bajando el tono.

—No sé, señor; aquí está.

—Bueno, vete, dijo el amo con imperio para disimular la emocion que la noticia le habia producido.

Miguel salió del despacho sin que le hubiera afectado el tono de Peñalver, porque creia tener en el bolsillo la llave mágica que habia de abrirle la puerta de la casa.

XI.

EL PRIMER ESLABON.

Nicolas de Velasco, el amigo de la primera edad de Alfredo Peñalver, volvió á casa de éste á las diez de la noche, pues no quiso retirarse á la suya sin saber el resultado de la entrevista con el hijo de Filomena Maldonado, presintiendo acaso que su presencia hacia falta allí; y no le engañó su experimentado corazon; la felicidad habia huido de aquella risueña morada del amor; el cuadro se habia descompuesto; los hijos de Adriana y Alfredo se habian acostado sin recoger las caricias de sus padres, que despues de la escena provocada por la visita del jóven menestral parecian huir uno de otro; ella, pretextando una indisposicion repentina, se negó á asistir á la mesa cuando sirvieron la comida; y él, aunque hizo un esfuerzo para aparecer afable con sus hijos y sus criados, apénas comió; despues se retiró á su despacho, y ella

continuó en el gabinete, sin explicarse lo que le pasaba, unas veces sujetando su razon que queria exaltarse, otras comprimiéndose el corazon que queria estallar; unas veces devorando la amargura de su pena, otras devorando sus lágrimas.

El primer eslabon de la cadena se habia roto, y el primer eslabon no tiene soldadura; los demas se sueltan despues y vuelven á enlazarse sin trabajo, porque las exigencias sociales los unen; pero el primero está sujeto por ese lazo invisible de los afectos, que es tanto más fuerte cuanto más impalpable, tanto más quebradizo cuanto más delicadas son las ilusiones que lo forman.

Aquella mujer, toda corazon, toda ternura, habia visto desvanecerse con un soplo el castillo de naipes que su imaginacion habia forjado, despertando de un sueño de venturas para ver una realidad que creia estar palpando, porque abrigaba el convencimiento de que su corazon no podia engañarla; los celos son los agentes destructores de la felicidad conyugal, y los celos se habian aposentado en su pecho, trastornando su razon.

Nicolas la sorprendió en esta lucha, y aunque ella, con ese movimiento estratégico del alma que sin querer aprenden las damas del gran mundo, cambió la expresion de su dolor alterando su fisonomía, y aunque abrasó en sus párpados las lágrimas que en aquel

instante buscaban salida, no consiguió esconderlas al hombre que, pisando desde niño la escena social, habia aprendido en esa escuela á conocer los sentimientos que se disfrazan con la máscara de la mentira. Sabía Adriana la intimidad de Velasco con su marido, y no creyendo conveniente delatar su impresion le tendió la mano, marcando en sus labios la más graciosa de las sonrisas de salon; y aquella sonrisa la delató más claramente que las lágrimas que habia escondido, porque siendo ella muy franca, nunca habia podido ocultar la antipatía que sin motivo le inspiraba el amigo de su esposo; aquella sonrisa era una máscara, y al traves de la máscara vió Nicolas el surco de sus lágrimas.

—¿Sola aquí? le preguntó, correspondiendo á aquella embustera sonrisa con otra no ménos embustera. Siempre en este nido vi juntas las dos tórtolas enamoradas.

—Alfredo está en su despacho, dijo Adriana queriendo en vano disimular el disgusto que aquellas palabras le habian producido.

—Con permiso de V. voy á darle las buenas noches.

Y se dirigió al despacho, marcando en el pasillo con un gesto muy significativo el convencimiento de que la tempestad se cernia sobre aquella morada.

Al verle entrar, se detuvo Peñalver, que daba paseos en la habitacion por los cuatro frentes.

—¿Qué es eso, Alfredo? le preguntó Velasco riéndose. ¿Estás buscando la pronta digestion con ese ejercicio violento?

—¡Hola, Nicolas! No sabes lo que te agradezco esta visita, porque estoy muy preocupado.

—He observado que hay nubes en el horizonte.

—¡Y más que nubes! Mi felicidad está sériamente amenazada, y necesito de tu auxilio, añadió Peñalver acercándose á la puerta para echar por dentro el pestillo y correr la pesada colgadura, á fin de interceptar el paso á las palabras.

—Muchas precauciones tomas, Alfredo, dijo su amigo dejándose caer en un diván, en postura muy oriental.

—Me amenaza el más grave de los conflictos que puede surgir en una familia. El hijo de Filomena...

—Tu hijo, debes decir, para hablar con más propiedad.

—Pues bien, Nicolas, la fatalidad trajo á casa á Adriana cuando estaba todavía en el gabinete el jóven menestral, y puso una cara...

—La cara de todas las mujeres cuando sospechan que el marido las engaña, interrumpió Velasco riéndose; es una mueca estereotipada; una mueca producida por sentimientos tan encontrados, que ni la pluma puede describir, ni el pincel puede copiar.

—Pero ¿cómo adivinó Adriana que aquel mozo mal

vestido, á quien veia por primera vez, tenía algo de comun conmigo?

—¡Bah, bah! pareces un colegial, querido Alfredo... ¿No sabes quién reveló á tu esposa ese secreto?

—No.

—Tú mismo.

—¿Yo?... ¿Estás loco?

—Es decir, tus ojos le revelaron el misterio; desengáñate: los hombres no sabemos ocultar nuestros sentimientos, porque tenemos en la cara dos delatores que los entregan. Al ver llegar á Adriana, tu conciencia dió el grito de alarma, y tus ojos te vendieron; si hubieras sido mujer, de seguro que acuden en tu amparo diferentes ideas salvadoras, y nadie hubiera comprendido que el mancebo en cuestion te interesaba lo más mínimo.

—No dije una palabra, Nicolas.

—Pero te entregaste á discrecion. Tengo mi filosofía particular acerca de las mujeres, y nunca me equivoco en mis apreciaciones. El hombre es como el reloj de pared, que no se conforma con revelar en su esfera los movimientos de su máquina, sino que ademas tiene una campana estruendosa para que vayan léjos sus secretos; pero la mujer, ¡ay, amigo mio! la mujer es como el reloj de bolsillo, que cubre sus movimientos con una tapa; así, nadie conoce sus secre-

tos, y se coloca sobre nuestro corazon para contar sus latidos.

—Ella no se ha dado por entendida.

—Peor para tí, Alfredo; cuando la tormenta descarga se ve al fin el horizonte claro; pero cuando éste se cubre de negros celajes, vive el marino en contínuo sobresalto.

—Esto no puede prolongarse; no quiero que Adriana sepa la desgracia que pesa sobre los dos; sus temores se desvanecerán, y así voy á quitar de enmedio el estorbo que se levanta para turbar nuestra dicha.

—No te comprendo, dijo Velasco encendiendo un cigarro.

—Es preciso atender á esa pobre familia que por culpa mia sufre en la desgracia, librar de la suerte á Alfredo, y luégo alejarle de Madrid.

—¿De Madrid?

—Sí, Nicolas.

—¿Quieres desterrar á ese pobre mozo?

—Quiero no verle; he sufrido mucho, mucho, pues hubiera dado la mitad de mi fortuna por obedecer al impulso de mi alma y estrecharlo entre mis brazos; con el trato llegaria á abrirle de par en par las puertas de mi corazon, y acaso entónces por las de mi casa entrara el infortunio.

—¡Quiera Dios que no esté llamando ya! dijo Velasco con sentimiento.

—¡No me asustes! De tí espero la tranquilidad.

—Cuenta conmigo.

—Toma este papel; ahí tienes la direccion de la casa de Filomena Maldonado.

—¿No piensas visitarla?

—¡Nunca! exclamó Peñalver estremeciéndose. ¡No tendria valor para encontrarme delante de la mujer que tan inicuamente traté! Vé á verla, Nicolas, para llevarle socorros y consuelos; ¡bien debe necesitarlos la infeliz! Si pudiera vencerme, iria yo... ¡Pero no! ¡no!

—Cumpliré tu encargo, Alfredo; ya sabes que á pesar de la fama que me dan de seco y de cazurro, gozo ejerciendo la piedad. Iré mañana á ver á Filomena, buscaré el sustituto para su hijo, y ¡qué diablos! me inspiraré en mi experiencia para aplacar las levantadas sospechas de Adriana; difícil empresa acometo, pues más fácil es apaciguar las encrespadas olas del Océano que templar las pasiones de la mujer desbordadas al empuje de los celos.

—Dios te inspire, Nicolas, porque veo amenazada mi felicidad y tiemblo ante la idea de perder las ilusiones de una vida tan risueña.

—Hasta mañana.

Salió Nicolas de Velasco, y volvió su amigo Peñalver á continuar sus paseos por la habitacion.

Dos campanadas sonaron en el reloj del despacho,

y aunque la hora de la noche era avanzada, toda la casa estaba encendida; en cambio, las chimeneas se habian apagado, porque nadie se cuidaba de alimentarlas; los criados roncaban en las sillas, esperando la órden de recogerse; pero los amos ni sentian el frio, ni los rendia el sueño, ni oian el aviso del reloj. Adriana y Alfredo Peñalver tenian miedo de encontrarse solos; por eso continuaban, ella en el gabinete meditando, y él paseando en el despacho.

¡El primer eslabon se habia roto!

ñor Peñalver !... En fin, agregó saltando de la cama, ya que no tengo sus grandezas, me contentaré, y no es poco en nuestra miseria, con lucir el traje que estrené anoche.

La fisonomía de la madre se nubló al oir aquellas frases alarmantes que revelaban en su hijo la vanidad. Alfredo, despues de vestirse con cierto esmero, mirándose de piés á cabeza, por no tener espejo donde presentar su figura, dijo:

—Voy á mandar que traigan un almuerzo apetitoso.

—No, hijo mio; el dinero es para guardarlo.

—El dinero es para gastarlo, aunque con prudencia; creo que despues de tantas privaciones, hoy que somos ricos, debemos permitirnos un obsequio extraordinario para regalar nuestros estómagos, hartos ya de las prosáicas patatas y de los indigestos garbanzos. Vamos á almorzar, añadió saltando con alegría, eso que los señores llaman *bisteques*, y tomarémos café con tostadas. ¡ Esto va á ser un banquete! ¡Viva el señor Peñalver!

Alfredo salió corriendo para no oir las reflexiones de su buena madre, que se llevó las manos al pecho, no pudiendo sufrir la opresion que sentia; la felicidad del hijo estaba íntimamente enlazada con la desgracia de la madre; pero ésta olvidaba sus padecimientos físicos y morales, para gozar con las satisfacciones de aquél. El amor maternal nunca es egoista.

Volvió Alfredo con el muchacho de un figon de la calle del Espiritu Santo, que subió á la buhardilla renegando de la altura, y puso sobre la mesa una cesta, de donde sacó dos raciones de *beef-teak*, que parecian pedazos de suela de zapatos desechados, un pan frances, una botella de vino *peleon*, un jarro con un brebaje que pretendia ser café con leche, y dos onzas de manteca amarilla adherida á un papel de estraza, que anunciaba haber servido para envolver otros manjares del figon, muy *heterogéneos*, á juzgar por las diferentes clases de pringue que habian soltado.

Apénas se retiró el muchacho, dió Alfredo un brinco, y abrazando á su madre, dijo:

—¡A la mesa! ¡Hoy es gran dia! El *bisteque* está apetitoso; le he visto recalentar para que no viniera frio. ¡Vamos!

—Dime, hijo mio, ¿por qué no trajiste la cesta tú mismo, como haces todos los dias?

—¿Estás loca, madre? ¿Habia de cargar con una cesta llevando levita? ¡Y levita nueva! La vecina del cuarto principal, que es la viuda de un vista de aduana, que trajo de Cuba mucha plata, y áun los señores del tercero, que son lo que llaman hoy *plebeyos endiosados*, me hubieran hecho despedir de la casa. ¿Se puede acaso inferir ofensa á una levita?

—¡Veo con sentimiento que esa levita va á ser tu perdicion!

—¡Ca! ¡Y con el tiempo gastaré *fraque!* He soñado esta noche, y cuando el hombre sueña..... Pero vamos á almorzar, que tengo hambre; y ya que Dios y el señor Peñalver nos lo han dado, aprovechemos la ocasion.

No pudo el jóven hacer peor invocacion para que la infeliz madre no comiera; para ellà los nombres de Dios y de Peñalver nunca debian confundirse; sin embargo, gozó viendo á su hijo que saboreaba los bocados como si disfrutara de un banquete patriótico en Fornos.

Levantada de la mesa la servilleta que habia hecho las veces de mantel por ausencia de éste, pasó Alfredo á la buhardilla vecina para ver á Cecilia, que le aguardaba impaciente. Filomena se quedó cavilando sobre el cambio que notaba en su hijo desde que habia puesto los piés en casa de Peñalver, y sobre la manera de remediar el mal; pero no duró mucho tiempo su trabajo mental, pues lo interrumpió una persona que se detuvo delante de la puerta de la buhardilla, que el jóven al salir no habia cerrado.

Filomena clavó con indiferencia sus ojos en el caballero elegantemente vestido que llegaba á su casa, y él la miró con fijeza como evocando un recuerdo.

—Puede V. entrar, si no viene equivocado, dijo ella.

Y aquél, sin moverse del umbral, preguntó:

—¿Doña Filomena Maldonado?

—Yo soy, caballero, contestó ella levantándose.

En el movimiento de los ojos declaró él su sorpresa por algun cambio notable que en la persona encontraba, pero entró al punto en la habitacion, diciendo:

—Señora, soy un antiguo amigo de V., que tiene hoy el gusto de visitarla para cumplir con una agradable comision.

Filomena, coordinando sus ideas para fijarse, repitió:

—¿Un antiguo amigo?

—Sí, muy antiguo, por desgracia, contestó sonriéndose.

—¡Ah! exclamó ella como herida por el recuerdo que le habia asaltado; conozco esa cara, y si no es flaca mi memoria, es V...... ¿don Nicolas de Velasco?

—El mismo, dijo él dándole la mano; soy el mismo Nicolas de Velasco, que hace veinte años conoció á V. en Cádiz.

—¡En Cádiz! murmuró ella con expresion de dolor.

—Sí, Filomena; tiene V. una memoria excelente.

—La memoria, amigo mio, es acaso el único privilegio de que gozan los desgraciados; en la prosperidad todo se olvida; pero los pobres no sabemos olvidar; los sucesos que nos agobian, lo mismo que las personas que se cruzan en nuestro camino, se fijan para siempre.

Nicolas y Filomena se sentaron.

—¡Eso es una gran verdad! observó él.

—Llevo á V. una ventaja, pues si don Nicolas de Velasco me hubiera encontrado en otro sitio, no creería que era yo aquella Filomena Maldonado que conoció en Cádiz.

—En efecto, porque no sé mentir; consiste en que tengo mala memoria, ó en que está V. muy cambiada.

—Puede V. hablar sin temor de herir mi vanidad, dijo ella, porque mi vanidad murió con mi hermosura. El tiempo, que todo lo destruye, enseña á conocerse; y me basta verme en el espejo para apreciar todo lo que he perdido, todo lo que la desgracia, ayudada por los años, me ha robado.

—El tiempo pasa para todos, contestó Nicolas sonriéndose.

—Pero para los desventurados cada minuto es un año, cada año es un siglo. Felizmente, como nada esperaba del mundo, vi desaparecer mi belleza sin sentimiento; no saludé con una lágrima, como las demas mujeres, la aparicion de la primera cana; mis arrugas prematuras no me produjeron desconsuelo; estas arrugas son los surcos del dolor; ¡porque he sufrido tanto!

—Lo adivino; y crea V. que alguna vez he recordado la triste posicion en que la dejó la veleidad de un hombre. Y eso que hasta ayer ignoraba sus con-

secuencias; pues la casualidad hizò que me encontrara en casa de Peñalver cuando recibió la carta de usted.

—¡Mi carta! ¡Ah! exclamó Filomena con acento de profunda emocion; ¡no puede V. comprender el sacrificio que me costó trazar aquellos renglones! Pero soy madre, y una madre no se detiene ante ningun obstáculo cuando se trata de salvar á su hijo. ¡Verle marchar de mi lado!..... ¡Oh! ántes pedí á Dios que me arrancara la poca vida que me queda; pero Dios, ó no me oyó, ó quiere que apure hasta las heces la copa del infortunio; ¡y la apuraré!

—Dios ha oido el lamento de V. y le traigo el consuelo, porque vengo comisionado por mi amigo Peñalver para hablar con V. á fin de que hoy se busque el sustituto.

—¡Ah! ¡El cielo bendecirá esta buena accion, acogiendo los votos de una pobre madre desolada!

—¡Bien cara paga hoy Alfredo su veleidad! ¡Qué remordimiento sintió ayer al adivinar que habia en el mundo un sér que le pertenecia! Debió V. habérselo dicho ántes.

—¿Yo?..... ¡Le he pedido una limosna, pero en cambio no le cederé ni un cabello de ese hijo de mis entrañas que tanto me ha costado conservar!

—Tiene V. razon para hablar así; pero él no podrá prescindir de su corazon.....

—¡Corazon!..... exclamó la madre con un arranque de indignacion. ¿Cómo se abusa en el mundo de esa palabra para falsear los sentimientos? ¡Engañar á una mujer! ¡Abandonarla! ¡Y no habia en su alma una fibra siquiera para anunciarle que dejaba detras de sí un pedazo de su mismo sér! ¡para hacerle notar que de aquel rio de lágrimas, donde ahogaba el corazon de una mujer desventurada, salia una voz inocente que le llamaba!..... ¡No, no! ¡Ese hombre no tiene corazon!

—Y sin embargo ha sufrido mucho, dijo Nicolas.

—¡Sufrir! continuó ella con sarcástico acento; todo, todo se falsea, amigo mio. Los hombres que van por el mundo, prendiendo en sus redes mujeres infelices, que mueren como las mariposas en la llama que las atrae, hablan del corazon para fascinar á las víctimas. ¡Es tan fácil fingir los sentimientos con el auxilio de los nervios!

—No me extraña oir hablar á V. con ese calor, efecto de la exasperacion....,

—Perdone V., interrumpió Filomena procurando serenarse, esto que parece exaltacion al resucitar un recuerdo; los recuerdos son traidores; pero aseguro á usted que no hay en mí el menor asomo de resentimiento hácia ese hombre que causó mi desgracia.

—¿De véras? ¡Habiéndole amado tanto!

—Despues de su mala accion, le ví tan pequeño

que me avergoncé de haberle amado. Comprendí mi situacion, y me espanté; en aquella lucha me convencí de que tenía un alma grande; las almas grandes, las almas nobles, no conocen el sentimiento del desprecio; aman ó aborrecen; no podia amarle ya, y le hubiera aborrecido sin un rayo de inspiracion divina que me señaló el camino del deber. ¡Era madre! ¡Y debia velar por mi hijo!

—¡Es V. digna de mejor suerte! exclamó Velasco estrechándole la mano con afecto.

—Ví que el mundo me rechazaba cerrándome sus puertas; entónces me sostuve vacilante para levantar los ojos por encima de las miserias de la tierra, y caí de rodillas á las puertas del cielo. Dios, que es justo, tendió los brazos á la mujer desvalida, y oyó mi súplica; le pedí penas y dolores para redimir mi falta; le pedí ganar con el trabajo la subsistencia en cambio de la conservacion de mi hijo; le ofrecí una vida entera de expiacion por un minuto de olvido; ¡y Dios me concedió su perdon! ¿Qué me importaba el juicio de los hombres si ya mi alma no pertenecia á la tierra?

—Pero ¿habrá V. sufrido mucho con el desprecio del mundo?

—El mundo, amigo mio, no es tan malo como se empeñan en pintarlo. No se desprecia á la desgracia que teme, que se esconde, que lava su culpa con las

lágrimas, que gana con el trabajo un pan para su hijo, que busca en la oracion su único consuelo, que renuncia á todos los goces de lo presente, á todas las esperanzas de lo porvenir; se desprecia á la mujer que levanta la cabeza para ostentar en su frente el sello de la degradacion. A la desgracia se la compadece, se le tiende una mano y se respeta el velo con que cubre su rostro. ¡Al cinismo se le arranca el velo y se le escupe en la cara!

—Es verdad; la compadezco á V. y la admiro.

—En la práctica de la virtud encontré la tranquilidad de alma de la redencion.

—Me convenzo con gusto, amiga mia, de que no aborrece V. á Peñalver; pero creo que no podria usted verle sin conmoverse.

—¿Verle?... balbució Filomena estremeciéndose. ¿Por qué no?... añadió variando de tono y marcando en sus labios la sonrisa del martirio. Entre él y yo los estragos del tiempo han levantado una barrera; entre él y yo está el mundo con sus deberes; entre él y yo está el cielo que me ampara.

—Sí; pero la situacion especial en que se encuentra le obliga á tratar con V...

—¿Tratar?... ¡No, no! ¡que no venga! Entre ese hombre y yo nada hay que despierte el interes.

—No me comprende V., Filomena. Si es cierto que la indiferencia reina en el ánimo de V., bien puede

Alfredo venir para tranquilizar su espíritu respecto á la suerte de ese jóven...

—¡Que venga! exclamó ella interrumpiéndole. ¡Nada temo! Alfredo Peñalver es hoy para mí un hombre como los demas; su presencia no producirá en mi corazon un latido más.

—Vendrá, Filomena; pero á pesar de la indiferencia de que hace V. alarde, conviene que esté bien preparada, pensando en la suerte de Alfredo, que depende de esa entrevista.

—¿La suerte de mi Alfredo?

—Sí. ¿No lo comprende V. bien?

—¡Que venga!... dijo ella lanzando un suspiro. Mi vida se va por momentos, y no hay sacrificio que no esté dispuesta á hacer por el porvenir de mi pobre hijo.

—Si Peñalver obedeciera á los impulsos de su corazon, no vacilaria; pero hoy no se pertenece. ¡Es una desgracia que no tiene remedio!

Velasco se puso en pié y preguntó:

—¿Alfredo no está en casa? Quisiera que me acompañara para dejar hoy arreglada la sustitucion.

—Vendrá ahora mismo, contestó Filomena acercándose á la pared de la derecha y dando en ella dos golpes con los nudillos; está en la casa vecina, y á mi señal acudirá en seguida.

—No sé, amiga mia, si V. me juzgará mal, como

me juzga el mundo, que me mira con cierta prevencion porque nunca oculto la verdad.

—Si he de creer á los impulsos de la simpatía, estoy segura de que hemos de entendernos.

—Tengo pocos, muy pocos amigos, pero el infortunio me atrae. Cuente V. con la amistad de un hombre de bien.

Alfredo entró en la sala y se detuvo sorprendido al ver una persona extraña. Su madre le dijo:

—Hijo mio, el señor don Nicolas de Velasco viene encargado de arreglarte la redencion del servicio militar; vé con él.

—Gracias, caballero, contestó el jóven aceptando la mano que le presentaban. Adios, madre mia; volveré pronto, añadió muy alegre besándole las manos.

—¡El cielo te guie, hijo del alma! exclamó ella.

Nicolas salió de la buhardilla casi conmovido, y al bajar la escalera, murmuraba:

—¡Qué mozo tan simpático y qué mujer tan superior!

Filomena siguió á Alfredo con la vista, y dejándose caer en una silla, exclamó:

—¿Qué es lo que pasa por mí? ¿No tendrán término mis desventuras?... ¡Ah! sí; término tendrán muy pronto, porque las fuerzas me van faltando y me siento morir... He dicho la verdad; pero ¿á qué viene

ahora aquí ese hombre? ¡Esta prueba es superior á mi resistencia!...

Luchó un momento con su imaginacion y su alma, que se exaltaban, y continuó con una energía que parecia ajena á su abatimiento:

—¡Que venga! No le amo; no le aborrezco; ni siquiera le desprecio... Mas ¿puede serme indiferente su presencia? ¿Tendré valor para escuchar su voz? Mi corazon está muerto... ¿Y mis nervios?... ¡Ah! ¡flaca naturaleza! Creí que el fuego de mis pasiones se habia apagado con el exceso del dolor, y oigo un grito sordo del alma que pretende sublevarse.

Filomena puso las manos sobre el corazon, como para sujetarlo, y dejó escapar estas frases, que expresaban el combate que sostenia:

—¡No, no! ¡mi hijo lo exige! ¡No represento en el mundo más que el papel de una madre desgraciada! ¡Calla, corazon! ¡no tienes el derecho de sentir!... ¡sufre y calla!... Pero ¿tampoco me es permitido llorar? preguntó elevando al cielo los ojos. Las lágrimas son el bálsamo que cura las heridas del alma... ¡Quiero llorar! ¡Perdona, Dios mio, este desahogo de un corazon que ha sufrido tanto!

Aquellas lágrimas que se abrian camino para desahogar el pecho de Filomena tuvieron que abrasarse en los párpados, porque vió entrar á Cecilia. Ella no queria que nadie la viera llorar el dia en que la feli-

cidad habia ido por primera vez á visitar su morada, salvando á su hijo.

—¿Qué tiene V., señora? preguntó la jóven con muestras del vivo interes que le inspiraba la madre de Alfredo.

—Nada, hija mia, contestó ella secándose los ojos.

—Estaba V. llorando, y...

—¿Llorando?... Hoy he sido dichosa... pero los padecimientos me enervan, y á veces me desconsuelo...

—Debe V. estar muy contenta, pues al salir Alfredo, me dijò que iba cón el caballero que le acompañaba á buscar un sustituto.

—Es verdad, Cecilia; hago mal en quejarme porque soy demasiado afortunada; pero no son los padecimientos morales los que me atormentan; los padecimientos físicos acaban conmigo.

—El semblante no acusa la dolencia. Vamos; tenga V. ánimo.

—¿El semblante? ¡Ay, pobre niña! ¡Quiera el cielo que nunca sepas lo que es sufrir! Cuando sólo lloraba por mis penas, cuando mis dolores eran morales, yo, nadie más que yo, conocia la causa, el desarrollo y los progresos de la enfermedad; los médicos, á pesar de su sabiduría, no pueden combatir á oscuras con un fantasma. La fria razon de la ciencia trataba de dominar los accesos de una fiebre aparente y de calmar la excitacion de los nervios, buscando en

los órganos el orígen de una dolencia que no se encuentra en los libros de medicina; pero cuando el mal invadió el corazon, presentando los síntomas físicos, la ciencia triunfó y pudo hacer su pronóstico fatal; en los ojos del médico leí mi sentencia de muerte. ¡No hay salvacion para mi enfermedad! Y á no ser por mi Alfredo, hubiera dado gracias á Dios, porque solo llevándome á su lado seré feliz.

—¡No hable V. así, señora! exclamó Cecilia profundamente conmovida.

—Los padecimientos del corazon atormentan mucho, pero tienen la ventaja de que casi siempre ofrecen una crísis violenta..... ¡Sufro mucho en este instante!

—Vaya V. á descansar en la cama.

—Sí, necesito descansar y hacer oracion; necesito pedir á Dios que me dé fuerzas para seguir resistiendo.

Filomena se apoyó en el brazo de Cecilia, y entraron en la alcoba.

XIII.

DONDE SE PRUEBA QUE NO SIEMPRE SE EJERCE LA CARIDAD POR AMOR AL PRÓJIMO.

Aquel dia que por primera vez habia asomado la felicidad su risueña cara al infortunado hogar de Filomena Maldonado, se escondió el sol sin que ningun suceso de consecuencias alterara el cuadro, aunque estudiando el corazon de las personas pudiera asegurarse qué el dia habia sido fecundo en emociones fuertes. Alfredo volvió por la tarde muy contento para llevar la noticia de que don Nicolas de Velasco habia encontrado un sustituto, con lo cual las dos familias sintieron gran placer; pero este placer, en Filomena, no consiguió devolverle el sueño, pues se aumentaba su malestar, y su respiracion cada vez se hacia más anhelosa; con el padecimiento de su corazon se pronunciaba más el de su alma; sin duda el

temor de la probable visita de Peñalver excitaba su sistema nervioso.

¿Y Adriana?—Veia pasar las horas con una intranquilidad que la devoraba, pero habiéndose propuesto no delatar sus celos, á fin de no producir alarma en su marido y sorprender el secreto que su amante corazon le anunciaba, se sentó á la mesa, á la hora del almuerzo, con la sonrisa en los labios y la calma en el semblante; la mujer es por naturaleza gran actriz, y Peñalver, que se creia con sobrada experiencia de mundo para no dejarse engañar, se sorprendió en el primer momento, pero despues se familiarizó con su esposa, convenciéndose de que su turbacion de la víspera se habia disipado, como se disipa una nube de verano, que amenaza y no descarga. Así son los hombres; miéntras más saben, más confiados viven; una mujer inocente los engaña.

Adriana y Peñalver hablaron de todo ménos de lo que á ambos interesaba, y él, por la tarde, se fué al Congreso, muy seguro de que nada tenía ya que temer como consecuencia de la presentacion en su casa del hijo de Filomena; á los pocos minutos de haber salido entró el ex-ayuda de cámara en el gabinete, y al verle latió violentamente el corazon de la alarmada esposa.

—¿Has averiguado algo, Miguel? le preguntó.

—Todo, señora.

—¿Quién es esa Filomena Maldonado?

—Fuí á la calle de las Pozas, y tomé informes de la portera de la casa, que es habladora como todas las porteras.

—¿Y qué?.....

—La inquilina de la primera buhardilla de la derecha es una buena mujer, honrada y trabajadora, que vive del producto de su aguja, con su hijo, oficial de carpintero, que es el jóven que estuvo ayer aquí.

—Y ¿qué vino á buscar ese jóven á mi casa?

—No sé; parece que como ahora no tiene trabajo, por haberse cerrado el taller, y como la madre está enferma, se encuentran sin recursos; vendria á pedir limosna.

—¿Limosna?..... dijo Adriana para sí. ¿Y el parecido con Alfredo?..... ¿Y la turbacion de éste cuando llegué?..... ¡No, no!..... Oye, Miguel, añadió en voz alta; ¿estás dispuesto á servirme?

—Eso no se pregunta, señora.

—Pues bien; mañana á las dos de la tarde me esperarás en el portal del número 80 de la calle de las Pozas, sin que alma viviente se entere de mis pasos.

—No faltaré; y confie V. en mí.

—Ahora vete.

A las dos de la tarde del siguiente dia paró un coche de plaza delante de la casa número 80 de la calle de las Pozas, y una señora, con el velo echado, se

apeó de prisa, entrando en el portal, donde estaba un hombre embozado en la capa, hablando familiarmente con la comunicativa portera, que aunque veia á aquél por segunda vez, ya le habia contado la vida y milagros de cada uno de los vecinos.

La tapada, sin decir una palabra, siguió al hombre de la capa, que empezó á subir los escalones muy despacio, sin duda para que la señora no se cansara en su ascension hasta el último piso, adonde se dirigian; y la portera se puso en observacion, no por el buen deseo de vigilar la casa, sino *para contarlo* despues, pues aquella visita misteriosa tenía todas las apariencias *de un contrabando*, que así llaman de escalera abajo á las citas de los enamorados cuando no se presentan con la cara descubierta.

Al poner el pié en la meseta del último tramo, faltaba ya el aliento á Adriana, pues á la agitacion producida por la escalera, habia que añadir la agitacion natural de aquel paso que ella creia atrevido, por más que, como el lector verá, hubiese tratado de cubrirlo con el manto de la caridad.

—Esa es la habitacion de doña Filomena Maldonado, dijo Miguel señalando á la primera buhardilla. ¿Espero aquí?

—Retírate, contestó la señora levantándose el velo y haciendo un esfuerzo para adelantar el pié derecho que se negaba á moverse.

Y haciendo un segundo esfuerzo, con la mano tocó en la puerta, que se abrió en seguida.

Una niña, hermosa como la esperanza, se presentó á los turbados ojos de Adriana, que preguntó:

—¿Vive aquí doña Filomena Maldonado?

—Sí, señora, respondió la jóven entre risueña y sorprendida con la visita de una persona que revelava ser de alta clase.

—¿Es V. acaso?..... preguntó Adriana temblando á la idea de que aquella mujer tan bella fuese la que producia sus temores.

—No, señora; soy una vecina que la asisto, porque se halla enferma.

—¡Enferma! exclamó Adriana entrando en la buhardilla.

—Hace muchos años que padece del corazon.

—¿Podria verla?

—No sé..... ¿Me permite V. que le pase recado?

—Sí; le traigo un consuelo, y creo que no le pesará mi visita.

—Vuelvo al instante. Tome V. asiento, señora.

Quedóse Adriana contemplando el pobrísimo mueblaje de aquella habitacion tan desabrigada, y sintió frio en el corazon, pues era la primera vez que pisaba la mansion de la miseria; por sus labios vagaron estas frases:

—No he podido resistir á la necesidad de aclarar la duda que me atormenta; pero el aspecto de esta casa..... Es imposible qué Alfredo consintiera..... La semejanza de aquel jóven con él, su turbacion..... ¡No me arrepiento! ¡El corazon puede engañarme, pero los ojos no! Si mi felicidad está amenazada, prefiero el desengaño..... No saldré de aquí sin conocer mi desgracia ó tranquilizar mi espíritu.

Interrumpió sus reflexiones la presencia de Filomena, que se detuvo en la puerta de la alcoba, muy sorprendida; Cecilia, que la acompañaba, pasó por detras, haciendo con la cabeza un ligero saludo, y salió de la buhardilla.

Adriana, con cierto aire de satisfaccion, producido por la primera mirada que clavó en su supuesta rival, se hizo las siguientes preguntas:

—¿Esta es Filomena Maldonado? ¿Cómo he podido pensar que Alfredo pusiera en ella los ojos?

—Señora..... dijo Filomena.

—Siento haber molestado á V., si está enferma como lo anuncia su rostro.

—La honra que recibo al ver en mi casa á una dama tan principal, domina la emocion de mi sorpresa. ¿A qué debo este señalado favor?

—Suplico á V. que se siente, dijo Adriana acercándole una silla, porque sus rodillas se doblan.

—Era yo, repuso Filomena sin moverse, la que

debia hacer á V. esa indicacion; pero no me atrevia.....

—Tome V. asiento, insistió aquélla con el mayor afecto.

— Gracias, señora, por tanta bondad, contestó la madre de Alfredo obedeciendo despues que Adriana se hubo sentado. Impaciente aguardo.....

—Me permito interrumpir á V. para satisfacer su justa curiosidad. Pertenezco á una asociacion de beneficencia pública que ejerce la caridad con los desgraciados; y habiendo llegado á mi noticia que no era desahogada la situacion de V., traigo un socorro que creo no rechazará.

—¿La caridad? ¡Ah, señora! ¡qué gran ministerio desempeña V. en el mundo! ¡Dichosa V. que llega á casa del pobre á consolar la desgracia! ¡Dios es muy bueno y no me abandona!

—Tengo una satisfaccion en aliviar su estado con esta cantidad.

Adriana entregó á Filomena un bolsillo que ella recogió, besando la limosna y estrechando la mano bienhechora que la daba.

— Gracias, señora, gracias. Mi hijo y yo pedirémos al cielo que colme á V. de venturas.

—¿Tiene V. un hijo?

— Un hijo muy bueno, y tan desgraciado como su madre. ¡Mi pobre Alfredo!

—¡Alfredo! exclamó Adriana estremeciéndose.

—Es el nombre de mi hijo, repuso Filomena sorprendida.

—Sí, sí..... contestó la esposa de Peñalvér agitada. Es un nombre muy bonito.

—¡Pero un nombre que hace en V. mal efecto!

—No lo extrañe V., señora; perdí un hijo que se llamaba así.

—¡Qué pena tan grande debe ser!.... ¡Ah! ¡líbreme Dios de ese golpe terrible!

—Pero V. habrá pasado por otra pena tambien muy grande.

—¡Más grande que esa no la hay! ¿no es verdad? preguntó Filomena.

—¿No perdió V. su marido?

—¡Mi marido!.... exclamó aquélla casi temblando.

—Sí, respondió Adriana con intencion.

Filomena se repuso y dijo, acentuando mucho sus palabras:

—El padre de mi Alfredo vive.

—¿Vive?.... ¿En dónde está?

—Me permitirá V., señora, que desee saber el motivo de esa pregunta.

—Esta pregunta, murmuró Adriana muy turbada, tiene una explicacion sencilla; es V. desgraciada, sufre los horrores de la miseria, y me espanta creer que haya un hombre que abandone á su mujer y á su hijo, sin trabajar para los tres.

—Es verdad, repuso ella con sarcasmo; pero los hombres no son iguales; si todos obedecieran al sentimiento del deber, el mundo sería un paraíso y no habria necesidad de dictar leyes contra los malvados.

—¡Los malvados!

—¿Le repugna á V. el calificativo, señora? Y sin embargo, es exacto; las personas, lo mismo que las cosas, deben llamarse por sus nombres.

—Me interesa siempre la desgracia. ¿Podria conocer las causas de la que V. sufre?

—¡Mi desgracia!..... exclamó Filomena muy sorprendida. ¿Para qué? La caridad se ejerce con los ojos vendados. El médico que aplica el bálsamo sobre una herida, no necesita conocer la intencion que guió la mano; le basta saber que la herida está abierta y que su bálsamo cura. La intencion la adivina Dios, y sólo el juez tiene el derecho de perseguirla para imponer el castigo; si Dios ó el juez me preguntaran les abriria mi corazon, les pondria delante mi conciencia; pero al médico me contento con presentarle la herida. ¿No tiene V. bastante?

—Perdone V., señora, mi curiosidad inocente, balbuceó Adriana muy cortada.

—¡Inocente!.... murmuró Filomena indignada y con la sonrisa del desprecio en los labios.

Adriana, no sabiendo qué contestar, se puso en pié y dijo:

—Siento haber disgustado á V. con mi indiscrecion.

—La caridad es siempre noble y nunca indiscreta, señora.

—Si hubiera sospechado que existia un secreto que obligaba á V. á cerrar su corazon y á esconder su conciencia, nunca me hubiera atrevido.....

Filomena se irguió, como la culebra pisada, y alzando la frente con orgullo, le interrumpió:

—¿Quién da á V. derecho para hablarme así? Por ventura, la riqueza que ese traje anuncia ¿autoriza á V. para insultar á los pobres?

Adriana tuvo miedo y dando algunos pasos hácia la puerta, balbuceando dejó escapar esta excusa que queria encerrar una satisfaccion:

—Siento haberme equivocado; pero no tuve intencion.....

Cortó la frase Cecilia, que se asomó á la puerta para decir á Filomena:

—Desea ver á V. el señor don Alfredo Peñalver.

Filomena ahogó un grito, y para no caer al suelo se apoyó contra una silla.

Adriana no pudo ahogar el grito que se escapó de su pecho, y salió por los labios, seguido de estas palabras:

—¡Ah! ¡Alfredo Peñalver aquí! ¡ya no me queda duda!

Filomena se incorporó, y abriendo mucho los ojos, se lanzó sobre Adriana, para preguntarle:

—¿Qué ha dicho V., señora?

—¡Qué desgraciada soy! contestó ella temblando.

—¿Desgraciada?.... ¡Ahora comprendo la visita!... ¿Qué busca V. en mi casa? ¿Quién es V.?

—¡Por Dios, señora! respondió casi convulsa. ¡Alfredo Peñalver no debe encontrarme aquí! ¡Que no entre! ¡que no entre!

Filomena hizo con la mano una seña á Cecilia para que esperase fuera y no dejara pasar la visita sin su aviso, y dirigiéndose á la esposa de Peñalver que tenía retratada la muerte en el semblante, le dijo con dignidad:

—¡Mi casa es el templo de la honradez! ¡Nadie se avergüenza de haber entrado en ella!

Adriana, con voz suplicante, repitió:

—¡Por Dios, señora! ¡Peñalver no debe encontrarme aquí! ¡me acusaria!

Los ojos de Filomena se dilataron, y clavándolos en los de Adriana, exclamó con exaltacion:

—¡Acusar! ¡Solamente una mujer puede hablarme de ese modo!

—Esa mujer soy yo.

—¿La esposa de Alfredo Peñalver? preguntó con la ira en el semblante y la muerte en el corazon.

—Sí, respondió Adriana bajando la cabeza con miedo.

Un ligero estremecimiento denotó que una crísis violenta se habia operado en el alma de Filomena, pues casi entre dientes murmuró con expresion de profundo dolor:

—¿La esposa de Alfredo Peñalver en mi casa?..... ¡Era la última prueba que me faltaba!....

—Vine ciega..... ¡Que no entre! insistió Adriana con el tono del que pide misericordia.

—¡Entrará! exclamó Filòmena con resolucion y levantándose con el cuerpo muy erguido, pero mirando al cielo.

—¿Estando yo aquí? preguntó aquélla con sorpresa.

—Sí, estando V. aquí, señora, le respondió con muestras de la mayor calma.

Y cogiendo de la mano á Adriana, la llevó hasta la puerta de su alcoba, diciéndole:

—Este sitio es sagrado; entre V. ahí.

—Gracias, señora, murmuró al penetrar en la habitacion.

Filomena cerró la puerta, y con una viveza que no parecia natural en su estado de postracion, dió algunos pasos hácia el centro de la sala, donde nombró en voz alta á Cecilia para darle á entender que podia dejar libre la entrada á Peñalver. Entónces, la infe-

liz, sin apartar los ojos del cielo, donde se refugiaba siempre para pedirle valor, pronunció estas desconsoladoras palabras:

—¡Mi sacrificio es completo!... ¿Dios lo exige? ¡Cúmplase su voluntad!

XIV.

EL GRITO DE LA CONCIENCIA Y LA VOZ DEL CORAZON.

Hay instantes supremos que valen por una vida entera de sufrimientos; muchas amarguras habia pasado Filomena en veinte años, pero el instante en que Peñalver ponia el pié en su pobre morada produjo en su ya abatido espíritu una agitacion que creyó no podria dominar; su enfermo corazon parecia querer hacerse pedazos, y se sintió morir; mas como Dios la amparaba, no debia abandonar ahora á una criatura tan digna de compasion. Allí, detras de una puerta, estaba el único hombre que habia amado y que tan villanamente habia correspondido á su sacrificio; en una palabra, estaba allí ¡el padre de su hijo! Y detras de otra puerta se escondia la mujer que aquel hombre amaba, salvada por su generosidad, segun ella misma habia manifestado. La situacion de Filomena era terrible; temblando y queriendo apare-

cer tranquila, esperaba la presencia de Peñalver.

En aquel instante cruzaron por su cabeza mil ideas diferentes, y exclamaba con el acento de la desesperacion:

—¡He de morir sufriendo!... ¿pero tanto?... ¡Es demasiado!...

Peñalver se presentó en la puerta de la buhardilla y se detuvo en el umbral, muy turbado, sin atreverse á mirar á Filomena. Ésta, sujetándose el corazon con ambas manos, murmuró:

—¡Es él!... ¡Valor!... ¡Dios mio, dame fuerzas para resistir!

Y como si todo su cuerpo hubiera adquirido un vigor sobrenatural al evocar el nombre de Dios, vagaron por sus labios, acompañadas de una sonrisa inefable, estas consoladoras palabras:

—¡Ah! ¡Dios es muy bueno! ¡me oye siempre! ¡Ya me siento fuerte!

Entónces se adelantó con firme paso, y colocándose delante de Peñalver, le preguntó:

—¿A qué debo el favor de que el ilustre caballero don Alfredo Peñalver honre la casa de una mujer desgraciada?

Él, sin moverse del umbral, muy desconcertado, dijo solamente:

—Filomena...

—Siento que se haya V. molestado en subir á mi

buhardilla, pues ya le envié, por conducto de una tercera persona, la expresion de mi profunda gratitud por el beneficio que mi hijo ha recibido.

—No me hables así, Filomena, balbuceó Peñalver, entrando pausadamente en la sala.

—Así habla una madre agradecida.

—No quiero que me hables de ese modo, pues bastante sufro con pensar en la desgracia que á los dos nos persigue.

—¿La desgracia?

—Sí; porque ignoraba el lazo que nos unia.

—No: no hay, no puede haber, lazo alguno entre la felicidad y el infortunio.

—Me he decidido á venir porque necesitaba implorar tu perdon.

Esta palabra produjo un efecto mágico en el alma noble de aquella infeliz mujer; esa palabra santa abre siempre las puertas del corazon; Filomena, olvidándose de que la esposa de Peñalver estaba cerca de allí, con el alma en los oidos, no vió ya en aquel hombre sino al pecador arrepentido, y escudada con la proteccion del Dios de los buenos, dijo con acento de dulce severidad:

—¿Mi perdon?... Si hay en tu vida alguna falta que exija el perdon, eleva tu súplica al cielo. Los mortales no tenemos derecho sobre la conciencia; no nos queda más que el olvido. ¡Y hace tantos años que

olvidé tu agravio! ¡Dios, solo Dios, podrá pedirte cuentas de tu conducta! ¡Nada me debes!

—¡Eres inflexible! ¡y haces bien! Pero me obliga nuestro hijo...

—¿Nuestro hijo? prorumpió ella con exaltacion y mirándole fijamente. ¡No!... ¡Es mio solo! ¡Dios nada más me lo puede arrebatar! ¡Él es su padre! ¡Su madre soy yo! ¡Es mio! ¡mio solo!

Peñalver se comprimió el pecho, y respirando con dificultad, dijo:

—Ignoraba la existencia de Alfredo...

—¡Y debes seguir ignorándola! le interrumpió ella con vehemencia. He llamado á las puertas de la caridad; no he llamado, no quiero llamar á las puertas de tu corazon, ni á las de tu conciencia.

—¡Pero las puertas de mi conciencia se han abierto al grito de mi corazon!

—¡Peor para tí, porque el deber te las cierra con el candado del remordimiento!

—No me atormentes, Filomena; bien castigado estoy por mi falta; ¡tus palabras me destrozan el alma!

—¡El alma! exclamó ella con sarcasmo; ¡no sabes lo que es sufrir!

—¡Estas horas de sufrimiento valen por una vida entera de pesares! Pero tú lo has dicho: el deber me cierra las puertas de la conciencia: no me pertenezco.

—Entónces ¿por qué llegas á la casa de la desgracia? ¡Ahoga el grito de tu conciencia, y pasa de largo!

—¡Eso es imposible!

—¿Vienes á gozarte en mi infortunio? ¿No ves que me estoy muriendo?

—Eres muy desgraciada, Filomena, contestó él profundamente conmovido, muy desgraciada, y yo he sido feliz, muy feliz... Perdona esta cruel confesion; pero en tu existencia combatida encontrabas una recompensa que el destino me niega hoy... ¡Confiesa que el destino me cobra con usura las horas de felicidad que disfruté!

—No te comprendo...

—¡Eres madre! Tenías al lado á Alfredo, y gozaste de sus caricias; le viste crecer y desarrollarse; te prodigó los besos del hijo amante, del hijo agradecido, y yo me veo privado de ese placer; más todavía; he oido de sus labios que todo su amor era para su madre; que no amaba el recuerdo de su padre.

—¿Eso ha dicho? exclamó Filomena con la expresion de un deleite supremo. ¡Hijo de mis entrañas!... ¡Oh! ¡Sí, sí, Alfredo! ¡eres más desgraciado que yo!

—¡Y no puedo estrecharlo contra mi corazon porque no me pertenezco!

—¡No pienses en eso! ¡Déjamelo solo! ¡Es la única compensacion de mi infortunio!... ¿Mio solo? ¿No

ama más que á su madre? ¡Esta es mi primera hora de ventura!... ¡Te compadezco!

—Óyeme, Filomena, dijo Peñalver acercándose á ella; óyeme con la calma que nuestra crítica situacion exige. ¡Ten lástima de mí! Bien sabe Dios que quisiera dejarme llevar del impulso de mi corazon; pero no lo quiere la suerte; mi felicidad está perdida, porque el deber nos impone todavía un sacrificio mayor.

—¡Un sacrificio! exclamó Filomena estremeciéndose, sin adivinar la causa de su emocion.

—Sí. El tiempo es el gran nivelador de las pasiones, y el tiempo vendrá en nuestro auxilio; pero hoy no dispongo de mí. ¿Quieres que sucumba al peso de mi remordimiento? ¿Quieres que muera?

—¡No! gritó ella con dignidad; ¡soy generosa!

—Gracias, Filomena. Dia llegará en que recibas el premio de tu sacrificio.

—¡Habla, habla! dijo ella muy agitada.

—No puedo hoy abrir los brazos á Alfredo, pero no debo abandonarlo.

—¿Tú?..... ¿Qué pretendes?

—Su suerte me pertenece, y necesito que salga de Madrid.

Filomena dió un grito de espanto y prorrumpió:

—¡Ah!..... ¿Separarme de mi hijo?..... ¿Qué estás diciendo? ¿Quién eres tú para atreverte á hacerme semejante proposicion?

—Ante los hombres no seré más que su protector; ante Dios y tú soy su padre.

—¿Su padre? ¿Cómo has conquistado el derecho de usar ese nombre?..... ¡Ante ese Dios que invocas, me postro para pedirle justicia! ¡Él te hará entender que mi Alfredo no tiene más padre que ese Dios que ha velado por su existencia! ¡El que abandona á su hijo, no es un padre, es un monstruo!

—¡Filomena!..... exclamó él aterrado.

—¿Separarme de mi hijo?..... ¡Dios, solo Dios!..... ¡Ah! gritó ella en seguida comprimiéndose el pecho y vacilando; ¡me muero! ¡Ve que me estás matando!..... ¡Déjale vivir pobre, pobre como siempre, pero abrazado á su madre..... que es el alma de su alma!..... ¡No seas cruel!.....

Las lágrimas de Filomena, hasta entónces comprimidas, saltaron con fuerza de sus ojos; Peñalver quiso hacerse superior á aquella terrible escena, y dijo con aparente sequedad:

—No hago valer mi derecho; no quiero ni puedo acudir á la ley; pero te suplico que mires por el porvenir de tu hijo.

—¿Su porvenir?..... ¡Oh! ¡qué palabra tan dura!..... ¡Abandóname! Sigue tu camino sin volver los ojos á este cuadro de miseria que no puedes remediar, y no me robes mi hijo; él está contento con su suerte..... Espera, añadió anegada en lágrimas, que pasen los

pocos dias de vida que me quedan, y entónces te lo abandonaré.

—Pero ¿y mi situacion?

—¡No seas cruel!

—Es preciso, Filomena, dijo él con dureza.

Ella se levantó erguida, y despues de secarse los ojos, pronunció con voz firme estas palabras:

—¡Nunca! ¿Lo has oido? ¡Nunca! ¡Ya no soy la mujer que suplica! ¡Soy la madre irritada que sostiene su derecho! ¡Soy la tigre que enseña las garras para defender sus cachorros! ¡Vén á arrebatarme mi hijo!.....

—Serás responsable de su suerte, dijo Peñalver.

—¡Lo acepto todo! exclamó Filomena con desesperacion.

Abrióse la puerta y apareció Alfredo, que se detuvo sorprendido al ver la actitud de su madre; ésta ahogó un grito; Peñalver murmuró:

—¡Él aquí!

El jóven corrió al lado de Filomena, y con acento de ternura le preguntó:

—¿Qué tienes, madre mia?

Filomena le abrazó convulsa, cubriéndole con su cuerpo, como para defenderlo de Peñalver, y contestó balbuciente:

—¡Nada, hijo mio! ¡No te separes de mí!

—Te encuentro tan alterada que no acierto á comprender el motivo.....

—El señor Peñalver me hablaba..... me decia.....

Frunció el jóven las cejas, y dijo con energía:

—Tu agitacion me anuncia que entre este caballero y tú ha pasado algo muy grave, y que deseo saber al momento.

—No ha sido nada, repuso ella temblando.

—Miéntras yo viva, ¿quién se atreverá á ofenderte?

Adelantándose entónces con la cabeza enhiesta, se colocó delante de Peñalver, y mirándole cara á cara, dijo:

—¡Caballero Peñalver, necesito una explicacion de esta visita!

Él se cruzó de brazos, aparentando una tranquilidad que estaba léjos de su alma, y contestó:

—Jóven, calme V. su imprudente arrebato, y pregunte á su madre lo que no puedo decirle.

—Madre mia, replicó Alfredo dirigiéndose á Filomena.

Ésta le puso con cariño una mano sobre la boca, diciendo:

—Calla, Alfredo; no debes saber.....

—¡Yo debo saberlo todo! interrumpió el mozo con ímpetu. Por ventura, ¿están autorizados los ricos para ir á casa de los pobres á insultar la desgracia? ¡Caballero Peñalver, necesito una explicacion!

—Repito á V. que sólo su madre puede darla, contestó él cruzándose de brazos para determinar mejor su calma.

—¡Y yo repito, agregó Alfredo con aire amenazador, que quiero exigirla! Estoy en mi casa, y todos los blasones de la nobleza de V. no le pondrán á cubierto de las iras de un hombre honrado. ¡Salga usted conmigo!

Filomena espantada se interpuso, diciendo:

—¡Alfredo, eso es imposible!

—¡El que insulta á una madre, debe morir á manos del hijo que la adora, del hijo que la protege!

Peñalver se llevó á los ojos una mano para no caerse, pues los vértigos le nublaban la vista, y sólo pudo pronunciar esta palabra, que queria ser amenazadora, y era suplicante.

—¡Alfredo!.....

—¡Salgamos! gritó éste.

Peñalver se repuso, y con tono de consejo, le dijo:

—¡Jóven, medite V. sus palabras! ¡No sea V. insensato!

—¡Un insulto! exclamó Alfredo fuera de sí. ¡Sabré castigar!.....

Y se arrojó sobre Peñalver con la mano levantada; pero Filomena, dando un grito, rápida como el pensamiento, le sujetó por el brazo; quiso el jóven desasirse, y comprendiendo ella que no tenía fuerzas para detenerle, con objeto de evitar una desgracia funesta, dejó caer en su oido estas palabras:

—¡Es tu padre!

Alfredo lanzó un grito desgarrador, y se quedó aterrado, cubriéndose el rostro con las manos.

Entónces Filomena señaló á Peñalver la puerta de la buhardilla, y con dignidad le dijo:

—Salga V., caballero.

Peñalver se comprimió el corazon; quiso hablar, y no encontrando una frase, salió; en la fisonomía llevaba marcado el profundo dolor que devoraba su alma. ¡Su expiacion era horrible!

Filomena abrió los brazos, y Alfredo se arrojó en ellos, exclamando:

—¡Madre mia, el corazon me anunciaba que entre ese hombre y yo existia algo!..... ¡Qué desgraciado soy!

Dejóse caer en una silla, reclinando la cabeza sobre una mesa de pino, y rompió á llorar.

Filomena se sostenia en pié, porque la fiebre del alma presta fuerzas ficticias, así como la calentura sostiene al enfermo con un vigor aparente; pero la muerte estaba retratada en su cara.

De repente, como herida por un recuerdo, lanzó una exclamacion, pues se habia acordado de la mujer que habia escondido; dirigióse con trabajo á la alcoba, donde entró, volviendo á salir en seguida; Filomena llevaba de la mano á Adriana, casi arrastrándola; pero para no verse, las dos miraban á diferente lado. La acompañó hasta la puerta de la escalera, y

allí le soltó la mano, diciéndole, pero siempre sin mirarla:

—Puede V. salir, señora; la he salvado.

—Gracias, contestó Adriana entre dientes.

Y con el velo echado bajó la escalera, agarrándose con fuerza al pasamano para no caerse, pues se sentia más muerta que Filomena.

Esta, despues de haber dado algunos pasos por la sala, se detuvo, diciendo:

—Ella tambien es desgraciada, pues vino conducida por los celos... ¡Ah! ¡la caridad no admite disfraces! ¡La caridad! exclamó metiendo la mano en el bolsillo de su bata; ¿tengo aquí una limosna de la esposa de Peñalver? ¡Esa limosna ofende al sentimiento de la caridad y humilla á la miseria!

Tiró al suelo el dinero que Adriana le habia dado, y se acercó á Alfredo para prodigarle un consuelo; pero la lucha habia sido grande y empezaba á dejar sentir sus efectos.

—Vén, hijo mio, exclamó; ten valor; ¡el cielo es la patria de los pobres!... ¡Dios me llama!...

Alfredo se incorporó al oir la voz de su madre, que se debilitaba.

—¡Me siento morir! continuó Filomena. Dame tu brazo; tú solo no me abandonas. ¡Eres desventurado como yo!

—¡Muy desventurado! contestó el jóven poniéndo-

se en pié para acudir en auxilio de su madre. ¿Qué tienes?

—¡Ah! ¡las fuerzas me abandonan! ¡Déjame morir!

—¡Morir! gritó Alfredo. ¡No, madre mia! ¡Vive, vive para mí!

Filomena cayó desplomada en una silla, y su hijo se arrodilló á sus piés, cogiéndole las manos con desesperacion.

XV.

UNA REVELACION TERRIBLE.

Cecilia y su madre adivinaron que en la habitacion de su vecina pasaba algo que exigia su presencia en ella, y corrieron en su amparo, quedándose mudas de espanto al ver á Filomena con la muerte retratada en el semblante y á Alfredo demudado, fuera de sí; la madre no podia hablar y el hijo no quiso despegar sus labios, á pesar de las súplicas cariñosas de su amante. La noche fué horrible para aquellas cuatro personas íntimamente unidas por la simpatía de los afectos y por la atraccion de la desgracia.

Un médico acudió á la cabecera de la enferma, pero ésta, al volver en sí, se obstinó en asegurar que la ciencia no poseia recursos para combatir el progreso de su mal, y se negó á ponerse en cura; el facultativo se retiró, recomendando simplemente que la vigilaran para que no dejase el lecho, evitando sobre todo

que recibiera impresiones fuertes porque serian de fatales consecuencias, atendido el estado de su corazon y la excitacion de su sistema nervioso.

Y entre tanto, ¿qué pasaba en casa de Peñalver?— Adriana y su marido, que habian bajado de la buhardilla de la calle de las Pozas en un estado imposible de describir, comprendiendo cada cual que su agitacion habia de venderle, procuraron no encontrarse. Otra mujer, despues de tener la seguridad de lo que consideraba su desgracia, hubiera buscado á su esposo para provocar una escena violenta, pero ella escondió su pena en el corazon, y al entrar en su casa se acostó, pretextando que se hallaba enferma.

Peñalver vagó por las calles para distraer el abatimiento de su espíritu, profundamente alterado por la provocacion de su hijo, y despues de buscar en su imaginacion diferentes soluciones á la crísis que atravesaba, sin encontrarlas, al atravesar por la Puerta del Sol fijáronse maquinalmente sus ojos en el reloj del Ministerio de la Gobernacion, y enderezó sus pasos hácia la Carrera de San Jerónimo, entrando en su casa, con el recelo de un niño que pone el pié en la escuela, temeroso de que el maestro le reciba con las disciplinas en la mano.

El criado le avisó que su esposa estaba indispuesta, y se vió obligado á penetrar en la alcoba. Adriana, al sentir sus pasos, se sobrecogió, y un grito de indigna-

cion se escapó de su pecho; pero al instante se repuso y esperó su presencia, escondiendo la cara entre las sábanas.

—¿Qué tienes? le preguntó él con cariño.

—Frio, contestó Adriana, comprimiéndose el corazon que queria saltar al oir aquella voz, cuyo eco lo habia herido de muerte en casa de Filomena.

—El dia está muy destemplado, dijo Peñalver.

—¡Qué dia! murmuró ella.

—Arrópate bien, querida, agregó, saliendo de la alcoba empujado por su conciencia.

—¡Se va! exclamó la infeliz esposa sintiendo desgarrado su pobre corazon.

Y un torrente de lágrimas inundó la almohada.

Volvamos á casa de Filomena Maldonado.

Cecilia sufria porque desde la víspera estaba dominada por los celos, y á haber sabido que la esposa de Peñalver habia visitado aquella pobre morada, su alarma hubiera sido terrible; las mujeres ven siempre un peligro en la menor apariencia, sin convencerse de que sea otro el objeto. Al ver á su amante encerrado en un tenaz silencio, no quiso creer que el estado alarmante de su madre fuese la causa, puesto que entónces con más motivo debia buscar una expànsion comunicativa con las personas que le rodeaban; y devoró en secreto su dolor.

La luz del sol entró en aquella mansion de toda

clase de desdichas, queriendo alegrar las almas, y las figuras del cuadro se movieron, sin hablarse, pero mirándose todos las caras, pálidas por la vigilia y por las emociones de aquella noche.

La madre de Cecilia dejó á ésta el cuidado de la enferma y pasó á su buhardilla á atender á las exigencias domésticas que nadie podia hacer no teniendo ninguna persona á su servicio.

Filomena se levantó, no queriendo oir los consejos de Cecilia, y con trabajo se sentó en una silla al lado de la cama; su respiracion era fatigosa, y sus movimientos forzados denotaban que padecia mucho.

—¿Y Alfredo? preguntó, buscándole en la habitacion.

—Salió muy temprano.

—¿Adónde?

—No lo sé.

—¿Es posible, Cecilia? ¿Tú no lo sabes?

—No, señora; por primera vez ha sido reservado conmigo.

—¡Pobre hijo mio! murmuró Filomena ahogando un sollozo.

—¿Teme V. por él? interrogó la jóven, sobresaltada.

—No, respondió la madre, arrepintiéndose de su imprudente exclamacion.

Y dobló la cabeza, en señal de abatimiento; Ceci-

lia respetó su estado, no queriendo aumentar su excitacion.

A las diez le recordó que debia tomar alimento y se dispuso á ir á su casa para traerle el almuerzo; pero Filomena se lo prohibió, asegurándole que no podria pasar un bocado.

—¿Y Alfredo? preguntó en seguida.

—No ha vuelto todavía, señora, contestó Cecilia muy alarmada tambien por la ausencia de su amante.

Filomena volvió á doblar la cabeza.

Dieron las doce en un reloj de la vecindad, y entónces exclamó la madre, incorporándose:

—¡Las doce, y mi Alfredo no ha vuelto! ¡Dios mio! ¿me amenaza alguna nueva desgracia?

—No se inquiete V. por la tardanza, dijo Cecilia queriendo calmar la intranquilidad de la madre, aunque la sentia igual; sin duda se habrá entretenido con otros jóvenes...

—No, Cecilia, no, interrumpió Filomena; alguna causa grave le detiene fuera de casa, pues sabiendo que padezco, no me abandonaria. ¡Es tan bueno!

—¡Muy bueno! ¡y quiere á V. tanto!

—Me corresponde, hija mia; su cariño me ha hecho soportable esta carga pesada que llaman vida.

—¡Se expresa V. siempre de un modo tan triste, exclamó Cecilia con amargura, que me hace daño oir sus quejas!

—Tú no puedes apreciar la intensidad de mi dolor; pero soy de hierro, porque sólo con una constitucion privilegiada triunfaria en mi estado de los golpes repetidos del infortunio. Ayer debí morirme cien veces; ¡y vivo todavía!

—¿Ayer? Ignoro lo que pasó durante la visita del caballero Peñalver.

—¡Más vale que lo ignores!

—¿Por qué?

—Porque sufririas como yo, sin remediar el mal.

—¿No quiere V. comprender que tengo derecho á exigir una parte en los padecimientos de V. y de Alfredo? Mi cariño me autoriza á ello.

—El que te profeso, hija mia, tan leal, tan sincero como el tuyo, me obliga á callar. Pronto, demasiado pronto lo sabrás todo; cuando yo cierre los ojos para siempre, Alfredo, que no tendrá secretos para la mujer querida, te abrirá su corazon: ¡un corazon tan jóven, donde encontrarás un tesoro de amor y un abismo de penas!

—¿De penas? preguntó la jóven temblando.

—Sí, Cecilia; mi hijo es víctima inocente de la desventura de su madre; ¡esa desventura me mata! ¡Y muero sufriendo por él más que por mí!

—Recuerde V., señora, que el médico le exigió anoche mucha tranquilidad de espíritu para evitar un nuevo acceso; si se empeña V. en atormentarse con

esas ideas pavorosas que la dominan, el mal tomará incremento; recuerde V. tambien que le anunció que una emocion violenta podria ser de funestas consecuencias.

—Soy cristiana, y procuro vivir, por más que no estime la vida en mucho; pero ten en cuenta que no está en mi mano parar los golpes de mi mala suerte; que con mi voluntad no desvanezco las sombras de *la nube negra* que se cierne por encima de mi cabeza, y que de contínuo amenaza descargar sobre mí. Los médicos dictan prescripciones ajustadas á la ciencia, porque combaten los efectos sin quitar las causas; los médicos curan las heridas, pero no pueden cortar las manos que las producen; no hay preservativos contra el infortunio, porque el infortunio no está sujeto á la voluntad de los hombres.

—La imaginacion es el mayor tormento en los males que nos afligen.

—Pero la imaginacion nada tiene que inventar cuando la realidad se entroniza. ¿Qué ha de forjarse de desconsolador mi pobre imaginacion ante los dolores que sufro, ante el cuadro de desolacion que me rodea, ante la muerte que me busca de cerca y se goza en huir cuando creo que va á herirme de véras?

—¡La muerte! ¡Siempre la muerte!

—¡Es mi ilusion más halagüeña! ¡Esta noche ha sido espantosa!..... Vén acá, Cecilia, añadió cogién-

dole una mano con ternura para hacer que se acercara más á ella. ¿Crees que hay venturas para una madre que ve llorar á su hijo sin poder remediar su desgracia?

—¡Llorar! ¿Alfredo ha llorado? prorumpió Cecilia abriendo los ojos con ímpetu.

—Sí, ha llorado; y su infeliz madre que sufria las angustias de la muerte, olvidándose de sus propios padecimientos, con la vista y el alma clavadas en el hijo de sus entrañas, no tenía un consuelo que darle, no tenía una esperanza que ofrecerle; no tenía más que lágrimas; y lloró con él..... ¡La madre sufria por los dos!..... ¿Y quiere el médico que tenga tranquilidad de espíritu? ¡Que la ciencia me traiga la felicidad, y viviré!

—Pero esas lágrimas de Alfredo, esas lágrimas.....

—¿Es verdad que le amas mucho? preguntó Filomena.

—¡Con todo mi corazon! respondió Cecilia con frenesí.

—Eres jóven, y se abre ante tus ojos el mundo que se ha cerrado para mí. ¡Ah! tú infundirás aliento á Alfredo; tú le obligarás á velar por su existencia.

—¿Qué dice V., señora? ¡Estoy aterrada!

—Si es cierto que le amas, debes saberlo todo.

—¡Todo, todo! exclamó la pobre niña en tono de súplica.

Filomena aproximó los labios al oido de Cecilia, y le dijo:

—Alfredo no tiene padre; no tiene nombre; ¡es un hijo espurio!

—¡Ah! gritó la jóven cubriéndose el rostro con las manos.

—El efecto que en tí hace la noticia es natural; debia esperarlo. Y añadió con expresion de profundo sentimiento: ¡pero no le abandones tambien!

—¿Abandonarle? preguntó la jóven levantando la cabeza con orgullo. ¡Ahora que es desgraciado estimará en lo que vale el amor que le profeso! ¡Ahora juro amarle hasta la muerte!

—¡Gracias, hija mia, gracias! exclamó Filomena besándola en la frente. Eres digna de Alfredo, y moriré tranquila, porque dejaré en la tierra quien me sustituya en su corazon.

—¡Velaré por él!

Filomena estrechó contra su pecho la cabeza de Cecilia, estampando de nuevo en su purísima frente un beso de gratitud y de cariño.

Y volvió á quedarse enajenada, como si durmiera; no queriendo la jóven abandonarla, ni turbar sus momentos de aparente calma, se quedó á su lado, y lanzó su cabeza á luchar con su corazon.

XVI.

UN HIJO DE LA PATRIA.

La suerte de Alfredo no podrá ménos de haber interesado al lector; la revelacion hecha por su misma madre produjo en el alma del jóven el más triste de todos los desencantos de la vida; el carmin de la vergüenza cubrió sus mejillas; el sueño de su vanidad habia tenido un horrible despetar; se habia conformado con vestir la blusa del menestral; pero su noble orgullo no podia ya conformarse con vestir la levita del hijo espurio; ántes, con la sierra en la mano, trabajando en el taller para vivir, alzaba la frente limpia de toda mancha, y desafiaba á la sociedad; ahora, con su traje de caballero, tendria que bajar los ojos ante la insolente mirada del último pordiosero, que le llevara la ventaja de poseer un apellido.

Alfredo vió sufrir á su madre en aquella noche terrible para los dos, y la angustia de su situacion

excitaba su cerebro, que sentia las primeras vacilaciones de la demencia; miraba á Cecilia, y el rubor le hacia apartar los ojos de aquella mujer que habia encendido en su pecho la llama del amor. Al amanecer, despues de muchas horas de insomnio y de luchas sostenidas en silencio, el jóven corrió á su alcoba, donde á solas con su dolor, dió rienda suelta á las lágrimas que lo ahogaban; allí, como herido por una idea repentina, se quitó la levita, y la arrojó al suelo con despecho, exclamando:

—¡Léjos de mí esta prenda que me afrentaria más!

Y se puso la blusa azul, pareciéndole entónces que respiraba mejor.

—¡Es preciso! murmuró; no me queda otro camino que seguir. La sociedad me rechaza, y la patria me llama; aún hay quien abra los brazos para recibirme en su seno; debe haber sido providencial lo que juzgaba mi mala suerte.

Cogió su sombrero hongo y atravesó por la sala sin mirar á Cecilia; sus ojos se clavaron sólo en la puerta de la alcoba de su madre, y se humedecieron con dos lágrimas, que se apresuró á secar con la manga de la blusa; su amada, al verle salir, le llamó, pero él ó no oyó ó no quiso oir su voz, y se lanzó á la escalera. En el último tramo se detuvo para tomar aliento, y mirando hácia arriba, exclamó:

—¡Allí queda todo cuanto amo! ¡Mi pobre madre!

¡Qué golpe tan terrible! pero no está en mi mano evitarlo; no tengo nombre, y voy á buscar la muerte, la única muerte que el sér desgraciado puede buscar sin que Dios le pida cuentas. Por fortuna áun no ha ocupado mi puesto el sustituto..... ¡Desdichada Cecilia! ¡La amaba tanto!.....

Salió á la calle, y fué á presentarse en el depósito de quintos, dejándose tallar y filiar, sin que su rostro revelara el estado de su espíritu; en seguida vistió el uniforme de soldado, y se dirigió á su casa con la frente levantada, diciendo con los ojos á todo el que al paso le miraba:

—¡Ya tengo un nombre! ¡Soy un hijo de la patria, que es generosa con los que por ella se sacrifican!

Daban las dos de la tarde cuando Alfredo ponia el pié en el portal de su casa; la vista de la escalera le hizo estremecerse violentamente, pero haciendo un esfuerzo superior, empezó á subir, murmurando:

—¡Qué momento tan cruel!... Pero mi valor no vacila... ¡Dios lo ha querido así!...

En la meseta del último tramo, su fatigosa respiracion le obligó á detenerse algunos segundos; por fin, marcando en todo su cuerpo un movimiento de impaciencia, dió con la mano dos golpes en la puerta.

Cecilia saltó en la silla, pues su corazon le anunció que era Alfredo el que llamaba; Filomena se habia quedado dormida, y para no alterar aquel sueño

que tan beneficioso era para la enferma, la jóven salió de puntillas.

Su corazon no le habia engañado; pero estaba léjos de creer que la presencia de su amante habia de causarle una impresion tan dolorosa; al verle con el uniforme de soldado de infantería, ahogó un grito; en seguida, acordándose de Filomena, corrió á cerrar la puerta de su alcoba.

—Cecilia, preguntó Alfredo, ¿y mi madre?

—¿Qué has hecho? exclamó ella con acento de profundo dolor.

—Seguir mi suerte, contestó el mozo levantando la cabeza con orgullo.

—Habla bajo, muy bajo, repuso Cecilia lanzando un suspiro. ¡Ah, Dios mio! ¡qué desgraciada es!

—¿Desgraciada?

—¿Qué has hecho, Alfredo? repitió ella con acento de desesperacion.

—Ya te lo dije: nada quiero deber á la proteccion de los hombres, y sigo mi suerte, por más que me vea abandonado por la Providencia.

—¿Te has vuelto loco? ¿Blasfemas? preguntó la jóven con espanto.

—¡Blasfemar yo! dijo él estremeciéndose.

—Piensa en las palabras que en la ofuscacion se escapan de tus labios, y pide á Dios perdon; á ese Dios que vela por tí y de quien debes esperarlo todo;

á ese Dios á quien el náufrago vuelve los ojos, y Dios le ofrece la tabla de salvacion.

—Es verdad, contestó él cogiendo una mano de Cecilia; no sé lo que me pasa y no soy responsable de mis palabras.

—Ni tampoco de tus acciones, Alfredo, pues en la exaltacion de tus sentidos te has olvidado de todo.

—¡De todo no! exclamó el jóven con dignidad.

—Sí; te has olvidado de tu pobre madre, que se morirá al verte con ese uniforme que le roba al hijo de su amor, su único consuelo en la triste vida que arrastra; te has olvidado de tí mismo lanzándote á aventuras peligrosas; te has olvidado de la mujer que te ama y que te pierde para siempre. ¡No me sorprende que hayas dudado de mí puesto que te atreviste á dudar de la Providencia!

—Este uniforme que visto es mi salvacion en la crísis que atravesé esta noche. ¡Qué noche, Cecilia! ¡No te espantes al oirme! ¡Acaricié el suicidio!

—¡Ah! ¡Qué horror! ¡Mucho, mucho tiene Dios que perdonarte!

—¡Él me iluminó sin duda! No sabes la desgracia que sobre mí pesa; no conoces el misterio que envuelve mi existencia; no has visto el estigma de la deshonra que llevo estampado en la frente. ¡Si lo supieras, me despreciarias!

—¿Despreciarte yo? preguntó la jóven con un gri-

to de indignacion. ¡Ah! ¡qué pequeño eres, Alfredo! ¡qué mal conoces á la mujer que te entregó su corazon sin reserva, sin condiciones, sin exigir de tí más que la correspondencia á su cariño!

—Te conozco bien; eres buena, y me comprendes; amarias á un desgraciado, por mucho que la suerte se le presentara contraria; pero no puedes ni debes amar á un hombre rechazado por el mundo en que vive, á un hombre que no te ofrece la consideracion social, á un hombre que es un enigma.

—No necesitas explicarme tu situacion, porque la conozco ya; tú, en idénticas circunstancias, hubieras huido de la mujer que te amaba; y yo te abro los brazos, presentándote mi corazon más amante que nunca, más firme en su cariño, por lo mismo que comprendo la inmensidad de tu desgracia.

—¿Sabes acaso?... preguntó él muy desconcertado.

—Todo; tu madre acaba de revelarme el secreto.

—¿Y no me desprecias?

—¿Puedo despreciarme á mí misma? ¡Tú eres para mí mi propia existencia!

—¡Gracias, Cecilia mia! exclamó el jóven enjugándose las lágrimas.

—Ahora que me conoces, te repito mi pregunta: ¿qué has hecho, Alfredo?

—Cuando vi levantado el velo del misterio que cubria mi nacimiento, comprendí mi situacion; perdó-

name, Cecilia: dudé del mundo, que con razon me rechazaba, y dudé de tí.

—¡Ingrato!... murmuró ella.

—La bondad de tu alma no me ha cerrado tu corazon; ¡te admiro! pero no me arrepiento del paso que he dado; no puedo ofrecerte un apellido, no puedo unir mi suerte á la de una mujer buena que sería víctima de mi oscuridad; derramaria lágrimas de desesperacion al recibir en mis brazos los hijos de mi amor que nacerian con el sello de la deshonra en la frente. ¡No, no, Cecilia! ¡la mano implacable del infortunio ha roto los lazos de nuestro cariño!

—¡Ah!... exclamó la pobre niña rompiendo á llorar.

—Retiro la palabra que te dí de ser tuyo en el altar; busca otro hombre que te quiera ménos, pero que te ofrezca un porvenir lisonjero con la legitimidad de su nombre; déjame seguir mi suerte aventurera, que Dios dispondrá de mí. ¡No soy más que un arma útil para la patria, y por la patria moriré!

—¡Qué injusto eres conmigo, Alfredo! dijo ella muy agitada. ¡Has herido mi alma con tus palabras!

—Cumplo con un deber de mi conciencia abandonándote á una suerte más próspera, á una posicion más digna que la que te ofreceria un pobre bastardo.

—¿Nada tienes que ofrecerme? preguntó ella con amargo desconsuelo.

—¡Nada! contestó él con firmeza.

—¿No tienes en el pecho un corazon que me pertenece? ¿Acaso el corazon exige títulos de nobleza, ni legitimidades de nombres para determinar sus sentimientos? ¡Estás ciego, Alfredo!

—No: por llevar muy abiertos los ojos de la razon me expreso de este modo. En la vida agitada del soldado dicen que se olvida todo, y olvidaré.

—¿Me olvidarás? exclamó la infeliz amante con la expresion de un dolor acerbo.

—Necesito olvidarte, Cecilia; los desgraciados encontrámos pronto al paso la ocasion de probar las mayores amarguras, y confio en Dios que no tardará en enviarme la muerte que ha de poner término á mis males.

—¡La muerte! prorumpió ella llorando.

—No llores, dijo él muy afectado, porque me quitas las fuerzas para seguir mi destino. Y marcando de repente en su tono una transicion violenta, añadió: ¡Te he engañado, Cecilia! ¡La muerte vendrá, pero para tí serán las últimas palpitaciones de mi corazon! ¡tu nombre se confundirá en mis labios con mi último suspiro!

—¡Cruel!... murmuró ella con desesperacion; pero ¿qué extraño es que me trates así cuando no vacilaste en amargar la existencia de tu pobre madre?

—¡Mi madre! exclamó Alfredo como volviendo en sí; ¡es tan desgraciada como yo! ¿En dónde está?

—Descansa un momento.

—¡Quiero verla! dijo él, cual si le hubiera asaltado un horrible presentimiento y tratando de correr hácia la alcoba.

—No, no, contestó Cecilia cerrándole el paso; ¡tu presencia con ese traje le sería fatal! ¡no entres, Alfredo!

El jóven se estremeció, y con tono de terror le preguntó:

—¡Hay algo de fatídico en tus palabras!... ¿Qué ha sucedido, Cecilia? ¡Quiero ver á mi madre!

—Habla más bajo, le advirtió ella.

—¡Quiero verla! gritó él casi convulso.

—¡No, no! exclamó Cecilia en tono suplicante.

—¿Ha muerto?....

—Vive.

Alfredo, poseido por la duda, dió algunos pasos hácia la puerta de la alcoba, gritando:

—¡Madre mia! ¡madre mia!

Cecilia se colocó en el umbral para evitar que Alfredo entrara; pero eran ya inútiles los esfuerzos de sus buenos deseos, porque dentro se oyó la voz de Filomena que llamaba á su hijo con acento de pasion.

—¡Vive! exclamó Alfredo con alegría. ¡Gracias, Dios mio!

—¡Tiemblo! murmuró Cecilia separándose de la puerta para dejar libre el paso.

Filomena salió arrastrándose, con los brazos tendidos; al ver á Alfredo de uniforme, dió un grito terrible y vaciló, cayendo desplomada.

Los dos jóvenes corrieron á recogerla y la llevaron á la alcoba.

La nube negra que se habia cernido veinte años sobre la cabeza de aquella madre infeliz parecia haber descargado ya, porque la muerte tendia sus pavorosas alas sobre la mansion del infortunio.

XVII.

QUE Á VECES LA TRAICION NO ES FALTA DE LEALTAD.

Miéntras pasaba en casa de Filomena Maldonado la desgarradora escena que pinté en el capítulo anterior, encontrábase Alfredo Peñalver en su despacho conversando con su amigo Nicolas de Velasco, y como su diálogo interesa á la narracion, lo copiaré íntegro, ahorrándome reflexiones que el lector hará por sí sólo.

—Desde que recibí la carta de Filomena, decia Peñalver, no tengo un minuto de tranquilidad.

—Insisto en mi idea, Alfredo; es preciso que hoy mismo pongas término á esta situacion que no puede prolongarse si no quieres traer sobre tu familia males irreparables; el medio que te propones adoptar no es ni el más seguro ni el más conveniente, pero si estás decidido, abrevia la solucion.

—No duermo, ni descanso, atormentado por una

inquietud, que no sé si es efecto de eso que llamas la alteracion de mi conciencia. La felicidad de mi hogar está sériamente amenazada, pues desde que Adriana vió á Alfredo ha doblado la cabeza y evita encontrarse conmigo; ayer no se presentó en la mesa, pretextando que se sentia indispuesta, y cuando le pedí explicaciones de su estado, queriendo leer en el interior de su alma, se encerró en el silencio; su fisonomía delata una lucha sorda que me alarma.

—Yo, en tu lugar, le hubiera dicho la verdad, porque es preferible sufrir la descarga de la nube que se forma sobre nuestra cabeza, á vivir siempre temeroso de una sorpresa. Las mujeres, amigo mio, añadió sonriéndose, son como las botellas de Leyden, que guardan el rayo destructor para el incauto que sobre ellas pone el dedo de la confianza; vale más provocar la descarga, porque en la ciencia hay medios para evitar sus funestas consecuencias; una palabra de arrepentimiento, una caricia estudiada, sirven de punta salvadora que roba la electricidad y hace impotente al rayo.

—¡Ah! no; el silencio de Adriana no es una prueba del conocimiento de su desgracia; ese silencio delata un temor que no se explica todavía y que es preciso desvanecer.

—¿De qué manera? preguntó Nicolas.

—Borrando toda sospecha.

— ¿ Borrando?

— Sí. Quiero declarar á Alfredo los lazos que á él me unen, y estoy seguro de que convencerá á su madre de las ventajas que mi proteccion le ofrece.

—¿Intentas arrancarle del lado de Filomena? ¿Qué le ofreces en cambio?

— El porvenir; y no exijo que se separe de su madre; le daré dinero para que salga con ella de Madrid.

— ¿Y nada más?

— Por ahora no puedo darle más, contestó Peñalver bajando la cabeza.

— Eres pobre en recursos, y creo que con tu plan no has de conseguir los resultados que apeteces; la madre no renunciará el derecho que sobre su hijo ha adquirido legítimamente, y el hijo querrá de su padre lo que éste no puede ofrecerle, segun dices. Vas á dar un golpe en vago.

— ¡ No, Nicolas! exclamó Peñalver con amargura; ¡ no me desconsueles!

—¡Bien quisiera; pero debo hablarte con la ruda franqueza que siempre encontraste en mí; y puesto que no estimas mi consejo, te abandono á tu inspiracion, deseándote un resultado satisfactorio. En cuanto á Adriana, estás equivocado; anoche, cuando vine á verte, hablé con ella, y sabiendo la amistad que nos une quiso sondearme.

—¿Y tú?.... preguntó Peñalver con vivísimo interes.

—Soy perro viejo, Alfredo; pero te aseguro que ella está sobre la pista, y que el que yerra el camino eres tú.

—¿Sospecha algo de la verdad?

—¿Sabes-lo que es la intuicion? dijo Velasco riéndose.

—Sí.

—Pues bien: las mujeres ven siempre claro en lo que les interesa, porque poseen el don de comunicarse con esas visiones beatíficas que adelantan en perspectiva lo mismo la bienaventuranza que el infortunio; las mujeres, querido Alfredo, tienen un sentido más que los hombres, y ese sentido es el que está en relacion íntima con la intuicion. No trates de engañar á Adriana, porque pierdes el tiempo.

—¿Declararle la verdad? ¡No, Nicolás! ¡Soy tan avaro de la felicidad que con ella disfruto que no vacilé en matar mi conciencia por evitar un tormento á mi corazon!

—El corazon te dará el pago; el corazon es como la conciencia, que no acepta los sacrificios que por ella se hacen, como no los imponga la rectitud del proceder.

—¡Ah! no, no; salvaré las dificultades que se presentan y seguiré siendo feliz al lado de Adriana, que lo ignorará todo.

—Cierro el labio.

—Nicolas, acompáñame á casa de Filomena.

—Vamos, contestó su amigo cogiendo el sombrero.

Y media hora despues subian la penosa escalera de la calle de las Pozas, en los momentos en que Cecilia y Alfredo prodigaban los más solícitos cuidados á Filomena; ésta habia vuelto en sí, pero anunciando claramente que la muerte dejaba caer para ella los últimos granos de arena en el reloj del tiempo.

—Encontramos, dijo Nicolas entrando, de par en par franca la puerta, y no hay nadie en la sala. ¡Hé aquí la ventaja de los pobres! no necesitan de cerrojos ni de llaves para dormir tranquilos, porque la miseria espanta á los rateros; éstos son como los gorriones, que no van á la viña sino cuando maduran los racimos.

—¡Qué elevada está la buhardilla! exclamó Alfredo tomando aliento. ¡Me late el corazon!

—¡Cien escalones, querido! contestó Nicolas con ironía; pero no eches la culpa á la escalera de la agitacion que sientes.

—¿Por qué?

—Si Filomena viviera en piso bajo, tu corazon latiria del mismo modo, pues se mueve á impulsos de tu conciencia, que está alterada; recuerda lo que sobre el particular acabamos de hablar en tu casa, y te explicarás ese fenómeno, que te parece físico, siendo simplemente moral.

—Acaso tenga razon, pensó Peñalver mirando aquellas paredes tan pobres que le recordaban las emociones de la víspera.

Nicolas se dió un golpe en la frente, como si le asaltara un recuerdo, y dijo:

—Me veo obligado á dejarte solo.

—¿Te vas? le preguntó su amigo.

—Sí; quedó ayer convenida la sustitucion de Alfredo, y voy á pagar la cantidad estipulada.

—¡Tengo miedo de estar solo, Nicolas!

—Las mujeres, Alfredo, dijo Velasco riéndose, son como los perros de presa, temibles en su acometida, pero se las desarma cogiéndoles la accion. Defiéndete, que vuelvo en seguida.

Nicolas se detuvo en la puerta, y mirando de reojo á su amigo, murmuró:

—¡Sufre mucho! ¡Yo le salvaré!...

Y á paso de Luchana, como decian los soldados en la guerra civil de los siete años, se dirigió á casa de Peñalver, donde le esperaba Adriana para conferenciar con él; aquella entrevista encerraba una traicion manifiesta á la amistad; pero una traicion que parecia inspirarse en los mejores sentimientos.

Peñalver, al verse solo en la buhardilla, exclamó:

—¡Qué situacion tan crítica la mia! Desconfio del éxito de mi empresa; ¡ah! Nicolas dice bien: ¡la conciencia es el torcedor de los hombres!... Pero ¿en dón-

de estará Filomena? La espero impaciente, y tiemblo de encontrarme en su presencia, recordando la escena de ayer. ¡Es posible! ¿una mujer desgraciada impone á un hombre como yo?... ¡Oh! ¡el remordimiento!... Daria mi fortuna por librarme de este compromiso y recobrar la calma que ántes disfrutaba... ¡Hasta que se pierde no se sabe lo que vale la dicha del hogar!... Siento pasos; será ella.

En la puerta de la alcoba apareció Alfredo muy agitado, tan agitado, que no vió á Peñalver, y allí, como para desahogar su alma, exclamó:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡mi pobre madre!

El traje del jóven hizo que Peñalver se estremeciera, murmurando:

—¡Ese uniforme!... ¡Ah! ¡lo comprendo todo!

Adelantóse entónces con resolucion y dijo:

—Alfredo...

Éste, al oir aquella voz, marcó el espanto en un brusco movimiento de todo su cuerpo, y se volvió de espaldas para no ver al que le llamaba; sabiendo ya que aquel hombre era su padre, no podia rebelarse contra él, pero no le queria abrir su corazon á la confianza.

—¿Evitas mi presencia? le preguntó Peñalver con tono de reconvencion. Y sin embargo, es preciso que te conformes con tu suerte; es preciso que me mires, porque tengo que hablar contigo.

—Caballero Peñalver, contestó Alfredo volviéndose violentamente, no reconozco en V. derecho alguno para exigirme nada.

—Sé prudente, y óyeme con la calma que el caso requiere; un misterio existe entre los dos que debe desaparecer.

—No hay ya misterios para mí; he visto la luz; pero en esa luz se ha abrasado mi corazon.

—¿Sabes quién soy?

—¡Ojalá no lo supiera! exclamó el jóven con acento de dolor profundo.

—¡Ah!... ¿Te atreverias á renegar de tu padre?

—No tengo más padre que el Dios que á todos nos crea! Él ha velado por mí, y á él me entrego en la nueva vida que me espera.

—¿La vida del soldado?

—Sí. La patria tiene un nombre para sus hijos; la patria, por quien voy á pelear, no me abandonará á la miseria y al olvido, como un padre desnaturalizado.

Peñalver se comprimió el corazon, ahogando un gemido, y balbució:

—Ignoraba que existias.

—¡Ignorancia bien extraña!

—De ese olvido y de esa miseria que lamentas culpa sólo á tu madre.

—¡Que culpe á mi buena madre! prorumpió Alfredo con energía. ¿A ella, que desde la cuna se desveló

por mí, que vivió muriendo para educarme, que destrozó sus manos en el trabajo para que no me faltase el pan de cada dia, que me animó con el calor de su aliento, que me enseñó á amar con el soplo de sus purísimos besos, que levantó en mi corazon un altar á los buenos sentimientos? A ella, á quien debo todo, ¿culparla yo? ¡Ah! ¡Caballero Peñalver, hable V. de mi madre con el respeto que merecen la dignidad y la desgracia!

—No me has comprendido. Si tu madre me hubiera avisado á tiempo, no nos separaria hoy la barrera que me impide arrojarme en tus brazos para estrecharte contra mi corazon.

—¿Hay una barrera entre un padre y su hijo? preguntó indignado el jóven. ¡Esa revelacion rompe el único lazo que puede unirnos! ¡el lazo de la naturaleza! ¡Paso al huérfano desvalido! Déjeme V. seguir la suerte que la Providencia me señala, y abandone esta casa donde con su planta deja impreso el sello de la maldicion.

—¡Alfredo!... gritó Peñalver. Algun dia te arrepentirás de haber pronunciado esas terribles palabras, que te perdono porque son hijas de tu exasperacion. Vén, óyeme.

—¡Paso, caballero Peñalver!

—¡No me llames de ese modo!

—¿Qué nombre he de dar á la persona desconocida

que se cruza en mi camino para robarme los recuerdos de lo pasado, las ilusiones de lo presente, las esperanzas de lo porvenir?

—¿Qué nombre?... ¡Oh! exclamó él sujetándose de nuevo el corazon.

—No dé V. tormento con las manos á ese corazon que no responde al sentimiento.

—¡Al sentimiento!... murmuró Peñalver.

—¡Déjeme V. morir sin aumentar mi dolor! continuó Alfredo con emocion. Aborrézcame V.

—¡Aborrecerte! gritó el padre con horror.

—He dicho mal; míreme V. con indiferencia, sin fijarse en mí, para que consiga olvidar la pena profunda que me mata, el torcedor horrible que me destroza la imaginacion. Teniendo V. una familia que le reclama, ¿por qué se empeña en venir á sembrar el desconsuelo en esta pobre mansion de la miseria y la desgracia, que no puede ó no quiere remediar?

—¿Que no quiero?... preguntó Peñalver conmovido y cogiéndole una mano. ¡Ah! ¡si leyeras en mi alma, te compadecerias de mí, porque sufro más que tú... ¿Hubieras amado á tu padre?

Alfredo bajó la cabeza sin contestar.

—¿No es verdad que le hubieras amado? repitió aquél.

—No conozco ese cariño.

—Seré un padre para tí, Alfredo, le dijo con

el acento de esa ternura que no se puede fingir.

—¡Un padre! exclamó el jóven, abriendo mucho los ojos.

—Sí; velaré por tu suerte; te daré cuanto necesites, y serás en el mundo uu hombre de provecho.

—¿Me dará V. todo? le preguntó con interes, casi temblando de emocion.

—¡Todo! exclamó el padre con amor.

—¿Me dará V. su corazon?

—¡Es tuyo de derecho!

—¿Me dará V. su apellido?

—¿Mi apellido? contestó Peñalver muy turbado; mi apellido no me pertenece.

—¿Qué me ofrece V. entónces? prorumpió Alfredo, separando con violencia su mano de las de Peñalver. ¿Dinero? ¿un amor vergonzante?... ¡Guarde V. sus dádivas, caballero! ¡Me niega V. lo primero que necesita un hombre para no encontrar cerradas las puertas de la sociedad! ¡me niega V. lo único que ningun padre niega á su hijo! ¡No quiero más padre que la patria! ¡Moriré envuelto en este uniforme que honra al desgraciado que lo viste! ¡Paso al bastardo que va en busca de su bandera!

—Alfredo, ten calma; el tiempo...

—¡El corazon no limita sus sentimientos! ¡Vive de lo presente! ¡El dia de mañana es para la expiacion! ¡Paso!...

—No saldrás sin oirme, dijo Peñalver interponiéndose para no dejarle andar.

—¡No abuse V. de mi paciencia!

Peñalver, agitado, sin saber lo que hacia, gritó:

—¡Filomena!

Alfredo se detuvo y volviendo en sí, exclamó:

—¡Mi madre!..... ¡Ah! ¡Qué nombre ha pronunciado V. en su ofuscacion! ¡Mi madre!..... ¡Ella no puede ya oir las súplicas de la tierra!

—¡Muerta! dijo Peñalver con espanto.

—¡Mi madre sufre! ¡Ya que me dejó V. sin padre, no me robe tambien la madre de mi amor!

Filomena se presentó en la puerta de la alcoba, apoyándose en el brazo de Cecilia, con la muerte pintada en el rostro y con la respiracion muy anhelosa.

—¿Quién me llama? preguntó.

Al ver á Peñalver, alzó los ojos al cielo, sin duda para llegar más pronto.

Alfredo y Cecilia la ayudaron á sentarse; ella cogió las manos de los jóvenes, y dejó caer estas palabras en el oido de su hijo:

—¿Qué te atormenta? Sé generoso con él; ya le he perdonado.

—¡Tú no puedes morir, madre mia! ¡Dios es muy bueno!

—¡Dios es justo! exclamó Filomena con una sonrisa inefable. ¡Él sabe lo que dispone!

Peñalver estaba anonadado; el cuadro que se presentaba á su vista era desgarrador; no encontraba ni recursos para salir de la buhardilla, ni palabras para explicarse; su conciencia sufria los rigores de la expiacion por su conducta pasada; su corazon estaba destrozado.

Pero su crítica situacion duró pocos instantes, porque se oyeron pasos en la escalera, apareciendo en la puerta de la sala Adriana, acompañada de Nicolas de Velasco, el cual traia de la mano al hijo mayor de Alfredo Peñalver.

Este dió un grito, y se cubrió el rostro con las manos.

¡Hé aquí la traicion de Nicolas!

XVIII.

Á LA PUERTA DEL CIELO.

O el autor ha engañado á los lectores al presentar digno y noble el carácter de Nicolas de Velasco, ó su conducta no podia calificarse de traicion; las apariencias son embusteras, y voy á probarlo.

Verdad es que al salir de la buhardilla de la calle de las Pozas, no fué, como habia dicho á su amigo, á dejar arreglada la sustitucion de Alfredo, sino á la Carrera de San Jerónimo, á casa de Peñalver; y verdad es que le acusan, al parecer, estas palabras que dirigió á Adriana, al presentarse en el gabinete, donde ella le esperaba impaciente:

—Alfredo está ahora en casa de Filomena Maldonado.

Adriana se puso pálida, y levantándose con la frente erguida, dijo:

—Vamos allá.

Habia en la mirada de la esposa de Peñalver una tranquilidad tan extraña, que cualquiera, al verla, hubiera comprendido que aquella mujer habia sufrido un cambio completo.

Y era así; Adriana habia llorado mucho en algunas horas, que para ella fueron un siglo; pero la razon habia recobrado su imperio; entónces acudió al amigo íntimo de su marido, al confidente de sus secretos, y no en balde le habia llamado en su auxilio, pues el generoso corazon de aquel hombre aceptó con gusto el papel de mediador. La traicion de Velasco era una medida salvadora, como el lector va á saber.

Nicolas dió el brazo derecho á Adriana, y con la mano izquierda cogió la de Augusto, el hijo mayor de su amigo, y los tres penetraron en la buhardilla de la calle de las Pozas, produciendo el efecto que describí al terminar el capítulo anterior.

Al grito lanzado por Peñalver se adelantó Nicolas de Velasco, y con la mayor calma, dijo:

—Aquí estamos todos.

Filomena, marcando en sus ojos la impresion terrible que le habia producido la presencia de Adriana en su casa, ahogó un sollozo, murmurando:

—¿Qué viene á buscar esta mujer en mi hora de agonía?

Peñalver, sobrecogido de espanto, sin saber lo que hacia, exclamó :

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo aquí!

Y corrió á abrazar á Augusto; pero Adriana se interpuso entre los dos, diciendo con la dignidad de una matrona romana :

—Ese niño viene á pedir cuentas á su padre de los impulsos de su corazon.

—¡Adriana!..... balbució Peñalver.

Ella con un movimiento convulsivo se apoderó de la mano de su marido, y le hizo andar algunos pasos; despues se detuvo, y le dijo en voz baja :

—Te creí puro como yo, y me engañaste, pero ántes que mi felicidad está el deber. ¿No vacilaste en matar tu conciencia por dar vida á tu corazon? ¡Aprende de mí! ¡La felicidad que soñé se ha desvanecido entre las sombras! ¡Mato mi corazon por cumplir con la conciencia!

—¿Qué dices, Adriana? preguntó él casi trémulo, sin comprender en su ofuscacion el sentido de aquellas palabras.

—¡Dios me ha iluminado! contestó la esposa con la inspiracion divina en el semblante; devuelvo al mundo un sér que se alejaba de su centro. ¡Sufriré sola!

Y haciendo un esfuerzo superior para dominar su emocion, añadió, señalándole á Alfredo con la mano :

—¡Allí le tienes! ¡Dale tu nombre!

Peñalver lanzó un grito, ese grito que marca la explosion de un alma comprimida, y profundamente alterado exclamó:

—¡Él..... sí!..... ¡Vén!..... ¡Hijo mio!.....

Y cayó en los brazos de Alfredo, que lo estrechó entre los suyos, dejándose besar en la frente y en las mejillas.

El grito escapado del pecho de Filomena, nadie lo oyó; pero aquel grito acabó de herir de muerte su corazon; aquel grito le abrió la puerta del cielo; desde allí, deteniéndose en el umbral para dirigir á su hijo una mirada, dijo:

—¡Muero tranquila! ¡Dios ha querido premiarme en mi última hora!

—¡La última! exclamó Cecilia con espanto.

—La última, sí, hija mia, contestó Filomena muy fatigada, pero con la expresion en su rostro de un deleite inefable. ¿Crees que soy de mármol?..... La emocion me mata..... Dios no me abandona; muero á tiempo..... He sido muy desgraciada; pero este momento me lo compensa todo..... El cielo me ha abierto su puerta..... ¡Voy á gozar de la eterna bienaventuranza!..... El Dios grande, el Dios que perdona, me llama..... ¡Ah! ¡Qué feliz! ¡qué feliz soy!.....

Entónces se comprimió el corazon, sin apartar los ojos de Alfredo, marcando esa sonrisa que sólo se dibuja en los labios de los ángeles.

—¡Qué mujer tan infeliz! murmuró Nicolas.

Peñalver llevó de la mano á Alfredo, y colocándole delante de su esposa, le dijo con acento de ternura:

—Da las gracias á tu segunda madre.

Adriana retrocedió dos pasos, cogiendo en los brazos á su hijo Augusto, como para protestar con su accion y su silencio de las palabras de su marido.

Filomena se habia incorporado en la silla, haciendo un esfuerzo extraordinario, y lanzando por los ojos los últimos rayos, exclamó:

—¿Qué dice ese hombre? ¿Segunda madre?... ¡Ah! ¡vén, Alfredo!

El jóven corrió al lado de Filomena, que lo abrazó como si quisiera protegerle con sus brazos, diciendo:

—¡No te apartes de mí! ¡Segunda madre!... ¡No hay más que una madre en la tierra! ¡Miéntras yo tenga un soplo de vida, ni despues de muerta, puede nadie robarme ese nombre!... ¡Nadie! ¡Vén, abrázame, hijo mio!... ¡Yo sola soy tu madre! ¡yo sola! ¡Abrázame con fuerza... porque me voy!... ¡Desde el cielo velaré por tí!... ¡Dios es muy bueno! ¡Qué feliz... soy!... ¡Dios mio, gra... cias!...

Filomena besó las manos de su hijo y dobló la cabeza sobre el pecho; un movimiento general de terror indicó que habia muerto.

Alfredo lanzó un grito de dolor y cayó de rodillas á sus piés, exclamando acongojado:

—¡Madre mia! ¡madre mia!

Adriana cogió de la mano á su marido y señalándole el cadáver, le dijo:

—¡Hé ahí la muerte de nuestra felicidad! ¡Hé ahí tu eterno remordimiento!

Alfredo Peñalver se arrodilló delante de Adriana, con las lágrimas en los ojos, pronunciando esta sublime palabra:

—¡Perdon!

Y por sus labios vagaba esta frase que debiera grabarse en el pensamiento de los jóvenes:

—¡Qué caros se pagan los extravíos de la juventud!

La nube negra habia descargado, hiriendo á la víctima que la desgracia habia escogido para el sacrificio.

XIX.

EL ABISMO DE LA CONCIENCIA.

Ha pasado un año.

Las dos buhardillas de la calle de las Pozas están habitadas por familias desconocidas; los nuevos inquilinos esconden allí su miseria, sin adivinar que aquellas paredes están impregnadas de lágrimas; las paredes son testigos indiferentes de las escenas de dolor ó de placer que ante ellas se representan; pero tienen la ventaja de que son mudas. ¡Ay! ¡si las paredes hablaran!...

El nombre de Filomena Maldonado no figura ya más que en una lápida de mármol negro que tapa la boca á un nicho del cementerio de San Luis; pero en cambio, la memoria de aquella mujer está encerrada en otros tres sepulcros: en la papelera de su casero, única persona que, durante su vida, nunca se olvidó de visitarla; en la conciencia de Peñalver, que la ve

siempre, despues de muerta; y en el corazon de su hijo, que la llora todavía.

La expiacion de la desventurada Filomena fué larga y terrible; pero tuvo su compensacion: la Providencia le dió fuerzas en vida, y á su muerte le abrió las puertas del cielo.

Peñalver se ha retirado del mundo político y vive encerrado en su casa; las gentes le admiran y celebran sus virtudes ¡ay! porque con sus ojos curiosos no pueden penetrar en el abismo de la conciencia; no saben que ese hombre ve perpétuamente el fantasma de una mujer que espira extenuadà de dolor y de cansancio, llevando un niño en sus brazos; no saben que en la agitacion de su nocturna y diaria pesadilla tiende los brazos, y al recoger el niño, ve evaporarse las sombras y caer muerta aquella mujer, cuya alma se eleva al cielo.

Y tódas las mañanas, ese hombre, con el corazon al parecer tranquilo, con la benevolencia marcada en el rostro, con una sonrisa embustera en los labios, saluda á su esposa, besa á sus hijos, y recibe á sus amigos y conocidos, que le estrechan la mano, envidiando su felicidad.

¡La felicidad! ¿Quién es capaz de comprender ese misterio cuando los mortales llevan el rostro cubierto con una máscara impenetrable? Alfredo Peñalver, rebosando vida y salud, con una familia á quien adora,

considerado por la sociedad, rico y envidiado, es un sér sin ventura. Una falta en su juventud le ha robado en la edad madura el encanto de su hogar, ha turbado su sueño, ha lanzado sobre su conciencia un tropel de remordimientos, y le ha hecho aborrecer la existencia. Es preciso desengañarse; en los primeros años necesita el jóven ver donde pone la planta para no dejar tras de sí la huella de un pesar eterno; lleva fácilmente la deshonra al seno de las familias, pero no ve que al caer con su víctima el cieno le salpica el rostro; y ese cieno, en el porvenir, enturbia los claros horizontes de la vida.

Adriana, aquella mujer sublime, aquella esposa tierna, sigue siendo la digna compañera de Peñalver, conservando puro el nombre que él le entregó al pié del altar; pero el corazon nunca se engaña; la aparicion de Filomena y de su hijo habia cortado la corriente del amor, desvaneciendo las risueñas ilusiones de su alma; su marido no habia faltado á la fe conyugal, pero las mujeres como Adriana, avaras de cariño, al invadir lo pasado, presagian el porvenir; á aquel Alfredo, ideal ayer de sus ensueños, libre de toda mancha, le veia hoy lanzado en pos de otras mujeres, sacrificando á su esposa en aras de la misma veleidad que le habia hecho abandonar á Filomena y al fruto de su amor; le habia perdonado su silencio, despues de aquel rasgo de sublime abnegacion

que le valió á Alfredo un apellido; pero temblaba por ella, y más que por ella, por sus hijos. ¿No tenía derecho á vivir con este sobresalto?...

¿Y Alfredo? me preguntará el lector.—No me es posible presentarlo, porque está muy léjos; Alfredo y su esposa Cecilia Nuñez se hallan en las islas Filipinas; Peñalver comprendió que aquel hijo no cabia en su casa, por más que hubiera ocupado un lugar en su corazon, y alcanzó para él del ministro de Ultramar un destino de alta posicion en Manila.—Suplico al lector que no haga un gesto de desaprobacion, pues no soy yo, sino el ministro el que firmó la credencial; verdad es que Alfredo era muy jóven, casi un niño; verdad es tambien que al dejar la sierra y el martillo del carpintero para empuñar la pluma del funcionario público, no habia prestado todavía servicios á la patria; pero su padre ¿no era diputado de las Constituyentes?

Alfredo vió realizado su sueño de vanidad, y como era bueno, dió su mano á Cecilia. El dia de la boda, la novia vistió un sencillo traje blanco, no llevando más alhaja que los pendientes de oro que su amante le habia regalado en aquella noche que la mirada de otra mujer clavó en su pecho el aguijon de los celos.

Al emprender el viaje, Alfredo y Cecilia fueron á postrarse ante los restos de sus madres; porque tambien la viuda de Nuñez habia muerto al abrirse

para su hija las puertas de un halagüeño porvenir.

Nicolas de Velasco continúa soltero, y no se casará en tanto siga haciendo estudios profundos acerca de las mujeres; miéntras más aprende, más miedo les tiene. El lapidario, que pasa la vida examinando piedras preciosas, es el que más se sorprende de la habilidad con que hoy se falsifican.

Hé aquí la pregunta perpétua de Nicolas: «¿Hay algun filósofo profundo que sepa apreciar á las mujeres ántes de casarse con ellas?» En seguida añade: «Y despues de casarse, ¿qué remedio queda al marido engañado?»

Yo, firme propagandista del matrimonio, me levanto á responder á Nicolas de Velasco y al mundo entero:

El que á sabiendas engasta una piedra falsa en su anillo nupcial, no se queje de verla pronto deslucida; pero el que escoge una piedra preciosa, procure velarla con los ojos y cuidarla con las manos para que no salte del engaste, porque al recogerla del suelo la encontrará manchada de fango.

FIN.

ÍNDICE.



